

LAS VOCACIONES
ENCONTRARLAS, EXAMINARLAS, PROBARLAS
EMVIN BUSUTTIL, S.I.

*Traducción del italiano: por el P. RUFO MENDIZABAL. S.I.; Edición: EL MENSAJERO DEL
CORAZON DE JESUS (Apartado 73- BILBAO- 1961)*

INDICE GENERAL

Introducción

Apuntes de experiencia personal

¿A quiénes van dirigidas estas páginas? Tengamos ideas claras. Ideas firmes que deben tener los que trabajan por las vocaciones. La intención que hemos de tener en este trabajo divino.

PRIMERA PARTE

I. En busca de las vocaciones

II. Describiendo psicológicamente una vocación

III. Señales de verdadera vocación

IV. ¿Podemos influir formando ambiente, sin peligro de rozar la libertad y espontaneidad?

SEGUNDA PARTE: EXAMINANDO UNA VOCACIÓN

I. ¿Qué es? Condiciones para la vocación

II. ¿Es difícil decidir una vocación?

III. ¿Cómo suele manifestarse el Señor?

IV. ¿Cómo debemos comportarnos cuando se nos habla por vez primera de vocación?

V. La elección de la vocación. Método para hacer elección

VI. Verdadera vocación

VII. Motivos insuficientes

VIII. Desventajas del estado religioso. Dificultades para elegir la vida religiosa

IX. Otro método para hacer elección

TERCERA PARTE: PROBANDO UNA VOCACIÓN

I. Es necesario probar las vocaciones

II. Obligación de seguir la vocación. Consecuencias de no seguir la vocación

III. Las pruebas de la vocación. Modo de comportarse

IV. Conclusión

APENDICE I: Los padres y la vocación de los hijos

APENDICE II: Una llamada a los sacerdotes y a los superiores religiosos

Bibliografía sobre las vocaciones

INTRODUCCION A LA TRADUCCION ESPAÑOLA

Con la bendición de Dios ha sido recibido este trabajito con mucha comprensión por parte del público italiano, especialmente por el clero al cual estaba destinado de modo particular.

He recibido muchos testimonios de reconocimiento y aprobación. Un Rector de Seminario me decía que, después de la lectura del libro, se dolía de no haberlo leído antes porque, por falta de método, había dejado escapar probablemente veinte vocaciones, salidas entre los jóvenes de su Asociación. Una Madre maestra de novicias me dijo que más de cinco novicias, débiles en su vocación, se afirmaron y salvaron gracias a la lectura de este libro. Un Padre jesuita me decía que bastantes almas dirigidas espiritualmente por él, han encontrado en su lectura el empujón más seguro para decidir su vocación. Un Monseñor reunía semanalmente a una docena de almas atraídas por la vida religiosa, para explicarles poco a poco lo que se decía en mi librito, considerando este método como el mejor para darse plena y sólida cuenta de la propia vocación.

No cito otros hechos para no alargarme demasiado. Todo esto nos da a conocer que Dios ha sido generoso en su bendición y que se quiere servir de este libro para ayudar eficazmente no sólo a los jóvenes que tienen vocación sino también a sus Directores espirituales.

Así pues, con gran gozo veo mi trabajito traducido en lengua española. De hecho, tal traducción le abrirá las puertas de esa noble nación donde las vocaciones florecen de una manera admirable y donde otras almas podrán acudir a mis insignificantes experiencias personales en él descritas, y en alguna manera ser ayudadas en el descubrimiento y fomento de las vocaciones.

Aunque no tenía en la mente, cuando escribí estas páginas, de un modo particular y específico, el ambiente español, estoy seguro de que se adaptarán completamente a la juventud de esa nación, no sólo porque los jóvenes son todos iguales en nobleza y generosidad, y por una cierta afinidad entre la mayoría de los países latinos, sino principalmente porque el que infunde la gracia de la vocación

es el mismo Dios; uno es el Espíritu vivificador que ilumina y mueve las almas de los predilectos de Cristo, elegidos para ser los continuadores e íntimos colaboradores de la obra de la Redención.

De todo corazón doy las gracias a los que han trabajado en esta edición española de mi libro, especialmente a mi caro Traductor que ha sostenido con constancia y sacrificio el peso mayor de todo el trabajo y se ha entregado con desinterés verdaderamente ejemplar.

Quiera el Corazón de Jesús, por cuya gloria únicamente se ha emprendido esta obra, bendecirnos a todos e infundir en aquellos que querrán leernos, un poco de su puro amor y el sincero deseo de ayudar a las vocaciones religiosas y sacerdotales.

Roma, fiesta de Santa Margarita María de Alacoque, 17 octubre 1952.

Emvin Busuttil, S.I

APUNTES DE EXPERIENCIA PERSONAL

Este libro es un conglomerado de experiencias personales. Por consiguiente es inútil buscar un orden matemático o una división clara o citas eruditas. Por ello también tendré que hablar muchas veces de mí mismo y de cosas relacionadas conmigo.

Expondré al lector, llana y sencillamente, ideas, cosas y juicios sin pretensión de hacer un texto ni de enseñar ningún método, sino con el sincero deseo de que estos apuntes puedan aprovechar para el incremento de las vocaciones y para hacer felices a tantos y tan queridos jóvenes que son llamados por Dios a cosas grandes.

Por lo general hablo de jóvenes, pero todo el conjunto vale también para las jóvenes.

No nombraré a aquellos de quienes a lo largo del libro voy hablando o citando sus cartas, porque son contemporáneos y viven todavía.

Agradezco en todo lo que vale a los jóvenes que fiándose de mí me han tratado como un verdadero amigo, revelándome sus más íntimos sentimientos y escogiéndome por guía en el camino hacia Dios. A ellos debo mi experiencia y se lo agradezco en nombre mío y en el de mis lectores por haberme dado plena libertad para publicar estos retratos de vida que constituyen los gozos y las angustias más íntimas de su juventud.

El título que he escogido quizá dé la impresión de que la materia va a ser tratada amplia y científicamente. No; no tiene el libro la pretensión de tratar todas las cuestiones y de agotar una materia tan vasta y compleja como son las vocaciones. Repito: mi intención es la de exponer llana y sencillamente algunas experiencias personales con la esperanza de que ayuden a aquellos educadores o jóvenes que quieran leerme.

He tratado principalmente a jóvenes de Bachillerato y a otros, pertenecientes a varias asociaciones religiosas. Así pues, quede claro que los hechos que narraré casi siempre oscilarán entre esta clase de personas; sin embargo, las cosas que digo pueden servir también para los mayores.

Mi intención es la de hablar de la vocación *in genere*, y así como la vocación puede ser:

1) sacerdotal

- 2) sacerdotal y religiosa a la vez
- 3) religiosa para Hermano coadjutor
- 4) religiosa femenina (para Hermana o Madre)
- 5) también para algunos de los modernos institutos religiosos laicos últimamente aprobados por la Iglesia.

Sin embargo, me detendré bien sobre una clase de vocaciones bien sobre otra. Muchas veces no hago distinciones porque hablo de lo que es común a cualquiera vocación o sea a la *llamada*. No obstante, el lector podrá entender sin dificultad cuándo se habla de vocación sacerdotal, cuándo de vocación religiosa y sacerdotal y cuándo se alude a vocaciones femeninas, etc.

No he querido dividir y subdividir demasiado la materia para dar al libro aquella frescura y variedad que, al par que gusto, dé una idea completa del problema.

Ruego a mis queridos lectores tengan a bien avisarme de cualquier error o exageración que encuentren, y ayudarme, si así les parece, a desarrollar mejor alguna página o cualquier punto en especial, a informarme sobre sus impresiones; en una palabra, a darme nuevos materiales para una posible reedición.

INTRODUCCION: ¿A QUIENES VAN DIRIGIDAS ESTAS PAGINAS?

- *A todos*

- Sin embargo, principalmente y más en particular, *a los sacerdotes*, religiosos, religiosas y promotores de vocaciones, para que con sagacidad, sinceridad y seriedad sepan distinguir las almas que son llamadas por Dios a su Casa y Santuario.

- Pero este librito también será útil *a los jóvenes* que se encuentran en el momento de decidir lo que será su vida terrena. Podrán descubrir “su vida”. Si son de los llamados y escogidos por Jesús para ser los Amigos íntimos de su Corazón en la vida religiosa, no les será difícil a través de estas páginas asegurarse de su vocación divina.

- *Los padres* también encontrarán materia en la lectura de este libro. Puede suceder que Dios llame a la vida religiosa a alguno de sus hijos. Si así fuere tendrán noticia de lo que es la vocación, sabrán comprender a sus hijos y estarán en condiciones de examinar y hacerse cargo de si son o no realmente “llamados”. Además, si desean que el Señor honre a su familia con una vocación, en este librito aprenderán a preparar el terreno al divino Sembrador, a fin de que el germen de la vocación que Dios quisiere poner en el corazón de su hijo, encuentre el calor y el ambiente propicio que lo haga primero germinar y más tarde fructificar.

En estas páginas el lector se dará cuenta de que no solamente me dirijo a los sacerdotes, sino que a menudo lo hago a los mismos jóvenes; y eso porque no quiero que este libro vaya dirigido exclusivamente a los sacerdotes; y así, dirigiéndome directamente al alma del joven, doy a mi idea mucha más claridad y espontaneidad y pongo en boca del sacerdote las mismas frases que él pudiera usar en parecidas circunstancias.

TENGAMOS IDEAS CLARAS

Bien pronto nos daremos cuenta de que todos pueden y con facilidad ser apóstoles de las vocaciones porque, las más de las veces, el gran trabajo de “suscitar” vocaciones consiste en dar a conocer al joven que él tiene señales de vocación. Erróneamente solemos decir que es necesario *suscitar* vocaciones cuando más bien debiera decirse que lo que importa es *descubrir* las vocaciones y *revelarlas* a los jóvenes, los cuales muchísimas veces la llevan en el corazón sin darse ellos cuenta.

Por lo tanto, nuestro trabajo no es el de “fabricar”, por decirlo así, las vocaciones o el de atrapar a los jóvenes o el de saberlos atraer, conducir o dominar. ¡Nada de eso!

Para trabajar en este campo lo primero que se necesita es *sinceridad*. De ninguna manera queremos al que no es llamado, porque tal vez obtendríamos un apóstata o un infeliz. El que no es llamado por Dios no será nunca un buen sacerdote ni podrá ayudar eficazmente a la Iglesia en su divina misión, sino que servirá de estorbo a los demás sacerdotes o a sus compañeros religiosos, y de escándalo a las almas.

¡Ojalá no conociéramos las consecuencias de falsas vocaciones que no vienen de Dios!

Por tanto, es ridículo darnos el tono de personas que *saben lo que se hacen*, de propagandistas *influyentes* o de *padres* de vocaciones. El único Padre y Creador de vocaciones es el Señor de la mies, Dios, que un día pudo decir a sus apóstoles: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo soy el que os he elegido a vosotros”. Nosotros podremos ser simplemente los *ayudantes* del joven para que él, iluminado por Dios y sostenido por El y un poco por nosotros, pueda advertir y *caer en la cuenta* de que es un llamarla

Pongamos en juego nuestra pobre inteligencia y juzguemos cada caso según lo que dicte la prudencia, pero recordemos que estas dos luces son *lucécillas* en la presente materia; y sobre todo apoyémonos en la oración y en la humildad pensando que los caminos de Dios son muy distintos de los nuestros y que la luz de Dios confunde nuestra prudencia que, en su comparación, es necesidad.

Sé de un joven que quería hacerse religioso pero sus superiores no querían admitirle porque les parecía que tenía poca firmeza de carácter. En cambio fue admitido un compañero suyo que mostraba más entusiasmo, habilidad y firmeza. Muchos Padres muy serios y graves decían de él: “Si éste no tiene vocación no la tiene nadie”.

Y no obstante, al cabo de tres meses, el joven volvió a su casa. Tristezas; melancolías terribles, el estar lejos de su madre... no lo pudo soportar. Rogó, se aconsejó, se esforzó... todo fue inútil.

Volvió de nuevo al colegio. Me asusté por el otro, no fuese que perdiera también él la vocación. Sonrió a mis temores y me dijo: “Ciertamente, si el Señor no me ayuda, me pasará lo mismo, pero rogaré. Por lo demás no me ha afectado nada la defección de mi amigo”.

Al final del año volvió a insistir y esta vez fue admitido pero no quería mandársele solo al Noviciado. Se temía que le sobreviniese cualquier crisis. Aún no les parecía bastante fuerte y decidido. Por lo tanto, los superiores introdujeron esta vez una novedad en las costumbres y admitieron al Noviciado a otro joven de 4.º de Bachiller de 15 años, brioso, vivo, tenaz.

“Así—se decían—dará ánimos al otro y le asegurará la perseverancia”.

A los tres meses de Noviciado éste último enfermó y tuvo que abandonar la religión. Y aquel del que todos temían ha perseverado; han pasado ya diez años y no da señal alguna de vacilación.

¡TODO ESTO PARA DEMOSTRARNOS QUE NUESTRA “PRUDENCIA” PUEDE EQUIVOCARSE!!!

Cuando uno no es llamado, es completamente inútil insistir. No basta decir: “Aquél sería un óptimo párroco; qué carácter para misionero; tiene cara de santito; es inteligente, reposado, bien formado: ¡sería un sacerdote...!; ¡una vocación estupenda!”.

Dirigía a un joven: carácter maravilloso, voluntad firme, serio pero al mismo tiempo alegre. Los que le conocían pensaban, mejor dicho, estaban persuadidos de que al final se haría religioso. Era sincero y con toda sinceridad y lealtad hizo sus Ejercicios Espirituales para conocer si realmente Dios le llamaba. Oró, se aconsejó con bastantes Padres, todos estimados por su santidad y don de consejo: ¡nada! No sintió absolutamente nada, o mejor, no acertaba a convencerse de que fuese llamado a la vida religiosa. “Si Dios me llama —decía—, yo le sigo en seguida y sería feliz; más aún, todos los días ruego mucho para hacer bien la elección de estado pero no puedo convencerme de que tengo vocación”.

Le respondí sonriendo: 'Está tranquilo; has hecho lo que debías hacer; continúa rogando para que Dios te ilumine. Y si Él te quiere, ya te lo dará a conocer de un modo claro”

Conozco a un señor buenísimo, casado, verdadero militante de la Iglesia. Siendo joven tuvo sus inquietudes acerca del problema de la vocación. Cierta director espiritual suyo estaba convencido de que tenía vocación, pero no obstante el joven con toda sinceridad no acababa de convencerse. Oró y comprendió que no se le llamaba por aquel camino. Se casó y Dios le bendijo y le continúa bendiciendo.

¡ES INÚTIL! LA VOCACIÓN ES OBRA DE DIOS, y como en todas las demás obras de la gracia cuando ya parece que se ha hecho todo y la cosa va bien, hemos de confesar que 'somos siervos inútiles'. Y decimos esto por no quedar por mentirosos.

Por esta razón es vano el querer atribuirse el mérito de cualquier vocación, es injusto exagerar, forzar o empujar con razonamientos puramente humanos. Es ridículo insistir en que un joven ha de hacerse religioso aunque no tenga ganas por el sólo hecho de que de otra forma haría quedarme mal.

Seamos sinceros y desinteresados; no trabajamos por nosotros sino por Dios, por la felicidad del joven y por la salvación de las almas. Si no hay vocación no la podremos inventar, y si hay vocación no podemos prescindir de ella, ni aun cuando se trate de un joven que quizá le tengamos poca simpatía o no parece que sea el tipo que responde a la idea que nos hemos formado en nuestra cabecita, que muchas veces es muy pequeña.

IDEAS FIRMES QUE DEBEN TENER LOS QUE TRABAJAN POR LAS VOCACIONES

1. Su propia vocación es una cosa bellísima

Un sacerdote, un religioso que no ama su vocación, que no tiene aprecio a su estado y casi como que va tascando el freno, nunca podrá trabajar por las vocaciones. Más aún, obstaculizará semejante trabajo.

Un día me dijo un religioso que él nunca había animado a un joven a seguir su modo de vida, y lo decía gloriándose de ello. Yo, que todavía era jovencito, me dije para mis adentros: “¡Y se gloria! Se ve que no ama su vocación”, y como consecuencia me guardé mucho de hablarle de mi ideal que acariciaba hacía ya tiempo.

Otra vez, sin ser visto, oí el coloquio de dos seminaristas: «Tú, querido X, puedes trabajar por las vocaciones porque eres un entusiasta de la tuya, la amas y la vives intensamente, pero para mí es un tormento, una infelicidad. ¿Cómo puedo decir a los demás que me sigan?»

Después supe que el seminarista que habló de aquella manera era víctima de una crisis espiritual y que estaba atravesando un período de tentaciones grandísimas. Después, por su oración y, especialmente por la de su madre, venció. Hoy es un fervoroso sacerdote y misionero.

Si no se ama la propia vocación, si la vivimos con tibieza y casi como soportándola por algún temor o esperanza humana, ¿cómo se puede hacer sentir o hacer ver a los demás lo bello que es el servir a Dios?... Ni siquiera seríamos sinceros si lo hiciésemos así.

Dios se sirve de instrumentos aptos: el que es ciego no puede guiar, el frío no puede calentar, el triste no puede sembrar alegría.

2. Son muchos los que tienen vocación

No es preciso ir a buscarlos muy lejos o a otros sitios. Los tenemos entre nosotros. No nos damos cuenta porque la vocación es un tesoro escondido que se ha de descubrir y por regla general en un ambiente favorable sale a la superficie y se da a conocer.

Jesús, ciertamente, no puede dejar a su Iglesia sin sacerdotes, y a la par que Ella se desarrolla, ellos han de aumentar. Y con todo, sucede lo contrario. Los católicos crecen y los sacerdotes disminuyen. Faltan vocaciones. ¿Es que tal vez Dios no llama? ¡Sería absurdo! Dios que quiere el fin (la salvación del mundo) ha de dar también los medios (las vocaciones).

Pues entonces querrá decir que muchas vocaciones quedan estériles, ahogadas, no seguidas, y sin embargo, hay, debe de haber, vocaciones. San Juan Bosco decía que más del 30 por ciento de nuestros jóvenes católicos tienen vocación.

Una vez quise comprobar si San Juan Bosco exageraba. Era Profesor en una clase de Bachiller. Enseñaba, entre otras materias, italiano y tenía dieciocho alumnos. Les di como composición el tema “Mi porvenir”. Pues bien, de dieciocho, doce me hablaron de vocación sacerdotal, religiosa o misionera.

Existe otra cosa cierta, y es que si el Señor ha de llamar jóvenes a su escuela y a su sacerdocio, ciertamente no irá a buscarlos entre los paganos o herejes sino entre los católicos. No hay que maravillarse, pues, si alguna vez los seminarios o los noviciados parecen demasiado llenos. “¿Qué haremos con tantos sacerdotes?”, se oye decir. Estos tales no creen sino que los sacerdotes únicamente van a ser necesarios en su tierra. ¿Y para todo el resto del mundo que todavía es esclavo del demonio y que es el gran “ciego del camino”?

Son muchos y aún diría muchísimos los jóvenes católicos que son llamados a la vida religiosa pero (y estamos frente a otra convicción necesaria) **pocos conocen que la tienen y poquísimos los que la siguen.** Sobre esta convicción se basa principalmente el trabajo que se ha de hacer en este terreno.

La vocación, como las demás inspiraciones de Dios, puede pasar inadvertida sin dejar un profundo surco, puede no ser entendida porque el corazón del joven está distraído, puede ser ahogada por tentaciones o pecados, puede ser desechada por egoísmo o por creer que es demasiado difícil.

De hecho, los jóvenes buenos, todos aman al sacerdote y muchos comprenden que su existencia es necesaria para las almas y para la Iglesia. Saben que Jesús llama a los jóvenes para seguirle y comprenden que estos tales son afortunados, pero frecuentemente no pasan de estas ideas teóricas al juicio práctico que concluye: “¿Y por qué no me hago yo sacerdote?” y de esa manera llegar por lo menos a la SOSPECHA de que en ellos puede darse la vocación. Y cuando esa pregunta les está hecha por otros, la mayoría de las veces se azoran y después dicen: “¡No lo he pensado nunca!” o “Para el sacerdocio Dios llama a los santos”, o también: “No tengo vocación”. Y si se les insiste preguntando: “¿Pero tú sabes lo que es vocación?”, muchas veces no se obtiene respuesta alguna.

Me encontraba en un colegio y vi a un joven. Un ángel de muchacho, tanto que me pregunté sinceramente si le podía comparar a San Luis Gonzaga. Estudiaba el 5.º de Bachiller y tenía quince años. Le pregunté qué quería ser. La respuesta fue que nunca lo había pensado.

“Bien—terminé—, piénsalo. Puede darse que Jesús te llame a su servicio”.

Pasados seis meses volví a la carga. Aún no lo había pensado. Y mientras tanto continuaba comulgando cada día, hacía su meditación, su lectura espiritual y también su poco de apostolado.

“Pero, hijo, piénsalo; ¡es la cosa más importante!”

Finalmente se decidió a hacer los Ejercicios Espirituales. Piensa y, como esperábamos, se da cuenta que tenía vocación. Antes de partir para el Noviciado me dijo: “Si usted no me hubiese dicho nada no hubiera pensado nunca”.

HE AQUÍ, PUES, NUESTRO TRABAJO:

1) *Preparar el ambiente*, para que en él se pueda desarrollar la vocación si Dios se digna darla.

2) *Saber individualizar a los jóvenes que probablemente son llamados*, y darles a conocer su vocación de tal manera, sin embargo, que los dejemos libres, que sean ellos y no nosotros los que decidan.

3) *Examinar y probar su vocación y asistirles* hasta que hayan llegado a alcanzar su ideal

Esto es lo que iremos diciendo en este pequeño trabajo. Están en un error los que piensan que ha de ser el joven el primero que ha de hablar de la vocación. Alguna vez, y quizá muchas veces,

he de ser yo sacerdote, yo religioso, yo amigo, el que rompa el hielo y estimule al joven a darse cuenta del tesoro latente que lleva en su corazón.

LA INTENCION QUE HEMOS DE TENER EN ESTE TRABAJO DIVINO

Quiero decir que no hemos de trabajar por las vocaciones para hacernos ver, para ser beneméritos de nuestra Orden o para aumentar el número de nuestros sucesores, los cuales deberán después continuar nuestro trabajo; muchísimo menos nos ha de animar a este trabajo la idea de querer situar en la vida a nuestros penitentes o a nuestros familiares y procurarles por medio de la vocación un medio para poder estudiar o hacer carrera en el mundo.

Nuestro único ideal al emprender este apostolado ha de ser Jesús y el alma del joven.

He de desear únicamente ayudar al Señor a encontrar otro corrededor que continúe su trabajo (no el mío). Y porque conozco el gozo del Corazón de Jesús al poder tener un nuevo amigo íntimo, al ser servido por un alma sincera, al recibir el holocausto completo de un corazón generoso y puro, me daré al trabajo y arremeteré con cualquier contratiempo para acercar a Jesús esas almas y ayudarlas a consagrarse a El. Y, finalmente, será el amor a las almas el que me empuje a trabajar por las vocaciones. Será el amor espiritual y sincero por el joven llamado el que me conduzca a ayudarlo para que alcance aquella felicidad que yo ya poseo, la seguridad de salvar su alma y la embriaguez de poder amar a Jesús, vivir en su Casa y tocarle en el Santo Sacrificio.

No seremos nosotros los que tracemos al joven el camino que ha de seguir, ya que no se trata de hacer salesianos, jesuitas o dominicos. No trabajaremos en favor de esta o de aquella Orden. Queremos trabajar por Dios al cual pertenecen todas las Órdenes religiosas, por el alma del joven que podrá encontrar su santificación y la voluntad de Dios en cualquier Orden o Congregación religiosa.

Así pues, ¡al trabajo!

PRIMERA PARTE: EN BUSCA DE LAS VOCACIONES LO PRIMERO

¡Oración!. Es inútil insistir. Estamos todos persuadidos y no hay necesidad de repetir mucho la misma cosa. Sería como querer convencer a alguien de que para vivir es necesario respirar.

Se trata de una cosa eminentemente sobrenatural que tiene algo de misterioso y que no se puede ver o juzgar con los cálculos humanos por más que éstos estén basados sobre el dogma o la moral cristiana. Cada uno de nosotros debería ofrecer cada día alguna oración para tener la luz y la posibilidad de ayudar a alguien en su vocación.

A menudo se dice: 'Entre mis jóvenes no hay esperanza'. ¡No es verdad! ¡Ora! Otros dicen: 'Acerca de esta materia no entiendo nada; temo equivocarme.' Ora y no temerás... y además empezarás a entender.

Y a la oración es necesario añadir el ayuno, es decir, la penitencia, la mortificación, querida y aceptada.

Como bien se ve, estamos muy lejos del ejercicio de una ocupación o de una carrera. El que quiera obstinarse en ver en nosotros personas hábiles en hacer caer a los jóvenes en la red de nuestros engaños, gente que quiere hacer proselitismo, no comprenderá este nuestro lenguaje que mira a la preparación sobrenatural. Estamos en un plano totalmente diferente.

PARA ORIENTARNOS

Para empezar desde algo lejos veamos un poco de cuán diversos modos puede nacer una vocación, o mejor, cómo empieza a manifestarse en el individuo.

Es preciso que nosotros conozcamos estas formas, porque bien puede darse que cualquier joven, confiado a nosotros, esté en alguno de esos caminos.

No se trata por ahora del método de examinar las vocaciones sino de ver *los modos cómo pueden empezar a manifestarse*. Estamos aún muy lejos de poder juzgar si una vocación es verdadera o no.

1) Manera casi natural.

O sea, sin ningún influjo extrínseco, una vocación que estamos tentados de llamar congénita, en la que no aparece un verdadero momento de decisión, pero el joven... siempre la ha sentido así, él mismo no recuerda haber tenido una idea diversa de aquella de hacerse religioso.

Tenemos un ejemplo en Santiago Tutain, nacido en Mans el año 1922. Juan, el hermanito mayor, un día le declaró:

—Yo seré doctor.

—Pues yo —respondió Santiago— seré sacerdote, porque es lo mejor del mundo.

—Cierto, —respondió el otro— pero se necesitan también buenos médicos, ellos pueden hacer mucho bien hablando de Dios a los enfermos.

Nos sorprenderá saber que este diálogo lo sostuvieron dos niños, el uno de seis y el otro (el curita) de cuatro años. Aquí tenemos un niño que a los cuatro años habla de su deseo de ser sacerdote. Y se trata de una cosa pensada y escogida porque para él es 'lo mejor del mundo'.

Dos años más tarde ante sus persistentes deseos, su mamá le pregunta:

—Pero sabes, por lo menos, ¿por qué quieres ser sacerdote? — ¡Oh! por muchas razones; antes que nada para hacer amar a Jesús, para mandar muchas almas al cielo... y para tener a Jesús en mis manos durante la Misa.

Este pensamiento le venía frecuentemente a la mente aun en medio de los juegos.

Un día, mientras jugaba con Juan, encuentra en la papelera unas matrices de cheques. Juan se queda con la matriz más gruesa y da la pequeña a su hermano. Y Santiago explica a su madre:

—Juan ha de ser doctor y ganará mucho dinero, por eso debe quedarse con el paquetito más grueso de cheques; en cambio yo me contento con el más pequeño, porque como he de ser sacerdote solamente tendré necesidad de un poco de dinero para mis obras y para mis pobres.

Y cuando juega con su autito se imagina que lleva a sus futuros alumnos en peregrinación y corre gritando:

— ¡Llevo a mis alumnos en peregrinación!

En el Colegio es el primero en clase de Religión, y pregunta:

— ¿Si continúo así, cree usted que podré ser sacerdote?

Más tarde, llegado a su casa, cuenta:

—Esta mañana, de los alumnos externos sólo hemos comulgado Juan y yo. Pero es natural que yo comulgase, pues soy Cruzado de la Eucaristía y futuro sacerdote.

Y cuando en el colegio entra a formar parte del coro confía a su madre:

— ¡Si supieses cuánto me gusta vestir mi sotanita (de monaguillo) mientras espero la otra (la de sacerdote)...! ¡Pero aquélla será larga, larga!

Otra vez su madre le oye hablar en voz alta, solo en su aposento.

— ¿Qué haces ahí? —pregunta—. ¿Estás quizá repitiendo la lección?

Y Santiago, que está acostumbrado a responder siempre con franqueza, le explica:

—No, sino que cuando estoy solo me ensayo a echar sermones.

—Échame uno —dice sonriendo su madre.

—Todavía no, aún no sé bastante.

Con estos pensamientos y sentimientos Santiago continuó hasta los dieciséis años, edad en que le sorprendió la muerte, que fue la de un santo¹.

¡Cuántas veces entre los niños de nuestras asociaciones o de nuestros colegios encontramos los mismos sentimientos!

2) Otras veces, en cambio, se manifiesta de un modo casi baladí.

La estima por un religioso llega a hacerle decir: Quiero ser como él... La madre empuja y el hijo, primero sufre, después comprende y desea y quiere, y es capaz de combatir contra quien sea para obtener lo que ya se ha transformado en su ideal. Otras veces es el hábito de una determinada Orden religiosa que gusta y atrae; otras son cosas de nada que suscitan en el corazón una especie de atracción que termina con una verdadera vocación.

Dos jóvenes polacos encontraron buenísimo un plato de arroz con leche que el Padre les dio para premiarles el haberle ayudado una Misa cantada. Preguntan si también los otros Padres de la Orden comían por la mañana aquel arroz. A la respuesta afirmativa se ponen de acuerdo, y terminados los estudios medios entraron en la Orden. Cuando después hicieron los Ejercicios Espirituales y examinaron si habían tenido recta intención en su vocación, se fueron llorando al P. Maestro confesando que su intención no había sido del todo muy espiritual. El Padre quedó maravillado, después preguntó con calma:

— ¿Pero teníais también el deseo de salvar las almas y de ser santos?

—Sí—fue la tímida respuesta.

—Bien, hijitos, el arroz con leche fue el anzuelo con el cual Dios os pescó; ahora pensad en el verdadero fin de vuestra vocación.

Hoy aquellos dos Padres hacen un gran bien con su ferviente apostolado.

¹ De *Ma Jeunesse au Christ*. Julio 1947, n. ° 103, p. 2.

Sé de uno que entró como Hermano lego en una Orden porque creía que los cubiertos eran todos de plata y él pues... los quería robar. Una vez dentro tomó parte en las pláticas, sermones, lectura espiritual y todo lo de la vida de comunidad. Le pareció encontrarse en un paraíso, se arrepintió de su proyecto, se confesó y sigue en la religión y es feliz.

Un día recibí una carta de un Padre jesuita que me hablaba de un joven que pertenecía a la Congregación Mariana que yo dirigía en Palermo, asegurándome que el tal joven le había manifestado su deseo de ser jesuita y le había pedido ayuda y dirección.

El joven se encontraba enfermo. Corrí a visitarle pero no pude hablar claramente porque su madre estuvo delante todo el tiempo. Me limité a decirle que me había escrito el P. Z... y que me había dicho alguna cosilla que se refería a él. Después le eché una mirada significativa y reí con toda el alma. El sonrió y bajó los ojos enrojeciendo ligeramente. 'Me ha entendido', dije entre mí. Y durante toda la conversación nos cruzamos miradas y sonrisas, se entiende, siempre significativa.

Después de una semana se repuso y volvió al colegio. Le llamé: sentía fiebre por hablarle claro. Entró en mi aposento y se sentó. Le miré con una mirada larga, escrutadora. Un joven óptimo, quince años, serio, comunión diaria, meditación, lectura espiritual, bastante estudioso... en fin, algo de vocación seguro que tenía.

—Bueno —dije rompiendo el fuego—. ¿Sabes qué cosa me escribió el P. Z...?

—¿Qué? —sonrió frío-, pero yo estaba convencido que lo hacía por disimular.

—Me dice que tú le hablaste de vocación y que quieres una dirección adecuada.

—¿Yo?—dijo levantándose de un salto. —¿Cómo? —dije yo—. ¿No es verdad? Mira la carta. No creas que lo he hecho a propósito para hacerte caer en la trampa.

La leyó. ¡Maravilla de las maravillas!

—Padre, le aseguro que no me acuerdo absolutamente de nada. Quién sabe qué habrá entendido. Pero ciertamente yo no le he hablado nunca de vocación.

Reímos los dos. La cosa era cómica. Le conté todas las miradas 'significativas' y todos los 'quid pro quo'.

Cuando nos íbamos a despedir me dijo:

—Y sin embargo es una cosa en la que debiera pensar. El año que viene terminaré el Bachiller y aún no sé lo que haré. —Aún hay tiempo—concluí—, ruega y piensa un poco de vez en cuando, pero con calma.

—Mire, Padre —dijo—, yo ahora no tengo nada que hacer, ¿me podría dar una pequeña instrucción o dirección para ver si tengo vocación o no?

Yo, que no deseaba otra cosa, me resigné a hacerle un coloquio que duró una hora y media. Después de aquél siguieron otros, los cuales fueron coronados por una seria decisión de abrazar el estado religioso.

¿Podía esta vocación nacer de una forma más baladí?

3) Ver a un muerto

Todos conocen la historia de la vocación de **San Francisco de Borja**, tercer General de la Compañía de Jesús. Se había ya entregado a una vida intensamente cristiana, pero el golpe de gracia se lo dio la vista del cadáver de la emperatriz Isabel deshecho por la muerte. Había conocido a aquella joven soberana y también él se había unido al coro que unánimemente alababa su maravillosa belleza. Y ahora ¿qué? Le hirió un sentido tan profundo de la vanidad de las cosas de la tierra que de Duque de Gandía se transformó en un ferviente religioso y después en un Santo.

Dos amigos se citaron en una iglesia. Era domingo; oírían Misa juntos y después saldrían de paseo. José fue al templo pero su amigo no daba señales de vida. Terminó la Misa y... ¡nada! Se acercó a una señora conocida:

—Perdone, ¿ha visto a Juan?

—¿Cómo? —respondió ésta—. ¿No sabes que murió ayer?

— ¿Muerto? —Sí, ayer, yendo con la bicicleta fue lanzado contra la pared por un auto. Le llevaron a su casa y ya era cadáver.

José corre a ver a su amigo. En la casa silencio, sollozos, luto. Permaneció largo rato delante del féretro. ¡Ayer lleno de vida y de esperanzas! ¡Todo vanidad! ¡Cuánto más vale servir a Dios, y a El solo! Dejó carrera y familia y hoy José es religioso y sacerdote.

Lelio, en cambio, un compañero mío de colegio, se decidió a hacerse religioso después de haber visto muerta en Catania a una compañera suya de universidad. Despidióse de su novia y abrazó la vida religiosa.

La muerte con su predicación silenciosa es una óptima consejera. Aun San Ignacio aconseja al joven que hace la elección de estado el imaginarse que está en el lecho de muerte y que piense cómo desearía en aquel momento haber vivido toda su vida.

4) Muchas veces es una frase misteriosa, dicha quizá con un fin no religioso, la que hace pensar y conduce al joven a la convicción de que Dios le llama.

Me acuerdo, de cuando fui Prefecto en un colegio, que escribí unas palabras de felicitación en el dorso de una estampa a un joven que celebraba su santo. Era un muchacho que sentía demasiado su personalidad, que buscaba el hacerse ver y darse importancia. Quería corregirle de este defecto y dirigirle ese sentimiento a un ideal superior.

Entre otras cosas le escribí que Dios esperaba de él cosas grandes. Fue la única frase que le hirió. Vino a mí y quiso que le diese explicaciones. No sabía qué responderle, porque había escrito aquella frase sin ningún fin preciso. Me limité a decirle que rogase a Dios para que le iluminase. A los pocos días me dijo que ya lo había entendido. Se hizo más devoto, más humilde, más bueno. Le pregunté

— ¿Qué hay? —Quizá el Señor quiere que sea misionero.

Otra vez di un día de retiro a jóvenes de Acción Católica. Hablaba del Reino de Jesucristo y durante la meditación dije esta frase:

«Aquí podría hacer algunas explicaciones para aquellos que quisieran hacer la elección de estado, pero para vosotros no hay caso. Quiero en cambio hacer estas otras aplicaciones...»—y continué hablando de otras cosas.

Después del retiro me despedí de los jóvenes y mientras uno de ellos me besaba la mano le dije bromeando:

—Eres un 'mal sujeto'— ¿Por qué? —me preguntó serio.

No le respondía porque me rodearon otros que me querían saludar y dar las gracias. Cuando todos se fueron me veo delante al... «mal sujeto».

— ¿Todavía estás aquí?—le dije maravillado—Sí, y no me marcharé mientras no me explique por qué me ha llamado «mal sujeto».

—Pero si no es nada —dije sonriendo—, fue sólo una broma.

—No, usted quería decirme algo. Quizás... se paró y se puso colorado.

— ¿Quizás...? —Pregunté animándole.

— ¿Quizás usted cree que yo no amo a Jesús porque no quiero ser sacerdote? Es verdad que cuando era pequeño tuve esa intención.

— ¿Y ahora, no?

—Qué quiere, ahora ya no tengo vocación.

Le llevé a mi aposento y hablamos durante dos horas; cuando nos despedimos estaba convencido que aún tenía vocación.

Cuando estuve en Sicilia, entre los chicos del colegio vi a uno muy devoto, serio, amable, buen tipo, pero no me gustaba que fuese a la iglesia con camiseta de mangas cortas y además que llevase unos pantaloncitos demasiado cortos.

Un día le paré mientras salía de la iglesia donde había comulgado. Iba con su hermanito... el cual siempre llevaba mangas largas.

—Este sí que es bueno —le dije señalando a su hermano—; va a la iglesia vestido decentemente. Tú, en cambio, comulgas con mangas cortas. No está eso tan bien.

Sonrió un poco disgustado y se fue sin responderme.

Durante dos días cambió de camiseta pero poco a poco volvió a empezar. En cuanto a los pantalones demasiado cortos no quise decirle nada por no turbar su ingenua inocencia. Por su mirada me di cuenta de que debía de ser un ángel. No obstante, se lo dije a su madre.

—Padre —me respondió—, ya se lo he dicho. No me quiere escuchar. Dice que los pantalones que llegan hasta la rodilla no son elegantes. Cuando le hago un traje nuevo me recomienda siempre hacerle los pantalones bien cortos.

Quedé mal. Y sin embargo el chico era buenísimo, bueno de veras.

Pasaron tres meses. El seguía siempre lo mismo con la moda, pero asiduo a la comunión diaria, correctísimo en el hablar y, con todo... frío espiritualmente. ¡Le hubiera zarandeado!

Un día le encuentro en la sacristía.

—Querido Salvador, dime, ¿estás contento? Te veo tan bueno, comulgas cada día, sirves de ejemplo a los demás, en los estudios vas discretamente... pero ¿no te parece que te falta algo? Me das la impresión de que no estás contento de ti mismo.

Me miró con sus ojos puros, se sonrió un poco y después afirmó:

—Es verdad, no estoy contento, me falta algo. Pero ¿qué es?

Me venía tan bien el decirle que le faltaba aún una cosa, la misma que le faltaba al joven del Evangelio que había preguntado a Jesús: Quid adhuc mihi deest? Pero no quería. Quería que llegase él solo bajo la moción de la gracia. Me limité a decirle:

—Sí, te falta algo, yo sé qué es, pero no te lo quiero decir. Ruega, te lo dirá Jesús... y no tardará mucho.

Algunos meses más tarde se preparaba para hacer los Ejercicios Espirituales. Un Prefecto le preguntó a quemarropa:

—Si Jesús te llamase, ¿serías capaz de responderle que sí?

Durante los Ejercicios lo pensó. Creyó atisbar la vocación. De vuelta al colegio le llamó otro Padre y con unas y con otras la conversación recayó sobre la vocación.

—Tú tienes señales de tener verdadera vocación —concluyó el Padre—

A los tres días me lo veo entrar en mi aposento.

—Padre, quizás tengo vocación.

Me contó las conversaciones tenidas con los Padres. Le impresionaba que tantos desde fuera se diesen cuenta de que él tenía vocación mientras que él no notaba nada. Haciendo oración se le ocurrió que aquel 'algo' que le faltaba y del que ya le había hablado yo debía de ser la vocación.

Hoy es religioso y ríe a gusto cuando le recuerdo su manía por los pantaloncitos cortos.

Cuando yo era un muchacho todavía, tuve un amigo buenísimo, de una bondad sólida y seria sin sombra de dulzonería ni feminismo. Era capaz de luchar por sus ideas. Tenía un carácter que me gustaba. Nos hicimos íntimos y conociéndole cada día más llegué a la conclusión de que probablemente Dios le quería para El. Por aquellos días vino al colegio el R. P. Provincial a visitar a los Padres. Fui a verle para hablarle de mí y de mi vocación. Pero no pude resistir a la tentación de hablarle de mi amigo describiéndoselo como un carácter perfectamente apto para ser jesuita. Excité la curiosidad del P. Provincial el cual me dijo que le gustaría conocerle.

Se lo dije en un recreo desfigurando un poco la verdad histórica.

—¿Sabes? Le he dicho al P. Provincial que tú le quieres hablar.

—¿Yo? ¿Quién te ha dicho eso? ¡No voy!

—¿Me harás quedar mal? ¡Le he hablado tan bien de ti! le he dicho que eres muy serio, sólido, amigo mío... y ahora si no vas no me creará más cuando le hable otras veces de otras cosas.

Un poco la amistad, otro poco el amor propio y otro poco la curiosidad... allá que se fue. Hablaron de cosas sin importancia pero al fin la conversación recayó donde debía recaer. Mi amigo resistió a todo 'atentado' del P. Provincial.

Volvió con aire de triunfo, vencedor.

Fui corriendo al P. Provincial para conocer el éxito del 'atentado'.

— ¡Nada! —me dijo—. ¡Tu amigo no quiere oír nada de vocación! Pero su modo de obrar no es inteligente. ¡No quiere razonar, no quiere pensar! y dice no por el gusto de decir que no, porque de hecho no tendría ningún inconveniente y él mismo me dijo que no tenía ninguna razón para decir que no. Por lo tanto, lo suyo es tozudez. Ha tomado una posición muy poco razonable.

Rogué mucho después de la entrevista con el P. Provincial; aunque hacía ya meses que rogaba por él.

En el recreo siguiente fue él el primero que me habló.

—No habéis salido con la vuestra de pescarme.

— ¡Ciertamente —le contesté—, obras de una manera irrazonable! Exactamente eso es lo que me ha dicho el P. Provincial: eres un muchacho poco inteligente, bromeas con la gracia de Dios. Espero que no acabes mal. Lo siento por mí —concluí— porque me has dejado en mal lugar.

Éramos vecinos en el dormitorio. Me di cuenta que por la noche él no podía dormir. Al día siguiente le pregunté qué le pasaba. No contestó.

A la noche siguiente procuré no dormirme para vigilarle. Al cabo de una hora le miré. Tenía los ojos abiertos.

— ¿Por qué no duermes?

— ¡Déjame en paz!

¡Cómo rogué por él aquella noche y todo el día siguiente!

A las tres noches se decidió y antes de que partiese el P. Provincial fue a él para pedirle que le admitiese. Esperó aún seis meses y después de duras luchas con su familia entró en religión. Hoy es Rector de uno de nuestros colegios.

5) Muchas veces la ocasión que delata la presencia de una vocación es el ejemplo de un compañero.

Traigo aquí estos casos no porque ellos prueben si una vocación es verdadera o no, sino porque nos hacen conocer cómo Dios se puede manifestar. Todo esto sirve para ensanchar nuestro horizonte y puede sugerirnos modos prácticos de insinuación en el corazón del joven.

Cuando dirigía una Congregación Mariana en Palermo, uno de los congregantes antes de partir para el Noviciado quiso hacer un discurso de despedida a sus compañeros. Habló con entusiasmo y, diríamos aun mejor, todos lo hemos dicho, se superó a sí mismo. A las dos semanas un Congregante de 3ro. de Bachiller vino a hablarme de su vocación.

— ¿Cuándo has pensado en ello?

— Mientras hablaba X .

A mí me pasó lo mismo. Antes de despedirme de mi familia para ir al Noviciado quise hacer un discurso de despedida a los jóvenes que formaban parte de una Asociación fundada por nosotros mismos. Yo, en cambio, no era capaz de hablar sin leer como lo hizo X, y así lo leí. Ya sea por la emoción ya por un vientecillo malicioso que me daba en la pupila, una lágrima “furtiva” me cayó por el rostro. Al cabo de algunos días recibí una carta de uno de los “socios” en la que me confesaba que durante mi discurso había comprendido que el camino escogido por mí era el mejor y que aquella lágrima había sido más elocuente que todos mis argumentos.

Vino a verme, decidióse también él y al cabo de tres años me siguió. Hoy es un óptimo misionero entre los Santal.

El ejemplo hace mucho especialmente en la elección de la Orden, por eso hacen muy bien los superiores que permiten a sus novicios la correspondencia con sus antiguos compañeros y amigos.

La vocación a la Compañía de Jesús de **San Bernardino Realino** la decidió la vista de dos novicios que iban modestamente por las calles de Nápoles.

Leamos cómo habla el P. Germier en la Vida que escribió con ocasión de la canonización del Santo (páginas 153-154):

“Un día paseaba con dos amigos suyos por cierta callejuela napolitana, menos rumorosa que las demás, cuando se cruzó con dos jóvenes religiosos, modestos en la vista, graves en su porte, recogidos con sus amplios manteos, totalmente identificados con la santidad del hábito que

vestían. Ocurrió a aquellos dos hombres dedicados al servicio de Dios lo mismo que le pasó un día al seráfico San Francisco, cuando yendo junto con su querido compañero Fray León atravesaba las calles de Asís con la humildad reflejada en su rostro y en su hábito. Con su devoto recogimiento habían predicado pero, en vez de recoger insultos de los golfillos como le pasó al Santo de Asís, merecieron la más ponderada admiración de aquel hombre, entonces ya maduro de edad, de juicio y de virtud.

“...Los siguió largo rato con la vista y fue tanta su admiración que preguntó a sus compañeros de paseo si sabían a qué Institución religiosa pertenecían. Por fortuna sus amigos pudieron satisfacer su deseo informándole que eran novicios de la Compañía de Jesús.

“...Aquellos dos religiosos que conmovieron a San Bernardino Realino realizaban el ideal del Santo Fundador de la Compañía de Jesús. Y en nuestro Santo se encendió el deseo de volverlos a ver”.

San Romualdo se batió en duelo. Para huir de la justicia se refugió en un monasterio que gozaba del derecho de asilo. Allí tuvo ocasión de ver a los monjes y de conocer su vida de entrega y santidad. La vista de éstos le trocó, empezó a cambiar interiormente y salido de allí fundó los monjes Camaldulenses.

6) Otras veces es un fracaso el que hace ver la vanidad de las cosas de la tierra y orienta el alma hacia la vocación.

- Leemos del **Beato Tomás Pound**, el cual era bailarín, que un día bailó delante de la reina Isabel de Inglaterra. Fue un cuarto de hora de embriaguez para los espectadores. Los fragorosos aplausos le enjugaron el sudor de la fatiga y sostuvieron sus miembros cansados.

¡Y todo esto no era nada! ¡La Reina se levantó del trono, le abrazó y le besó! Le parecía que tocaba el cielo con el dedo. ¿Qué más podía desear en esta vida? La Reina pidió un bis. Y aunque estaba cansado no pudo negarse.

Empezó con todo entusiasmo, pero en medio de las vertiginosas vueltas y saltos tropieza con sus mismos pies y cae. La Reina se levantó, pero no para ayudarlo ha levantarse con piedad y comprensión, sino para ponerle torpemente el pie en la espalda y lanzarle un insulto atroz:

— ¡Levántate, buey!

Pound se levantó, su corazón era un mar de amargura. ¿Por qué ese insulto? ¿Qué valían las alabanzas, borradas por un insulto humillante... e injusto? ¡Mundo infame! «Sic transit gloria mundi', murmura.

Se hace católico, después religioso, sacerdote y mártir.

- **Ramón de Peñafort** se hizo religioso porque dio un consejo equivocado a un joven. ¡Quiso reparar!

- Se sabe de **San Alfonso Maria de Ligorio** que dejó el mundo después de un solemne fracaso en la defensa de una causa.

Y si contásemos las vocaciones manifestadas después de una desilusión en el amor Algún escéptico sonreirá. Algunos “modernos” sonríen al oír hablar de vocación después de un fracaso amoroso, muchas veces se piensa en estas almas con desprecio y dureza como si fueran de los insolentes que quieren seguir a Dios después que las criaturas los han echado lejos de si. No queremos decir que todo lo que reluce es oro ni es necesario aprobar en seguida estas decisiones tomadas en un momento de depresión, pero lo que si queremos decir es que nadie sustituya al Espíritu Santo, dando sentencias a priori, despreciando lo que no conoce y lo que no ha examinado.

Dios no tiene límites en sus métodos y medios que usa en la elección de las almas; en sus manos divinas todo se transforma en gracia. ¿Qué importa si el escalón es de oro o de mosaico, de mármol o de piedra, de madera o de barro? Si conduce arriba a la perfección allí está el dedo de Dios cubierto por el guante de su misericordia que supera todo nuestro soberbio entendimiento.

San Ignacio de Loyola necesitó un golpe que le deshizo la pierna y estar echado en una cama durante meses enteros para comprender y seguir la voluntad de Dios.

San Camilo de Lelis necesitó perder en el juego todos sus haberes, hasta la camisa, y aun esto muchas veces para al fin ver que Dios le llamaba.

¡Sepamos apreciar los momentos del dolor, de la desilusión, del abandono, cuando el mundo aparece desnudo de su vanidad y cruel en sus necios juicios!

Pero —se dice— la vida religiosa no está hecha para los ilusos ni para los desilusionados. Y respondo que la vida religiosa está hecha para el que es llamado por Dios y que Dios llama a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Y que ciertamente no seremos nosotros los que enseñemos al Señor qué camino ha de escoger para llamar a un alma.

POR CONSIGUIENTE...

De todo lo que se ha dicho aparece claro que la vocación puede empezar a manifestarse de mil maneras diversas y que cualquier argumento o suceso puede servir para manifestarnos la voluntad de Dios.

Preguntar a un joven cómo “le vino” la vocación, podrá servir para conocer mejor al muchacho y su carácter, pero generalmente no nos podrá dar ninguna luz para juzgar si la vocación es verdadera o no. El primer impulso es una *ocasión* que *orienta* al joven hacia la vida religiosa no una *razón decisiva* que le *convenza* definitivamente.

Casi siempre en el primer capítulo de la historia de una vocación encontramos una palabra dicha por un amigo o un educador, un folleto o un sermón, un ejemplo o una carta. ¡Cuántas veces ha bastado para 'suscitar' una vocación el revelar en secreto a un amigo la propia vocación!

—Mira, te lo digo en secreto, no lo digas a nadie. Te lo digo porque quiero que ruegues por mí... ¡Quiero hacerme sacerdote!

Estupor, maravilla, felicitaciones, explicaciones... Y después se piensa en serio. Y la pregunta es espontánea: —'¿Y yo, por qué no?'

Conformémonos con la convicción de que se *requiere* nuestra cooperación. En todas las cosas espirituales Dios se sirve de sus ministros o de algún alma buena. ¿Por qué cuando se trata de vocación tantos sacerdotes se echan atrás casi con temor? No quieren entrometerse: 'Es asunto de Nuestro Señor', dicen. ¡Eso es una exageración! ¡Una posición completamente errónea!

¡Dios *quiere* nuestra cooperación y nuestra ayuda!

DESCRIBIENDO PSICOLÓGICAMENTE UNA VOCACIÓN

No sé si saldré con mi intento. Con todo probaré. Tal vez sea como tantas definiciones que lo dicen todo y después se aprieta, se aprieta y no dicen casi nada.

No daré una definición sino trazaré una descripción discutible pero quizá no inútil. Hablo de una vocación nacida tranquilamente como una perla que se forma poco a poco, con tiempo, sin ruidos ni empujones bruscos, y no de aquellas instantáneas o violentas que caen como una cascada.

Vamos paso a paso.

1) El alma empieza a sentir un sentimiento indefinido de una como felicidad desconocida. Ella misma no sabe lo que siente, pero no obstante ve que no está hecha para pegarse a la tierra, comprende que hay otras felicidades muy superiores a aquellas mezquindades tras las cuales corren ávidamente tantas almas.

Todo lo que le rodea le parece pequeño, insignificante, ni siquiera lo piensa, porque sabe que es capaz de gozos más intensos y de felicidades más embriagadoras pero también más puras.

2) Al mismo tiempo le rodea otro sentimiento, y es el de no querer ser una persona vulgar, 'uno más' que pierde el tiempo, sino que quiere sobresalir, quiere hacer sentir su personalidad, distinguirse en algo, separarse del común de los hombres para vivir una vida más noble y para hacer algo grande.

Son pocos los jóvenes que pensando en su porvenir se resignan a ser simples unidades de una masa insignificante que han de sufrir las influencias de otros sin imponer las propias. La mayoría se imagina que llegarán a ser jefes, centro de irradiación, acogidos con aplausos, circundados de admiración, de estima, bendecidos de muchos por ellos protegidos.

'Hacer bien; repartir felicidad'; es el ideal acariciado en los momentos de soledad y de calma: vivir una vida que valga la pena vivirla.

3) Mientras tanto esos pensamientos y sentimientos -que podrán ser iguales a los de cualquier ambicioso o presuntuoso- empiezan a unirse con el pensamiento del mártir, del misionero, del santo.

Y he aquí a nuestro joven que se siente soldado de Cristo, que quiere militar bajo la bandera del Gran Capitán; para él las cosas grandes no son la caducidad de la tierra, a la cual ya desprecia, sino las cosas eternas, las gestas de los Santos. Eso le entusiasma y alguna vez se sorprende representándose como un mártir que confiesa con valor su fe, o un héroe que defiende a un inocente o que salva perdonando.

4) Pero no para en la imaginación. En este momento comprende que ha de hacer oración, que debe rogar más que los otros, que ha de entregarse a una vida cristiana no común. Aun el sacrificio y la mortificación se le convierten en una necesidad, o mejor, en un placer. Piensa con gusto en las cosas del cielo, tiene hambre de la palabra de Dios, quiere ser familiar con los sacerdotes, asistir a las funciones religiosas y a todas las otras cosas de la Iglesia.

5) Al mismo tiempo se va posesionando de él un acentuado sentido de desprecio de todo lo que le habla de mundo. Las riquezas y los honores son para él cosas vacías y sin sentido. No encuentran sitio en su corazón. Y en cambio crece el estado de 'búsqueda'. El joven desea encontrar 'algo' que él mismo no sabe lo que es, su alma busca (como el joven del Evangelio) y está sumergida en un estado de continua ansiedad.

Hablado a este joven del ideal religioso y sacerdotal y el noventa y nueve por ciento dirá en su corazón: '¡Exactamente es eso lo que yo buscaba! ¡Eso es lo que me conviene!'

Encontré en tal estado a un joven de trece años. A la segunda entrevista le aprieto fuerte la mano. El ve en este apretón de manos a un amigo que le quiere bien y con sinceridad y la primera cosa que me dice en aquel momento es: '¡Le quiero decir un secreto!' Seguro de mí mismo le respondí: 'Ya conozco tu secreto. Más aún, en tus ojos leo cierta cosa que tienes dentro y que tú mismo no conoces todavía'.

Todo acabó ahí. Pero al cabo de dos semanas le escribí una carta para suscitarle de nuevo aquella tempestad espiritual, por si acaso se le había calmado. Copio algún fragmento de sus respuestas traduciéndolas del inglés:

'Con su primera carta ha roto usted el hielo, y me dice además que tenga el grifo siempre abierto para que el agua continúe corriendo. La verdad es que no ha parado todavía.

'El 'secreto' y aquel 'algo' que le quería decir se refería a la elección de mi estado. Por eso le pedí de modo especial sus oraciones. Estoy en la edad crítica y debo elegir, y ruego mucho para que elija lo que más le guste al Sagrado Corazón de Jesús.'

Y en la carta siguiente:

'No estoy ofendido con usted porque quería conocer mi secreto a todo trance; al contrario, estoy contento por el paso dado por usted y me fío de usted como un verdadero amigo y aún como si fuera mi padre.'

'Me maravilla cómo usted supo conocer mi secreto y me gustaría saber qué es aquella 'cierta cosa' que usted leyó en mis ojos.'

'Estoy atravesando un punto crítico (mi elección de estado); soy guiado primero por el Sagrado Corazón de Jesús, después por las oraciones mías y de mis amigos, por los consejos de mi director espiritual y por los consejos de usted, reverendo Padre, al que aprecio muchísimo.

'En un tema que hice hace tres años expuse mis deseos de ser sacerdote y puse también las razones que me empujaban a hacer esa elección, las cuales eran precisamente las mismas que usted me escribía en su última carta. El tema era: '¿Qué carrera quieres abrazar? ¿Por qué?'

'Desde aquel año empecé a tener ese deseo y oigo continuamente las palabras: Ven, sígueme. ¡Sacerdote... Misionero! Si todo eso es verdad, si Jesús ha llamado, entonces he de abrir a pesar de los obstáculos que ciertamente encontraré.'

Veamos otra carta de otro joven que también se encontraba en esta situación psicológica y que en un retiro, por una palabra dicha sin intención, encontró lo que tanto tiempo hacía que buscaba.

'Queridísimo Padre, las bellísimas palabras pronunciadas por usted en el día de retiro viven aún en mí. La vocación de ser misionero y el amor hacia el Niño Jesús crecen cada día más en mí. Ruego muchísimo para que el Señor me haga la gracia de ser misionero. Tengo grande confianza en el Sagrado Corazón de Jesús porque El ha dicho: 'Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá'.

'Cada mañana, como suelo, voy a comulgar. Padre, siento mucho la separación de usted (sic) y de sus compañeros, o mejor, Hermanos, los otros Padres del colegio. Deseo muchísimo oír y llenarme de sus santas palabras.

'Padre, estoy seguro que Dios escuchará mi oración y que me hará la gracia de ser misionero para poder ser más puro, amar más al Sagrado Corazón de Jesús y predicar su santo nombre en tierras paganas.

'Siendo Misionero tendré la mente en Dios y podré amarle mucho más. Mi alma se hará una sola con Jesús. Padre, mándeme por escrito sus santas palabras, mándeme también, si le es posible, libros sobre misioneros, etc. Sólo quiero llenarme de amor de Dios. Roguemos juntos y estoy cierto de que el Señor nos oirá.

'Estoy contento y soy feliz.'

La mayoría de las veces estas vocaciones nacidas de esta manera van acompañadas de períodos llenos de afecto y de entusiasmo, llenos de eso que nosotros solemos llamar consolación espiritual. Estos jóvenes sienten la vocación y ven que la tienen sin necesidad de muchos razonamientos. Sin embargo, no podemos afirmar que el joven movido por estos sentimientos está cierto de tener vocación. Todavía estamos a los principios y tal vez remotos. Aún falta mucho por andar.

Antes de dar un juicio exacto y concreto es preciso que se manifiesten en el joven algunas señales más objetivas y sólidas que revelen un alma capaz de ser llamada a esa misión tan noble.

SEÑALES DE VERDADERA VOCACIÓN

1) Miedo del mundo y de sus peligros.

No se trata de cobardía, o sea, miedo de ser maltratados o de no poder hacer una vida burguesa y tranquila. Se trata más bien de un verdadero conocimiento de la malicia espiritual y moral del mundo y de la dificultad seria de permanecer fieles a la Ley de Dios.

Y si somos sinceros:

- ¡qué difícil es permanecer puros en el mundo con tantos incentivos, ejemplos y tentaciones provenientes de toda clase de personas, compañías, lecturas y circunstancias de vida!
- ¡qué difícil es llevar una vida conyugal que no traspase los límites prescritos por Dios, que no intente contrarrestar o eliminar los fines del Creador!
- ¡qué difícil es ser buenos padres que sepan y *quieran* educar bien a sus hijos!

- ¡qué difícil es vivir honestamente sin cometer injusticias, sin hacer trampas, sin recurrir a la detracción, a la calumnia, al engaño cruel!

- ¡a cuántos excesos pueden llevar las amistades, las recomendaciones, las posiciones que es preciso sostener para no ser destrozado por los buenos 'fuera de la Ley'!

¿Cómo ser buenos en un mundo en el cual es tontería ser leal, motivo de aversión ser cristiano, anormal el no ser bestialmente inmundo, fácil presa ser concienzudo?

Es verdad que en el mundo hay también santos, pero ¿a qué costo? ¿Qué temple de cristianos han de tener? Sin contar que muchas veces llegan sí, a un cierto grado de bondad, pero después de mil caídas y desórdenes y por un golpe brusco de la gracia.

¿Y yo me sentiré tan fuerte? ¿Creo posible para mí atravesar ese barrizal sin llenarme de barro?

Muchos jóvenes a la vista de este espectáculo tan nefando del mundo no se conmueven. No piensan o no aspiran a ser buenos. Otros, en cambio se sienten agitados y movidos; esto quiere decir que llevan en el corazón el *germen* de un camino elevado y santo, o sea, la vocación.

2) Atracción a la pureza.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios, y aún muchas veces... le tocarán en los divinos misterios. A veces uno se encuentra con jóvenes que son una excepción, pasan a través de un mundo de pecado y parece que no sienten nada, viven en ciertas situaciones escabrosas y van como ciegos, están llenos de vida y de fuerza y completamente dueños de sí mismos.

Se ve que para ellos existe una Providencia especial. Mientras otros en ocasiones menos peligrosas caen, ellos... nada, y muchas veces sin gran esfuerzo. Dios los conserva intactos; el Angel de la Pureza pone el escudo de sus alas delante de sus ojos y no ven, oyen y no entienden, saben pero no caen en la cuenta.

¿Por qué razón Dios los mantiene intactos? Ciertamente por alguna causa. Dios obra siempre por algún fin. *Muy probablemente* porque los quiere por el camino que no se puede andar sin pureza. Y más aún si se trata de un joven que sabe, que ha visto, que comprende y que quizás ha *sentido* en sí las pasiones más violentas pero que ha encontrado en la gracia y un poco en su carácter la fuerza y la energía para no caer. Entonces se ve claro que ahí está el dedo de Dios y que estamos frente a un joven llamado a la perfección.

Clarísimo además cuando existe lo que los ascetas llaman el "instinto" de la pureza. Es algo que no se puede definir ni describir, pero que no obstante hace al alma tan delicada que esquiva cualquier sombra de impureza, y aun quizá sin saber siquiera qué significa pureza. Como sucede a los párpados que se cierran instintivamente apenas se acerca al ojo cualquier inoportuno mosquito. Es como un instinto hacia la virginidad, una como aversión casi natural hacia el pecado impuro.

Como Santa Margarita María Alacoque, que a los tres años, sin saber nada de lo que significaba, hace voto de virginidad. Santa Rosa de Lima hace lo mismo a los cinco años. San Luis Gonzaga a los ocho años, y en esta materia es tan delicado que llega a prevenir a la misma tentación. ¡Un privilegio especial de Dios!

Encontré a un joven de dieciséis años en un pueblo donde los muchachos de doce años son ya casi mozos: bien desarrollado, fogoso, inteligente, en plena posesión de sus facultades y completamente abierto a la primavera de la vida. Simpático, deportista, exuberante y de una pureza que quiero llamarla *completa*. No permitía a sí mismo sentir ni siquiera el alito de la tentación. Sabía guardarse maravillosamente bien, era recatado en medio de su vida llena de juventud, era admirable. Y sin embargo, su ambiente no le era favorable, ni falto de dificultades como cualquier otro ambiente, ya que en materia de pureza basta estar revestido de cuerpo para ser molestado.

Otro joven vivía en otro ambiente completamente diverso. Tenía un hermano públicamente deshonesto, su mismo padre llevaba una vida que dejaba mucho que desear. El era de un temperamento fogoso, sabía menear los puños que eran un primor, y ¡ay de los mayores que se

ponían debajo de ellos! Deportista, desarrollado extraordinariamente, popularísimo entre sus compañeros. Ciertamente no se trataba de un anormal... y, con todo, era de una pureza extraordinaria. Nunca un deseo desordenado; contaba aquello que estaba obligado a ver, pero de una manera sobria y cercenando las palabras. Se notaba que todo aquello no le tocaba. Viendo que entre sus problemas espirituales no asomaba nunca el de la pureza, procuré con cautela y con la máxima prudencia hacer alguna mención, pero con media palabra lo desviaba todo. Iba muy bien y lo daba a entender con toda certeza.

Nunca como entre estos jóvenes entendí el significado de aquella frase de San Pablo (Eph.5, 3) a propósito del pecado impuro: *Nec nominetur in nobis*. Sólo el nombrarlo ya desentonaba.

Encontré también otro joven, un tarambana como se suele decir, incapaz de estarse quieto cinco minutos, movido, allá donde estuviese, aún en la iglesia, y no entregado ni mucho menos a una vida espiritual; al contrario, las compañías que frecuentaba no eran del todo recomendables y las conversaciones que tenían no eran serias, ni mucho menos, pero tenía un como disgusto y una aversión natural contra "el pecado feo"; le manifesté mi admiración y aun se lo escribí. Veamos cómo me respondió hablándome de su carácter.

'No puedo hacer menos que sentirme superior a todo lo que puede ofender mi moral no sólo cristiana sino humana, ya que el hombre ha de tener su moral; pues de otra manera no es hombre, y eso es lo que voy repitiendo inútilmente a todos mis compañeros y amigos, que se las dan de 'gente corrida' y 'superior'.

Cuando se encuentra una gracia tan sublime en un alma, está demasiado claro que Dios no la quiere para que haga una vida común y casi sin sentido. Ciertamente quiere que se distinga en la vida de santidad y que haga grandes cosas por su gloria.

3) *Desear tener vocación.*

¡Cuántas veces ocurre al ver pasar algún religioso por la calle, decir en lo íntimo del corazón '¡Feliz él! ¡Si tuviese también yo vocación; la gracia de ser como él!'.

Este deseo seguramente no proviene del demonio ni tan siquiera de la propia naturaleza, porque todos sabemos que la vida del religioso es una vida llena de sacrificios y de renunciaciones.

Por eso hay algo de sobrenatural en eso que gusta y atrae.

Cuando un joven empieza a tener ese secreto deseo, bien puede sospechar que se halla bajo la acción de Dios. Aunque este deseo no exista actualmente, si se ha tenido alguna vez en la vida no debe despreciarse, sino que ha de ser examinado y ver cuáles hayan sido las causas por que se abandonó. Quizás se trate de una gracia de Dios que se ha perdido por causa de una conducta indigna, quizás solamente se tiene dormida y entonces puede ser que se despierte con la oración.

Es un deseo que se siente de cuando en cuando y que revive en la oración o después de la Sagrada Comunión o en los días de calma y de Ejercicios Espirituales. Cuando el alma se pone en contacto con Dios, Dios le habla más claramente.

Y muchas veces este deseo indefinido llega a la certeza de la convicción: 'Sí, me haré religioso; lo demás no vale nada; es lo que me conviene...!'

Aquí Dios llama claramente.

Un jovencito de quince años se me presenta un día:

—Padre, necesito oraciones. ¡Ruegue por mi!

Tenía los ojos llenos de lágrimas.

— ¡Bueno! ¿Pero qué es lo que quieres conseguir?

—Tengo un deseo grande de hacerme sacerdote, pero temo que no llegaré. Temo que no tenga vocación. Pero la quiero tener. No sé si eso es pecado, pero ¡yo quiero de veras esa gracia!

Sonreí. ¿Qué señal más clara quería este muchacho para estar seguro de que Dios le llamaba?

El P. Doyle dice: ¿Te ha ocurrido alguna vez preguntarte a ti mismo: ¿Cómo podré saber si tengo vocación o no? Bastaría esto para tener una señal cierta de vocación².

² F. WILLIAM DOYLE, S.I., *Vocations*, p.

¡Pero podría ser una veleidad! Cierto. Por eso precisamente es necesario cultivar ese deseo, pedirlo y después esperar a que el tiempo hable. Un deseo que dura tres meses no puede ser una cosa pasajera. Y si en un joven de quince años dura un año, bien podemos decir que se trata de una cosa muy seria.

4) *Conciencia de la vanidad de las cosas de las cosas de la tierra*

Ya hemos hablado algo. Completemos el cuadro. Empieza con sentimiento de temor y de decaimiento. Ven a sus compañeros que corren alocados tras las quimeras inconscientes. ¡Pobres!; son dignos de compasión, son pobres ilusos que no comprenden. Para nosotros, en cambio, ¡es tan evidente!

¡Todo acaba, todo es vano! ¿Vale la pena de emplear toda una vida para conseguir estos bienes caducos que no valen, que no son capaces de dar un minuto de serena alegría?

Y este sentimiento se introduce de un modo particular durante las diversiones o poco después de ellas. ¡Qué necio es el modo de pensar y de obrar de los hombres! ¡Todo artificial, todo pasajero!

Arturo Bonardi en una novela reciente, 'El Viejo Presbiterio', describe la desilusión de la señorita Sand, mientras tomaba parte activa en una reunión del Conde de Castelrosso. 'Sand se refugió en su aposento. ¡No podía más! ¿Qué era aquel conjunto de gente con blasones, galones, toda emperijilada? Un mundo de ficción y de miserias. ¡Oh! El otro mundo de la luz que había atisbado en el viejo presbiterio y que siempre comprendió mucho mejor a través de las armonías de 'María de Jesús' era mucho más superior y deseable'³.

Me hallé presente en una conversación entre dos muchachos. El uno hablaba de sus proyectos de carrera, riquezas y nombradía. El otro de vez en cuando intercalaba el discurso con un: '¡Bah!, ¿y qué vale todo eso? ¿Para qué te sirve todo eso? ¿Qué harás con los aplausos y la estima de todo el mundo?'

Me impresionó y quise preguntarle a solas.

— ¿Y tú qué serás?

—No sé; confío en que Dios me haga la gracia de ser sacerdote. ¡Yo no deseo tonterías como mi amigo! ¡Es un iluso! No entiendo qué gusto encuentra en querer ser rico y poderoso...

Y después añadió:

— ¡Aquello no es la grandeza!

Me acordé del epitafio que el senador Spínola compuso para su sepulcro, y que después fue puesto en su tumba:

'Aquí yace Juan Pedro Spínola (senador), que, puesto por la Providencia en próspera fortuna, juzgó máxima desgracia no haber podido vivir en una Compañía⁴ tan santa como la de Jesús, y a la hora de la muerte deseó como un gran favor le enterrasen entre los últimos hermanos de ella: para que aprenda el que vive, a estimar en vida solamente lo que ha de querer en el punto de la muerte, a la cual se llega muy presto'⁵.

Todavía es reciente *el caso de Eva Lavalliere*. Aquella tarde la hicieron salir al tablado varias veces para saludarla efusivamente. Los aplausos del público delirante demostraban que veían en ella a la diva, a la reina del escenario. Pero a poco de la representación se cambia rápidamente sus vestidos y por un camino solitario se dirige al Sena. La vista extraviada, el paso incierto, la frente rugosa, indicaban claramente que sufría una tempestad en el corazón. ¡Exacto! Era la amargura desesperada que deja en el corazón la mentirosa gloria humana que únicamente es capaz de saciar a los que no tienen sentimientos nobles. Eva Lavalliere pensaba arrojarse al río y terminar para siempre con aquella vida que no sabía darle lo que necesitaba. Y al barquero que la detuvo le gritó fuera de sí:

— ¡Déjame en paz! ¡Soy la mujer más infeliz de este mundo! ¡Estoy desesperada!

³ A. BONARDI, *Il Vecchio Presbiterio*, S. A, S., n. 32

⁴ Habla de la Compañía de Jesús; de los jesuitas.

⁵ GONZALEZ, *El Coadjutor perfecto*.

Más tarde, cuando después del Noviciado pronunció sus votos religiosos en un monasterio, dijo a los periodistas que la querían entrevistar para publicar los pormenores emocionantes de aquel cambio tan extraordinario:

— ¡Digan a todos que soy la mujer más feliz del mundo!

A veces este desprecio del mundo confina con el odio; sentimiento que Jesús mismo tuvo, pues maldijo al mundo y no quiso rogar por él. Fijémonos en que no es un odio hacia los hombres sino más bien hacia el modo de pensar, de obrar y de considerar las cosas que tienen los que viven según las máximas del mundo.

5) *Atracción a la oración*

Un deseo indecible de sentirse unido con Dios, de conversar con El, de orar. Querer estar solo, casi diría escondido; amar, pensar y orar. El joven siente que quiere hacer oración, le asalta el temor de que no ruega bastante, y en la oración encuentra calma y gozo porque reza o porque ha rezado.

¿No habéis entrado nunca en alguna iglesia hacia el atardecer? Entrad y no será raro que veáis a cualquier jovencito en algún ángulo rezando.

Conocí a un muchacho de trece años que podía darme lecciones en materia de oración. Exterior, recogido pero nada afectado. Impresionaba hasta a sus compañeros. Su padre me decía: “Yo no sé qué tiene este pequeño. Apenas le llamo por la mañana, en un instante pasa, y sin ningún esfuerzo, del sueño más profundo a un estado de oración recogidísimo. Mi esposa y yo estamos admirados”.

Le quise conocer y vino cuando yo estaba solo en mi aposento:

— ¿Comulgas cada día? —le pregunté.

- ¡Claro que sí!

— ¿Visitas a Jesús Sacramentado?

- ¡Naturalmente!

- ¿Te gusta hacer oración?

— Sí, pero no sé cómo arreglármelas para no distraerme.

En resumen, este joven no estaba contento si no hacía la Comunión diaria, si no ayudaba a Misa, hacía una visita á Jesús en cada iglesia que encontraba a su paso y decía dos o tres Rosarios diarios. Y era el alumno más vivo y más 'diablillo' de todo el Colegio.

— ¿qué quieres ser cuando seas mayor?

Me miró, sonrió, volviendo la cabeza a otro sitio.

— ¡Como usted! —dijo.

La vida eucarística se intensifica de un modo casi natural. De los jóvenes a los que he ayudado en su vocación puedo afirmar que no había uno solo que no comulgase diariamente.

Sin embargo, no es necesario que comulgue cada día para poder decir que un joven se siente atraído hacia la oración. Cuando se ve que uno va pasando de la Comunión mensual a la semanal o de la falta casi total de oración a la convicción o a la necesidad de orar mucho, puede ser señal de que Dios se quiere hacer oír.

Un día tuve un coloquio con un joven de catorce años y lo que más llamó mi atención fue su preocupación, porque decía que rezaba poco y que no sabía hacer oración. Aquello era su problema. A los tres meses ya tenía vocación.

Otro me decía que recitaba seis Rosarios diarios.

— ¿Y cómo puedes hacerlo? ¿Durante la clase?

— ¡No! Por la calle, yendo a casa, durante las filas, esperando al profesor, y al fin digo dos con toda calma en casa o en la iglesia.

Inútil es decir que el ideal de la vocación estaba ya alto y esplendente en el horizonte de su alma.

Con frecuencia todo esto va acompañado del gusto por la oración y por las consolaciones espirituales. El muchacho que siente estos gozos no irá a otro sitio a buscar su felicidad; sin más comprenderá que la vida religiosa debe ser una vida de paraíso y verdadera felicidad.

Tuve otro joven que no sabía separarse de Dios. Media hora de meditación, otra media de lectura espiritual, todo el Oficio de la Virgen (que suele durar más de media hora), Comunión y Rosario. Y no obstante, llevaba adelante todas sus lecciones y demás composiciones. Su madre, preocupada, me pidió que le dijese que pusiese un poco de freno a aquella vida. Le prohibí todo excepto la Comunión y un cuarto de hora de meditación. ¡Pobre! No podía darse paz, y eran tales sus insistencias, sus promesas y lágrimas, que a la semana me vi obligado a darle plena libertad.

Pero, como decía, no es preciso conocer estos ejemplos excepcionales para ver clara una vocación.

6) Deseo de sufrir

Nos parece injusto el saber que Jesús sufrió por nosotros mientras gozamos de tantas pequeñas comodidades. El pensamiento de tantos pecados y de tanta ingratitud para con Dios de parte de los hombres deja, es cierto, indiferentes a los más, pero hiere a otros en lo más vivo y les hace sentir el deber de sufrir y sacrificarse para asemejarse a Jesús y para reparar lo que hacen tantos pecadores.

Muchas veces no piensan en los *porqués*. Su amor a Dios los empuja a ello.

Puede darse que se trate de un penitente sincero; alguna vez, en cambio, es como una necesidad del corazón que comprende no poder amar a Dios sin sufrir. Entonces es cuando se ve a estas almas entregarse al sacrificio, renunciar voluntariamente a tantos devaneos y aun diversiones lícitas, procurarse instrumentos de penitencia para hacer sufrir al cuerpo y así encontrar el gozo y la paz del alma y sentir la sensación de que empiezan en serio a amar a Dios.

Crece por lo tanto la devoción al Sagrado Corazón, devoción de amor y reparación, admiran a los religiosos porque llevan una vida de sacrificio y practican la compunción del corazón que conduce a la mortificación no sólo interna sino externa.

Conocí dos jovencitos que durante el recreo, después de haber rezado un poco, buscaban un sitio escondido y... andaban de rodillas sobre las piedras... para sufrir. Un muchacho de trece años ponía una tabla sobre un colchón disimulando y diciendo que dormía más cómodo; otro, como San Luis, atormentaba su sueño con piedrecillas metidas entre las sábanas. Vi a otros que dormían sobre el desnudo suelo, ¡y cuántos otros me han pedido, no en vano, instrumentos de penitencia!

Esta es una de las señales más sólidas y seguras de vocación, y desde estas páginas quisiera decir a todos que **hemos de presentar la vida religiosa tal como ella es en realidad, o sea, vida de renuncia y de sacrificio. Es inútil procurar mitigar este lado incómodo de la vida religiosa. No sería sincero y, por lo demás, esconderíamos lo que la vida religiosa tiene de más atrayente.**

Precisamente hace pocos días una joven, a quien yo dirijo espiritualmente, se presentó a las Hermanas Franciscanas Misioneras de María para ser admitida en su Congregación. Por primera providencia las Hermanas empezaron a desanimarla diciéndole que su Regla era muy rígida y difícil, que pocas llegaban a resistir y que la mayoría tenía que volverse atrás. Al principio quedó un poco angustiada, pero luego quiso ir al Noviciado de Grottaterta para ver y probar cómo era la realidad. La Madre Maestra de novicias la acogió con un: “¡Ni pensar! ¡Nuestra Regla es muy dura; Usted no podrá resistir!”.

Alabé el modo de obrar de estas religiosas, que demostraban ser muy serias en su reclutamiento. No obstante, sobre la joven produjo el efecto contrario, pues me dijo:

—Si hay que sufrir, tanto mejor. Yo no quiero hacerme religiosa para estar bien, sino para crucificarme con Jesús.

Y es que **el que tiene verdadera vocación no teme al sacrificio**; en cambio, si un joven pide abrazar la vida religiosa y permanece perplejo al pensamiento de que tendrá que sufrir y renunciar a todo, conviene ir despacio y hacerle esperar un poco más y mientras no empieza a querer el sufrimiento, seamos poco entusiastas de su vocación.

El biógrafo de Santa Margarita María de Alacoque, hablando de la vocación de esta predilecta del Sagrado Corazón, muestra muy al vivo esta renuncia dolorosa:

“Brillaba en el mundo y Jesús la quería humilde y escondida tras una reja; le gustaba adornarse de rosas y Jesús quería lacerarla con espinas; corría tras los placeres y Jesús la quería para el sacrificio y la humillación. Una vida fácil y feliz se abría a sus pies y Jesús quería que muriese a todo lo que da la tierra: sueños del porvenir, adornos, belleza, salud, afectos; Jesús quería el sacrificio de todo por amor de El”.

La vida religiosa es un paraíso, pero porque es una continua crucifixión: no es alegría según el mundo, sino lo contrario de aquella del mundo.

Cuando Ermano Cohen se convirtió del judaísmo y fue al P. Lacordaire, para manifestarle su deseo de ser religioso y de ser dirigido por él en su vocación, el Padre le dijo:

— ¿Tiene usted valor para que le escupan en la cara sin decir nada? Si es así, puede hacerse religioso.

No queremos vocaciones de agua de rosas, de jóvenes que quieren darse a Dios... hasta cierto punto. ¡Váyanse en buena hora! La vida religiosa necesita héroes y únicamente el que quiere sufrir y seguir a un Rey coronado de espinas y cubierto de salivazos, puede que llegue a ser un verdadero religioso, y con esto, santo, feliz y llamado de Dios.

7) *Espíritu de generosidad para con Dios.*

No estar nunca satisfecho de lo que uno hace por Dios, no decir nunca basta, querer hacer siempre más. Si se empieza a experimentar una cierta inquietud, una santa impaciencia de hacer siempre más por Dios, estamos frente a un amor genuino hacia Jesús, frente a la comprensión práctica de lo que El ha hecho por nosotros, y a la nulidad y debilidad de nuestros esfuerzos para amarle y para pagar su exquisita bondad y condescendencia. Y mientras, estas almas que, en amor de Dios, pueden darnos lecciones a nosotros los religiosos, no saben considerarse de otra manera que como siervos inútiles.

Si se les dice que aman a Dios, en seguida enrojecen de vergüenza y aún lloran porque se ven muy lejos del ideal acariciado en sus mentes y con frecuencia creen que se burlan de ellos, y si no se ofenden... es porque son almas de Dios.

Aquel querer amar a Jesús hasta la locura, aquel atormentarse continuamente porque no aman a Dios como quisieran, aquel querer hacer no se sabe qué para demostrar su amor, empuja a estas almas a verdaderos heroísmos de generosidad. El amor de Dios les es alegría y tormento al mismo tiempo; alegría porque lo tiene de veras, tormento porque no es como y cuanto quisieran.

¿Estado místico? No, precisamente.

He visto almas así y les he hablado de vocación. La mayoría nunca habían pensado, pero mi proposición les parecía tan natural que no dudaban de que Dios las llamaba para ser todas suyas y para siempre.

8) *Horror al pecado.*

Es un miedo saludable del pecado, al que se considera como el verdadero y único mal del alma. Mientras ven sumergirse a amigos y conocidos en la corrupción y en la ruina espiritual, ellos desean un medio que los aleje de tantos peligros. Buscan un modo de vivir en el que el pecado sea imposible.

9) *Deseo de consagrar la vida por la conversión o salvación de una persona querida.*

Como la hija del rey Luis XV, la cual se hizo religiosa para salvar el alma de su padre, que llevaba una vida poco edificante.

Tuve a un joven de sentimientos delicadamente afectuosos que ofreció su vocación por la salvación eterna de su madre, y a los tres meses su hermano decidió hacerse religioso y ofreció su “elección” por la salvación de su padre. Hoy son los dos religiosos; la madre voló al cielo y el padre lleva una vida verdaderamente cristiana.

10) *Delicadeza de conciencia.*

Se encuentran almas muy sensibles al toque de la gracia y a la vida espiritual, las cuales se guardan aún de las más leves faltas. El solo temor de ofender a Jesús, al cual quieren tanto, los

impele a realizar cualquier renuncia. Son delicados y fieles y se descubren las más pequeñas faltas con una destreza sorprendente. Son almas llamadas a la perfección, prontas a las más altas aspiraciones.

Vino a verme un alumno vivaracho de segundo de Bachiller.

—Padre, ¿es pecado hablar en clase durante el estudio?

—No —respondí—, es sólo cuestión de disciplina.

—Pero —insistió—, ¿Jesús estaría más contento si yo no hablase?

— ¡Claro! ¡Es más perfecto! Por lo menos una buena mortificación.

Bastó esto para que el joven (hoy religioso fervoroso) no dijese nunca más una palabra en clase, desdeñando las burlas y un poco la cólera de sus compañeros que, frecuentemente, necesitaban su ayuda de “sugeridor” para salir salvos de ciertas preguntas.

Y de chiquillo poco disciplinado se convirtió en un modelo... sólo porque así estaría más contento Jesús.

11) Temor de tener vocación.

A veces se tiene miedo de tener vocación, se quita todo pensamiento sobre esa materia, el cual vuelve con insistencia, se reza por no tenerla. “Que Dios tenga lejana de mí semejante invitación, la cual destruiría tantos castillos ideados y acariciados”. Se recela continuamente de que éste o el otro quieren “pescarme” para la vida religiosa, se evita el peligro de ir con religiosos o con jóvenes que tienen vocación por temor de que la conversación recaiga sobre aquella materia tan peligrosa, se temen los Ejercicios Espirituales, el ser demasiado buenos y frecuentar los Sacramentos y con todo no quieren hacerse malos porque el alma es recta con Dios.

Todo esto, dice el P. Doyle⁶, a veces es señal de verdadera vocación.

El demonio, que es muy inteligente, puede prever con cierta probabilidad que, si llegan a ser sacerdotes o misioneros, harán muchísimo bien, y por eso procura poner en sus corazones esos temores infundados para alejarlos del camino que sería su salvación y santificación y la salvación de tantas almas.

Los ejemplos de vocaciones empezadas en este terreno, contrario y huido a propósito, son muchísimos.

- En la vida del **Beato Claudio de la Colombière** se cuenta de una cierta María de Lyon de la que el Sagrado Corazón de Jesús había hablado a Santa Margarita María de Alacoque y le había dicho que la quería por esposa. Pero no había manera de hablarle a la tal señorita; no permitía ese argumento ni quería pensar: decía que nunca se realizaría semejante cosa. Poco a poco la gracia se abrió paso, y después de haber recibido una gran humillación en público, entendió que era inútil resistir a Dios. Se resignó, pero al entrar en el convento dijo:

— “Si aquí cerca estuviese la puerta del Purgatorio, preferiría entrar en ella antes que enterrarme en esta cárcel”.

Llevaba encima un poco de dinero y lo dio una amiga suya diciéndole:

— “Ya es mucho que estas Hermanas se queden con mi persona... No han de tener ni diez céntimos de mis haberes”

Pero cuando pasado un mes el P. Claudio de la Colombière fue a visitarla, le saludó con estas palabras:

— “Padre, ¡qué feliz soy! Estoy en el Paraíso; no hago otra cosa que besar los santos muros de este convento que me hace tan feliz y contenta”.

Era el demonio que le puso toda aquella repugnancia. Una vez dado el paso y aplastada la cabeza a la tentación, encontró la alegría.

- También se lee del **P. Miguel Agustín Pro, S. J.**, que no podía ver de ninguna manera a los jesuitas. Estaba enfadado con ellos porque, siendo Directores Espirituales de sus hermanas, las dirigieron hacia el claustro. Una gran melancolía se adueñó de él y huyó a la lejana floresta; no quería ver a nadie.

⁶ *Vocations*, p.7.

Su madre le buscó, le encontró, le condujo a casa y le convenció para que hiciese los Ejercicios Espirituales... con los odiados jesuitas.

Fue... temiendo encontrarse con la vocación Sería una grande afrenta para él. Y precisamente, Dios le llamó, y suerte de él que siguió la voz del Señor. Fue sacerdote y mártir, gloria de Méjico, de la Compañía de Jesús y de la Iglesia.

Sucedíome un caso un poco cómico. Uno de mis congregantes decidió hacerse jesuita. Tenía un íntimo amigo, un óptimo joven bajo todos aspectos.

—Padre —me dice un día—, mi amigo X debe de tener algo de vocación.

—También creo yo eso, pero ni tan siquiera lo sabe.

—Ya se lo haré saber yo.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

—Le diré mi decisión; veamos qué efecto le hace.

Al día siguiente me veo venir hacia mí a X, todo agitado. Se sienta y empieza bruscamente:

—Padre, ¿sabe la noticia?

—¿Cuál?

— ¡Z, se hace jesuita!

—¿De veras? —dije haciendo como que no sabía nada. En seguida le dije —¿Te lo ha dicho él? Pues... sí, ya lo sabía. Es un chico tan bueno que podíamos esperar eso de él.

—Pero eso es un milagro. ¡Nunca lo hubiera dicho! ¡Un joven así, tan vivo y alegre!

Después de una pausa añadió:

—Realmente es bueno, especialmente esta última temporada... Me lo dijo ayer... Pero ¿cómo puede ser?

Mientras tanto me miraba y se removía en la silla.

—Pero, Padre, ¿y Usted se queda igual ante una noticia así?

—Pero, hijo mío, ¿y por qué has de agitarte de esa manera? Además, ¿qué te va a ti? ¿Te ha dicho que *tú* tienes vocación? ¿Por qué te lo tomas tan trágicamente?

— ¡Esta noche no he podido dormir nada!

No pude reprimir una sonrisa pensando que el golpe había salido maravillosamente.

—Padre, ¿por qué se ríe? ¡La cosa me parece muy seria!

—Querido X —empecé con calma—, la impresión que te ha causado la noticia de la vocación de Z es como para preocupar. Puede ser una señal...

— ¡No, Padre! —interrumpió—. ¡Yo no tengo vocación! Cada día rezo para no tenerla. Con todo, esta noche temía que me viniese.

Al cabo de un año, X no rezaba más para no tener vocación, era más reposado, y cuando al año le dejé, había hecho con calma los Ejercicios Espirituales para ver si Dios le llamaba, rezaba cada día por hacer bien la elección de estado y una vez me dijo que, si hubiese visto que Dios le llamaba, no hubiera dudado ni un momento en hacerse religioso. Casi, casi deseaba tener vocación.

El P. Gratry intentó describir al vivo su estado de ánimo y la lucha interna que tuvo contra el llamamiento de Dios.

“Pensaba consagrar todo lazo que hubiera podido sujetarme...; mas en un instante percibí por vez primera que mi amor era una atadura y un obstáculo (amor de puro sentimiento y por lo demás honesto). A la vista de esto quedé consternado y sentí mi impotencia absoluta para romper esa cadena viviente de mi corazón. ¡No quería! ¡En cuanto a eso, no y no!

“Pero he aquí que una especie de sopro vivificante me circundaba... y una voz misteriosa me decía con un acento de insondable profundidad: ‘¡Ah! ¡Si tú quisieras!’ — ‘No puedo querer — respondí con mucha dulzura y respeto—. Eso es imposible’. — ‘Por lo tanto, ¡si tú quisieras!’ — volvía la dulce voz siempre acariciadora y vivificante. Y yo le daba la misma respuesta, y llamaba en mi testimonio al cielo para probar que aquello era imposible.

‘No estás enteramente obligado a esto -parecía que me dijese la voz- pero sin embargo, ¡si tú quisieras!’ Eran siempre las mismas palabras, pero cada vez con una fuerza más irresistible...

Y la maravillosa conversación seguía siempre así, con la misma pregunta e idéntica respuesta.

“Después yo no quería querer. Al cabo de un tiempo quería querer, pero sin querer todavía. Siempre se me figuraba imposible. Pero bajo la creciente insistencia de la voz... llegué a decir...: ‘No puedo, pero no me opongo; obra por tu cuenta, toma, hierre’. Entonces, como si me hubieran puesto en la mano un hierro candente, o mejor, como si me hubieran sacudido el brazo y cogido la mano, herí yo mismo la arteria principal de mi corazón. Todavía me parece sentir el frío de aquel golpe.

“Todo se acabó. Al día siguiente entré en una iglesia, era el día de la Asunción, e hice voto de seguir los consejos evangélicos”⁷.

12) Celo de las almas.

La narración de la lejana misión nos encanta y conmueve. El pensamiento de millones de almas que aún no conocen a Jesús nos hace llorar. Mientras otros quedan fríos, como si fuera cosa que no los toca, nosotros sentimos una viva repercusión. Nos parece que tenemos obligaciones por esas almas, que debemos hacer algo para ayudarlas, que no podemos permanecer tranquilamente mano sobre mano, limitándonos a estériles palabras de compasión.

Algunas veces este pensamiento parece como que nos persigue y nos representa viva en la imaginación la vista de un río de almas que van a la deriva y que nos tienden las manos implorando socorro.

Otras, en cambio, este celo apostólico se desarrolla y concreta alrededor de nosotros mismos, lo ejercitamos en nuestro ambiente en las Asociaciones, de tú a tú, de alma a alma. Otras veces se desfoga en la oración o en el estudio de los problemas del apostolado católico.

La imagen de Jesús Crucificado que grita: ¡Sitio! nos parte el alma y comprendemos el profundo significado del lamento del Salvador: “Quae utilitas in sanguine meo?”.

Este sentimiento altruista, flor de la caridad cristiana, se encuentra con frecuencia en almas juveniles y es una señal evidente de que Dios llama al ideal de la paternidad espiritual, que es la expresión más genuina de la caridad y de la vida consagrada al bien de los demás.

13) Fuga del egoísmo.

Sentir la fraternidad universal, el amor a los pobres, a los que buscan dar una ayuda con la limosna, defender a los compañeros más débiles e injustamente molestados por los muchachos mal educados.

14) Sentir una santa envidia de los religiosos.

Al verlos pasar nos viene un secreto deseo: “¡Felices! ¡Si yo fuera como ellos! ¡Qué felices deben de ser!”.

15) Fuga de la mediocridad.

Espíritu cristiano combativo. Siempre a punto para defender su propia fe, gustar el honor de ser soldados de Cristo. Querer ofrecer a Jesús cosas grandes.

(*) Y podríamos continuar todavía esta lista, pero bástenos esto por ahora.

Diciendo que todo eso son “señales de vocación” no quiero decir que, teniendo alguna de estas convicciones o deseos, se tenga *todo* lo que se requiere para poder deducir la presencia de una verdadera vocación, sino quiero decir solamente que algunas de esas “señales” es ya indicio para mí, sacerdote o educador, para argüir con cierta seguridad que Dios ha puesto los ojos sobre el alma de aquel joven para darle la vocación, la cual, para que sea verdaderamente genuina y cierta, ha de tener otras dotes, como diremos más adelante⁸.

⁷ *Souvenirs de une jeunesse*, 6ª ed., pp. 85-88.

⁸ Para comodidad de los sacerdotes transcribimos lo que sucintamente dice el Padre Iorio, S. J., en su **Compendium Theologiae Moralis**, vol. II, n.º 157:

Quaenam sint signa Vocationis Religiosae?

¿PODEMOS INFLUIR FORMANDO AMBIENTE, SIN PELIGRO DE ROZAR LA LIBERTAD Y ESPONTANEIDAD?

¡Sí!

Por lo dicho hasta aquí podemos comprender cuál sea la atmósfera, por así decir, de las vocaciones y el aire sobrenatural que respiran los que son llamados a la vida religiosa.

Yo sacerdote, yo educador, yo profesor, ciertamente, puedo ayudar al joven a llegar al conocimiento de su vocación preparándole y formándole un ambiente en el que pueda fácilmente entender, sentir, gustar, desarrollar y mantener y después seguir su vocación si Dios se digna dársela.

Resp. *Generatim loquendo* seu iuxta providentiam ordinariam duo requiruntur et sufficiunt ad vocationem divinam probandam, scilicet debita aptitudo et voluntas.

1. *Aptitudo* intelligitur idoneitas ad statum religiosum in genere, et in particulari ad observantiam talis Ordinis aut Congregationis propriam. Consistit autem in recto praesertim iudicio, in indole bona, in animo submisso obedientiae iugo, in scientia relative sufficienti, et in carentia defectuum corporis et animi, qui rationi huius vitae repugnant.

2. *Voluntas* constans, quae proinde non sit frequentibus mutationibus obnoxia, non obstante alioquin quapiam praeterita tergiversatione ex daemonis tentationibus exorta, vel ex quadam naturae repugnantia. Non tamen requiritur ut voluntas ex spontaneitate seu propensione magis quam ex intima animi persuasione procedat. Porro voluntas illa recta esse debet, procedere scilicet ex intentione pura, ex mero desiderio salutem facilius consequendi, maiorem Dei gloriam vel etiam animarum salutem procurandi, etc.

Dixi *generatim loquendo* seu in providentia ordinaria: quia adsunt evidentiora vocationis signa, nempe 1^o) divina revelatio, ut vocatus est S. Paulus, S. Aloysius Gonzaga, S. Stanislaus Kostka, etc... 2^o) inspiratio singularis, quae consistit in interno motu, quo quis vehementer ad vitam perfectionem impellitur, et quasi attrahitur.

La actividad de la gracia varía según los individuos, pero podemos establecer cierto proceso de convicciones y deseos que, fundados bien en el joven, le hacen apto y sensible al toque de la gracia apenas Dios le quiera llamar.

He aquí, pues, definido nuestro trabajo de educadores y de celadores de vocaciones.

Es necesario que *en el ambiente* de nuestra clase, asociación o colegio, reine:

- 1) La convicción de la vanidad de las cosas de la tierra.
- 2) El deseo de hacer cosas grandes por Dios y por la Iglesia
- 3) La admiración por los héroes, pero dando bien a entender que los verdaderos héroes son los mártires, los santos y los que se sacrifican por los otros.
- 4) Afecto y estima por las cosas que miran a Dios y a las almas.
- 5) Celo apostólico, especialmente misionero.
- 6) Frecuencia de Sacramentos.
- 7) Ambiente sano en todo lo que se refiere a pureza, decencia y modestia cristiana.
- 8) Formación cristiana combativa, según la frase de la Imitación de Cristo: “Militia est vita hominis super terram”⁹.

Pero para llegar a esto no es preciso limitarse a pláticas o cursos especializados; es necesario trabajar en este sentido poco a poco, tomando ocasión de los sencillos acontecimientos de la vida cotidiana.

Por ejemplo:

- 1) Un muchacho se esfuerza por hacer bien un deber. Pero no puede y se le da un mal punto. ¡Se le llama!

“Mira, nosotros somos unos pobres hombres y tenemos que juzgar por lo exterior. Dios ha visto tu esfuerzo y te premiará. ¿Ves cómo tienen razón los religiosos para abandonar este mundo tan injusto en juzgar y servir a Dios que sabe ver y premiar?”

- 2) Se reza la oración y alguno que otro está distraído. ¡Se le llama!

“¡Realmente somos afortunados! Tantos y tantos niños que no saben ni tan siquiera que Jesús ha venido para salvarnos y nosotros que poseemos la verdadera fe la despreciamos así. Recemos bien y ofrezcamos nuestras oraciones por los niños infieles”.

- 3) *Orientar algunos temas* de clase en ese sentido. “¿Qué sentimientos sientes ante la muerte de un amigo?” “Después de una diversión mundana (cine, teatro o baile), ¿qué pienso, qué siento?” “¿Cuál es, según tú, la verdadera grandeza?” “¿Qué heroísmo desearías haber hecho?”. Y así otras cosas, bien entendido lo de “ne quid nimis”.

- 4) *Corregir ideas* cuando en las Antologías se habla de héroes que no tienen nada de heroico y presentar a los verdaderos héroes: los mártires que no se inclinan ante el tirano, los santos que supieron cumplir con su deber aún a costa de su vida, los misioneros que se consagran desinteresadamente al bien de los demás. No faltarán al educador cristiano ejemplos de héroes verdaderos.

- 5) ¿Los muchachos se han portado bien durante toda la hora? Entonces es necesario darles un premio, contándoles cualquier cosa. ¿Qué escogeremos? El que quiere trabajar por las vocaciones no tiene necesidad de mi sugerimiento. Hay multitud de episodios de aventuras en las vidas de los santos, de los mártires, de los misioneros y de los católicos militantes.

- 6) A un muchacho le traiciona un amigo suyo. ¡Cuántas veces sucede! ¡Qué ocasión tan magnífica para inculcar la idea de la vanidad de las cosas de la tierra! ¡Hasta las amistades fallan! ¡Para que veamos cuán grande es la ingratitud de los hombres hacia el Corazón de Jesús! ¡Para que inculquemos el amor de Dios, que es el verdadero Amigo que no sabe traicionar!

“¿Ves por qué los religiosos son felices? Por que han encontrado al Amigo”.

- 7) No nos limitemos a hablar únicamente de los santos o de gente que vivió hace ya muchos años o está muy lejos de nosotros; hemos de hablar también de cualquier sacerdote, obispo o

9 Job, 7,1.

religioso que los muchachos conozcan y darles a conocer el lado apostólico de su vida, su generosidad con Dios, su heroísmo por las almas.

“¿Sabes?, aquél es Conde, su familia es riquísima. Pues, mira, lo ha dejado todo... por Dios. Le ha dado un puntapié al mundo... y no ha perdido nada”.

“Oigan, conocen al P. X. . . Quiero decirles un poco cómo pasa el día... qué hace por los pobres... cuánto predica, confiesa, etc....”

De este modo el joven conoce el ideal sacerdotal y apostólico, vivo, latente, y cada vez que vea a aquel Padre se acordará... y sentirá algo en su corazón.

8) Si entre los jóvenes se ha madurado ya alguna vocación, si alguno de ellos ya ha vestido el hábito religioso o la sotana de seminarista, sería muy oportuno animar a hacerse visitas mutuas (no frecuentes), organizar alguna pequeña velada en su honor, invitarle a que dé alguna charla sobre su vocación y que les explique cómo oyó la voz de Dios, las dificultades que tuvo, su decisión, etcétera. . .

9) *Poner al joven dentro del apostolado.* Y para ello no es necesario que pertenezca a ninguna Asociación, pues más que todo se trata de que haga el apostolado de alma a alma, el personal.

“Tú eres amigo de X... ¿Por qué no le dices que esté mejor en la capilla?” “Mira, tú eres bueno y estoy muy contento de que Z... sea tu amigo, te lo recomiendo y espero que me lo transformes. Veremos si lo consigues; yo te ayudaré cuando encuentres alguna dificultad”.

Y aquel jovencito se pondrá a trabajar y nos tendrá al corriente de lo que hace, de las respuestas que le dan y de los progresos que obtiene, y mientras nosotros, educadores, tenemos continua ocasión de hacerle ver la alegría del apostolado, la fealdad del pecado y de la indiferencia religiosa en la cual caen los que viven demasiado según las máximas del mundo, etcétera.

10) Ante todo, el educador debe amar su propia vocación; que vean externamente su felicidad, su gratitud al Señor que le ha concedido la gracia inmensa de llamarle a su servicio. Y no olvide expresar estos sentimientos en cada ocasión que se le presente. Con todo, tenga muy en cuenta que todo ha de hacerse *con naturalidad* y con la máxima sinceridad.

11) Y mientras tanto estudiemos a los muchachos y veamos si en ellos se encuentra alguna de aquellas señales de vocación de que hemos hablado. No es necesario que las tengan todas. Bastarán dos o tres y algunas veces aún una sola. Ni es necesario que las tengan en aquel grado tan perfecto como las encontré yo en los jóvenes a que me he referido.

Está de más decir que he escogido los mejores ejemplos para hacer resaltar todo el alcance de ciertos sentimientos.

Encontrado el joven o jóvenes con tales señales podemos ir adelante con la casi seguridad de dar en el blanco. Y no tengamos miedo de hablar claro. Pero de esto diremos otras cosas más adelante

12) El final de este trabajo no será que todos los chicos de la clase o Asociación se harán *por fuerza* religiosos, como cualquier malicioso estará tentado de decir, sino lo siguiente:

El que tiene vocación, esto es, el que es llamado por Dios, sentirá fácilmente su voz y no encontrará dificultad en seguirla; en cambio, el que no es llamado obtendrá el beneficio de formarse seria y profundamente en el verdadero espíritu del cristianismo, el cual es espíritu de desprecio hacia el mundo, de generosidad para con Dios, de apostolado y de combate heroico.

SEGUNDA PARTE: EXAMINANDO UNA VOCACION ¿QUÉ ES?

Para poderla examinar es preciso ante todo saber qué es. Y, sin más, hemos de declarar que es **un acto de misterioso amor de predilección por parte de Jesús hacia un alma a la cual Él llama al sacerdocio o a la vida religiosa.**

- Esencialmente es *un acto de amor*. Lo dice el Evangelio cuando habla del joven que asegura al Maestro Divino el haber observado siempre los Mandamientos, pero que con todo siente que

todavía le falta algo. Entonces, dice San Lucas, el Salvador “intuitus eum dilexit eum”, posó sobre él su mirada, mirada divina, escrutadora y creadora, y en aquella mirada puso todo su Corazón.

Fue una mirada de amor... Nos recuerda un poco a aquella otra frase del Evangelio, a propósito de otro llamamiento: “Rexpexit humilitatem Ancillae suae”.

- Es *un acto de amor misterioso*, porque siempre será verdad que nadie sabe por qué Jesús llama a este joven más bien que a aquel otro. No son los méritos o la bondad del individuo los que determinan su llamamiento; depende únicamente de la libre elección hecha por el Redentor. “Non vos me eligistis, sed ego...” Sólo Él obra en este negocio; Él llama a quien quiere y porque quiere.

- *El que es llamado, pues, es un elegido, un predilecto, un privilegiado*. Para él está preparado el trato de una intimidad divina con el Redentor. El se pondrá a Sí mismo en sus manos, obedecerá a su palabra, le confiará lo que le es más querido: las almas.

¡Qué tonto fue el joven del Evangelio en no aceptar aquel acto de predilección! Y todo... “porque poseía muchas riquezas”. No importa si quizá pecó o no rechazando la propuesta; lo que Sí es cierto es que lo perdió todo, se quedó siendo uno de tantos y por añadidura se fue con la tristeza: “abiit tristis!”.

UN POCO DE TEOLOGIA

Veamos un poco la definición de vocación, o mejor, lo que según los teólogos *se debe* tener y *basta* tener para estar ciertos de ser llamados por Dios. Distingamos varios puntos.

Vocación general

Sería *la invitación a la perfección que Jesús dirige a todos los fieles, pero que no implica necesariamente un estado de vida particular*. De hecho todos somos llamados a santificarnos, cada cual en su propio estado.

Algunos, sin embargo, insisten diciendo que existe un llamamiento general que se refiere a los consejos evangélicos y, por lo tanto, a la vida religiosa, y aducen como prueba de su aserto las palabras de Jesús al joven del Evangelio: “Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes... y ven, sígueme”. Y como estas frases de Jesús, bien que dichas a un individuo en particular, suele dirigirlas el Maestro Divino para enseñanza de todos, se puede también pensar que El haya querido dar *a todos* aquellos “que desean ser perfectos” el consejo de *venderlo todo* y de *seguirle* en la pobreza, castidad y obediencia.

Por lo demás, también otras frases del Evangelio (como por ejemplo: “Tu fe te ha salvado; Siervo fiel, entra en el gozo de tu Señor; Mucho se le ha perdonado porque ha amado mucho; Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre; Si comiereis mi carne, tendréis la vida en vosotros) aunque dichas a determinadas personas, son aplicadas a todas las demás. Tanto más existiendo otras palabras de Jesús aún más genéricas, con las cuales promete el ciento en esta vida y también la vida eterna a todos los que dejaren padre, madre, hermanos, hermanas, campos, hijos, etc., “propter nomen meum”. Y aquí, ciertamente, se habla de vocación.

De donde nació la sentencia de algunos teólogos que afirman que, en cierta manera, todos estamos llamados a la vida religiosa; basta que queramos ser perfectos¹⁰.

No queremos insistir sobre esta conclusión; bástenos saber que muchos sostienen esta sentencia. No sería oportuno aquí hacer una defensa o una refutación.

Vocación particular

Es *el llamamiento individual que Dios hace solamente a quien Él quiere llamar al estado sacerdotal o religioso*. Especialmente consiste:

¹⁰ También el P. Ferreres parece ser de esta opinión. De hecho, en su obra **Compendium Theologiae Moralís**, vol. II, n. ° 177, dice que para tener verdadera vocación bastaría esta invitación *general* con tal que concurran la recta intención, la falta de impedimento de parte del candidato y que tenga las dotes requeridas por el Instituto que quiere abrazar.

a) en dotar al llamado de aquellas *dotes morales, espirituales y físicas* que le hacen apto para tal estado de vida, y

b) en darle *una gracia interna*, mediante la cual el joven llegue a *juzgar la vida religiosa como un estado más perfecto que el estado laico y que más fácilmente conduce a la salvación eterna*; pero este juicio no ha de ser únicamente teórico y efectuado considerando los dos estados en sí mismos y objetivamente, sino que ha de llegar a la persuasión y a la convicción de que *prácticamente y para él* la vida religiosa es mejor, más perfecta en orden a su santificación y más segura en orden a su salvación eterna. Sin esa gracia interna y sobrenatural el joven podrá llegar a entender que la vida religiosa es más perfecta que la vida laica como lo llegan a comprender aun los no católicos, pero no llegarán nunca a *la convicción práctica* de que *para él* (con su carácter, dotes, circunstancias de vida y aspiraciones) la vida religiosa es el camino que mejor que cualquier otro le conducirá a la consecución perfecta y completa del fin por el cual Dios le ha creado¹¹.

Esta sería la vocación interna ya que la ha hecho Dios privada, individual y particularmente en el interior del alma.

Vocación externa

Es la definitiva admisión del candidato hecha por la legítima autoridad en nombre de la Iglesia. Realizada esta admisión la vocación no es ya de carácter interno y privado, sino que se completa y sanciona definitivamente y, casi diría, se concreta por la autoridad competente.

Alguien ha dicho que la vocación propiamente dicha consiste sólo en esta vocación externa, pero los más sostienen que se requiere también aquella interna; de otro modo tendríamos la “forma” pero no la “materia”¹².

Ciertamente es necesaria la admisión por parte del superior de modo que “ninguno tiene derecho a ser ordenado antecedentemente a la libre elección del obispo”¹³, pero esto sería más bien un “completar la vocación exteriormente y de frente a la Iglesia”¹⁴.

De aquí no se sigue que la vocación *esencial y adecuadamente* (esto es completamente) se reduzca a la sola aceptación por parte del obispo o del superior religioso. De hecho éstos no pueden hacer apto al individuo ni infundirle la recta intención, porque sólo Dios es el que puede dar estas dos condiciones necesarias.

Ni se ha de pensar que el obispo o el superior religioso esté directa e infaliblemente iluminado por Dios para saber quiénes son los escogidos para el ministerio divino. Antes de dar su

¹¹ Todos los moralistas dicen que la vocación particular consiste en un *llamamiento o invitación* hecha internamente por el Señor, el cual da juntamente las dotes y las otras gracias actuales necesarias para poner en práctica su llamamiento, pero ninguno se esfuerza en decir en qué consiste ese “llamamiento” o bien cómo se manifiesta interiormente en el joven.

Nosotros creemos poderla definir diciendo que es esa *convicción cierta o juicio práctico* hecho a la luz de la influencia de la gracia y de la cual luego proviene la decisión definitiva. La gracia, pues, ilumina la inteligencia y mueve la voluntad y el joven queda convencido de que Dios le llama.

Frecuentemente Dios concede también atractivos, certezas sentidas y deseos llenos de consolaciones sensibles, todo lo cual son ayudas sumamente apreciables pero no constituyen elementos esenciales de la vocación misma, la cual más bien se cimenta en la voluntad iluminada por la sana razón y sostenida por la gracia.

¹² En nuestro caso, la “forma” sería la aceptación hecha por la autoridad competente y la “materia” el candidato teniendo la vocación particular e interna.

¹³ Cfr. A. A. S., IV, 485; 9 julio 1912.

¹⁴ Tummolo-Iorio, *Theol. Mor.* vol. II, n. 703, en nota.

consentimiento debe investigar y examinar para ver si Dios, cuyo representante es, llama o no al joven que se le presenta.

Así, pues, en resumen, la vocación se constituye de estos tres elementos:

1º) Que el joven tenga *recta intención*, la cual consiste en que esté convencido de que para

El el estado religioso o la vida sacerdotal le conducirá mejor, más perfecta y seguramente a la consecución de su último fin. Por consiguiente, escogerá el estado religioso o sacerdotal *por motivos sobrenaturales* no por motivos de interés material o natural.

2º) Que esté adornado de aquellas *dotes intelectuales, morales y físicas necesarias al estado* que quiere abrazar.

3º) Que sea *admitido por el superior* de la diócesis o de la religión en la cual quiere entrar.

Nada más parece que pida el Derecho Canónico que, en el canon 538 dice:

“Puede ser admitido en la religión cualquier católico que esté libre de impedimentos, que esté movido de recta intención y que sea idóneo para satisfacer las obligaciones de la religión” (esto es, que sea capaz de observar las reglas, penitencias y demás deberes)¹⁵.

Pero ¿quién ha de juzgar la idoneidad del candidato? Aquellos que tienen el poder de admitirle en la religión o en la diócesis, o sea los superiores (Cf. Canon 543)¹⁶.

¿Y EL SENTIMIENTO?

Por todo lo dicho se ve que todo es cuestión de voluntad y de entendimiento con el cual se comprende y juzga lo que nos conviene para la santificación, perfección y salvación del alma, que busca su camino, y el del prójimo al que también quiere ayudar a salvarse.

Jesús dice: “Si quieres”, y no: “Si te sientes atraído”.

Están, pues, en un error los que exigen que el alma *sienta* una cierta atracción hacia el estado religioso, que vea *claramente* y se convenza *sensiblemente* de que Dios la quiere en la religión.

Este fervor sensible y este sentimiento de certeza mezclada con entusiasmo acompañan muchas veces a una vocación verdadera, pero no son necesarios. Muchas veces Dios los concede para que el alma se fortifique y supere una serie de luchas internas o externas por las que deberá pasar para llegar a alcanzar su ideal. De hecho, el que tiene la vocación ha de sacrificar familia, haberes, amistades, quizá cualquier amor o ideal humano, porvenir en el mundo, el propio querer y comodidad; debe dejarse *a sí mismo* ... Sin una gracia que ayude a la naturaleza con las consolaciones espirituales, con un entusiasmo sensible, con una certeza y seguridad llenas de gozo, muchos no serían capaces de dar el gran paso y romper completamente con todo lo sensible y brillante para darse a lo que realmente vale más, pero que no nos es posible ni tangible porque es espiritual.

Me acuerdo de un compañero mío de Noviciado. Siempre estaba plétórico de felicidad sensible y de consolaciones espirituales. Sentía a Jesús cerca de su alma, sentía la belleza de la vocación, la poesía divina del amor de Dios.

Pasado un mes le pregunté:

¹⁵ In Religionem admitti potest quilibet catholicus, qui nullo legitimo detineatur impedimento rectaque intentione moveatur, et ad religionis onera ferenda sit idoneus (can. 538).

¹⁶ Será útil saber algunas definiciones que los moralistas dan de la vocación. El P, Arregui en su *summarium Theol. Mor.* en el n. 490, hacia la mitad, da la siguiente: “Iure divino sive naturali sive positivo, requiritur in omnibus (qui religionem ingredi volunt), vocatio divina, sive *speciali*, seu individua invitatio per congrua auxilia singulis a Deo collata, sive *generalis*, seu communis omnibus a Christo iacta ad consilia evangelica servanda (Mt., Ig, 21); sed utraque animi corporisque dotibus coniuncta”. Tummulo-Iorio, *Theol. Mor.*, vol. II, n. 703, da esta otra: “Vocatio adaequate sumpta potest definiri: Subiecti *idonei* individua invitatio ad statum clericalem (vel religiosum) a Christo facta per internam inspirationem, et a legitimo Ecclesiae ministro approbata”.

— ¿Aún tiene consolación?

— ¡Sí! Y si no, ¿cómo podría resistir todos estos sacrificios?

Para él estas consolaciones eran necesarias; muchos, en cambio, no las tuvieron y perseveraron lo mismo en el propósito de servir a Dios hasta la muerte.

No se trata, por consiguiente, de *sentir* sino más bien de *entender* con el entendimiento, iluminado y elevado por la gracia, que, *para mí*, con todos mis defectos, debilidades, exigencias, deseos espirituales, carácter y circunstancias, *la vida religiosa es lo más apto para salvarme*, para ser santo o para vivir una vida digna de ser vivida.

Lo dijo Jesús a San Pedro cuando éste, viendo que el Maestro había colocado el matrimonio en su primitiva seriedad y rigidez, exclamó: ¡Entonces no trae cuenta el casarse!

—No todos entienden esto—le respondió Jesús—, “sed quibus datum est”, sino a aquellos a los cuales les es dada mi gracia. Y fue entonces precisamente cuando Jesús habló del voto de castidad, elemento esencial en la vida religiosa.

A primera vista parecerá que este libro está hecho para meter religiosos a todos sus lectores; ciertas pláticas sobre la vocación parece que no dejan ni una salida por donde poder escapar y, sin embargo, ¿cuántos se quedan fríos, escépticos, simples admiradores y por nada secuaces? Son aquellos “quibus datum non est”.

El que en cambio entiende que nuestra manera de razonar es exacta y que nuestra vida de religiosos es la más bella y juntamente ve que precisamente para él es lo que se requiere para hacerle feliz, ponerle a seguro, hacerle un bienhechor de las almas, etc., quiere decir que es uno de aquellos “quibus datum est”, ¡es *un llamado*! ¡Y feliz él!

Por lo tanto, podemos concluir afirmando que: se tiene vocación cuando se está convencido (moralmente) de que la vida religiosa es la vida que mejor nos conducirá al fin por el cual Dios nos ha creado, con tal de que tengamos las condiciones requeridas y seamos admitidos por los superiores.

LAS OTRAS CONDICIONES

Hemos hablado de la convicción. Ahora hablemos de *las dotes* que le son necesarias a uno que quiere consagrarse a Dios.

1) Dotes de inteligencia

Que sea capaz para hacer los estudios requeridos por la Orden que quiere abrazar. Y ¡por Dios! no exageremos aquí ni en un sentido ni en otro. Hay superiores religiosos que si les escasean las vocaciones admiten con suma facilidad al primero que se les presenta. Lo mismo sucede a veces en ciertos seminarios con consecuencias poco recomendables para la Iglesia de Dios. Eso aleja las almas de la dirección espiritual y de aquel respeto que se debe tener en todo lo tocante a la religión.

El sacerdocio es una responsabilidad. Ha de ser faro de luz, guía en el camino, consejo en la duda. Muchas veces el sacerdote habrá de solventar cuestiones escabrosas, dirigir almas extraordinarias y difíciles, estudiar cuestiones intrincadísimas y casi siempre ser un dirigente, ser jefe.

No todos están capacitados para ello. Pero tampoco hemos de caer en el otro extremo y hacer creer que para ser religiosos es preciso estar dotados de una inteligencia extraordinaria y que casi toque con el genio. Muchos fieles tienen esa idea y aún quizá no sólo los fieles. Por consiguiente se ven jóvenes dotados de todas las cualidades necesarias y a los que se les cierra la puerta de la religión, se les priva injustamente de un bien tan excelso y se hace derrochar inútilmente una gracia tan grande de Dios.

Una inteligencia corriente puede bastar; *como máximo puede pedirse que sea un poco superior a la mediocridad*. Exigir más no sería justo. *Frecuentemente el buen sentido común vale más que la mucha inteligencia*.

2) Dotes de voluntad

No precisa fijarse exagerada o exclusivamente en la inteligencia. Muchas veces esos inteligentísimos han dado mucho que hacer, y otras muchas han perdido la vocación por soberbia;

o bien, ordenados de sacerdotes, se han entregado a una vida cómoda huyendo del sacrificio y del celo. *Lo que más vale es la voluntad, la índole buena del muchacho, su espíritu de sacrificio, la fuerza de vencerse a sí mismo, la victoria del respeto humano, la docilidad en la obediencia, la sincera estima de su nulidad.* Esas cualidades son una buena señal de un carácter serio y muestran un conjunto de madurez espiritual que es segura garantía de perseverancia y seriedad en el futuro trabajo sacerdotal.

Si un muchacho es dócil, tiene voluntad para el estudio (aún cuando quizá le cueste), tiene buen carácter, es sincero, tiene verdadero espíritu de oración, influye entre sus compañeros, sabe hacer apostolado, ofrece sacrificios a Dios y por su vida espiritual, es puro... todas estas dotes reunidas en una inteligencia más bien mediocre obtendrán un óptimo religioso.

Es necesario recordar que en la vida religiosa hay muchas mansiones, y que al lado de los genios que dan un impulso extraordinario a las obras religiosas y hacen cosas grandiosas, se requiere quienes mantengan en el silencio de una vida sin pretensiones el trabajo constante de la salvación y santificación de las almas que se alimenta de confesiones catecismo y dirección espiritual.

Sin estos sujetos humildes, de posibilidades más bien limitadas, las obras más bellas, las asociaciones más florecientes, estarían condenadas a eclipsarse después de un pequeño período de apogeo, porque un religioso muy inteligente difícilmente se prestará a hacer de simple ayudante de otro aunque dirija de un modo genial.

Y por lo demás, ¿no estamos viendo cuántos jóvenes rechazados de alguna Orden porque parecían poco inteligentes han ido a llamar a las puertas de otra Orden y una vez admitidos se han convertido más tarde en famosos oradores, directores de almas o prelados de mucha responsabilidad? Lo cual demuestra que existe la Providencia de Dios que sabe encontrar sus caminos aún prescindiendo de nosotros y demuestra al mismo tiempo que podemos equivocarnos soberanamente, precisamente cuando queremos hacernos los inteligentes y los prudentes.

No estará de más notar aquí que *no es fácil dar un juicio exacto de la inteligencia de un joven de unos dieciséis años.* No es raro que todavía no se haya desarrollado completamente su inteligencia; algunas veces si no pueden con el Bachiller es por falta de base, por desgana o porque no tienen profesores aptos. ¡Cuántas veces estos jóvenes admitidos a prueba se han revelado más tarde inteligentes en la Filosofía y en la Teología!

En cambio, *de la voluntad se puede juzgar con un poco más de seguridad.* Basta conocer al muchacho, oír hablar de él, verle mientras juega o mientras hace lo ordinario. Se ve en seguida si se tiene delante a un hombre o a un afeminado; a un caudillo o a un merengue; a un joven que tiene carácter y personalidad o a un adocenado.

*** Quisiera recomendar a los que se les ha confiado la misión de aceptar a los candidatos en la religión** que *no teman nunca a los sujetos que son movidos o díscolos, a aquellos que ejercitan sobre sus amigos una influencia extraordinaria, a los que no pueden estarse ni un momento quietos y se les señala por su demasiada vivacidad.* Se quiere objetar que es medida de prudencia el no admitirlos porque difícilmente serán obedientes o no se podrán adaptar a nuestra vida. ¡Falsísimo! Estos sujetos, muy al contrario, dan pruebas de ser obedientes y maleables, llenos de buena voluntad, sinceros y leales, y son los que el día de mañana serán capaces de empezar un movimiento social, ser unos óptimos misioneros o unos insuperables educadores de la juventud.

¡Cuántas vocaciones se echan a perder por nuestra falta de tacto que muchas veces no tiene su fundamento sino en la ausencia de vista sobrenatural y de humildad! ¡Y después nos quejamos de la escasez de vocaciones! Es el caso de preguntarnos si tal escasez no es un castigo del Señor por tantas vocaciones que hemos culpablemente desechado.

El criterio de la elección no ha de ser nuestro provecho en un próximo futuro, sino que hemos de considerar también y estimar y aceptar el trabajo de la gracia y el verdadero llamamiento de Dios.

Oremos antes de tomar una decisión, convencidos de que en esta materia somos pobres inexpertos que tenemos verdadera necesidad de la luz de lo alto para saber buscar con sinceridad y pureza de intención, no a nosotros mismos ni nuestro pequeño ambiente, sino la gloria de Dios y el bien de la Iglesia y de las almas.

En cambio *es necesario excluir a los inconstantes* a los que durante tres días son buenos y quince son malos para luego volver a ser buenos durante otros tantos días. Los jóvenes que no están seguros de su vocación cambian de idea cada semana y a veces mucho más a menudo. Los que son esclavos del vicio no tienen reservas ni energías para dominarse. Y poco más o menos así son los afeminados, corrientemente demasiado melosos, que tienen necesidad del afecto de cualquier criatura, que corren tras simpatías ridículas y humillantes.

3) *Dotes físicas*

Se necesita un cuerpo sano, libre de enfermedades hereditarias o graves que dejan alguna perturbación en el organismo como la tisis, enfermedades nerviosas y otras semejantes. Los jóvenes destinados al sacerdocio deberían estar libres de ciertas deformidades del cuerpo que impiden el cumplimiento de su oficio sacerdotal y alejan de los fieles aquella estima y confianza con la que debe estar aureolado el sacerdocio católico.

En general se puede decir que una salud ordinaria, o sea, la que gozan los jóvenes que “están bien”, es suficiente. No es necesaria una robustez especialísima, un absoluto dominio de los nervios, una naturaleza completamente libre de cualquier debilidad física. Por más sano que se esté, alguna pequeña anomalía, alguna predisposición, algún defecto en las funciones orgánicas, casi siempre se encontrará.

Con todo, si uno quiere abrazar alguna Orden religiosa de vida más austera y penitente, se le exigirá una salud más fuerte y en esto mídansen bien las fuerzas para no sufrir después una desilusión.

—Es una pena —me decía un religioso de vida muy austera—ver jóvenes tan buenos, robustos y llenos de buena voluntad entrar en el Noviciado y de diez sólo llega uno.

—¿Y los otros? —pregunté.

—No resisten. Nuestra vida es demasiado dura. Se han de levantar a media noche, hacer tres cuarentenas de ayunos, mucho silencio, mucho estudio, y las generaciones modernas no pueden con todo esto.

Y una superiora religiosa me decía:

— ¡Ay, Padre! Muchas de nuestras novicias se vuelven neurasténicas y las tenemos que mandar a sus casas.

—¿Cómo es eso?—pregunté sorprendido.

—Tenemos demasiado silencio. Las naturalezas vivaces no resisten, empiezan a tener muchos escrúpulos y después... a hacer rarezas.

Y me contó el caso de varias jóvenes, llenas de esperanza para su Congregación, que tuvieron que volverse a sus casas... con los nervios deshechos.

Pero por fortuna no todas las órdenes religiosas presentan esas dificultades particulares. En general sus reglas se adaptan a los tiempos y a las fuerzas de cada miembro de la comunidad.

Lo que tendría se que mirar bien es que el joven no sea admitido si no está todavía bien desarrollado no sólo físicamente sino también moralmente. En otras palabras, es necesario que el joven *sea un joven y no un chiquillo* ; que tenga ya su poquillo de bigote y un juicio un poco maduro, *que dé verdadera garantía de comprender el paso que da y a lo que renuncia* . Se necesita que comprenda de cuantas energías es capaz y dé el paso a sabiendas, no con los ojos cerrados. No quiero decir que conozca o haya experimentado el mal. La juventud no se manifiesta sólo en el pecado o en ciertos impulsos peligrosos, sino en otras muchas cosas que dan al individuo aún más vivaz una cierta seriedad y madurez.

No es cuestión de edad. En algunos sitios los chicos a los trece años son ya jóvenes; en cambio, en otros de la misma región a los dieciséis aún son niños, tanto física como moralmente.

Estos jóvenes así preparados sabrán superar las tentaciones del Noviciado, comprenderán la importancia de aquellos años de formación y serán capaces de formarse personalmente; no se maravillarán de las defecciones de otros compañeros; no serán artificiales o exteriores en su formación y ciertamente no saldrán con aquella frase insulsa en que se refugian con frecuencia los que han perdido la vocación: “¡Nunca tuve vocación! ¡No sabía qué era vocación!”.

PERO NO BASTA

Todo lo que hemos dicho hasta aquí *no basta para darnos seguridad en una vocación*. El joven que tiene algunas de estas señales y todas las dotes requeridas tampoco puede decir que lo tiene todo. Se requiere todavía que él, conociendo su estado y convencido de la Voluntad de Dios, sostenido por la gracia divina, *libre y conscientemente* con un acto de voluntad diga: “¡Quiero!”.

Jesús no se impone a la fuerza sino que quiere *voluntarios*, quiere generosos que le sigan por amor y no por la fuerza o porque no pueden hacer otra cosa.

El que trabaja por las vocaciones guárdese siempre de influir directamente sobre la voluntad del joven. Podrá iluminarle, quitarle las dificultades que nazcan de cualquier error de juicio, conducirlo paso a paso durante todo el período de su decisión, pero **en el punto decisivo el joven debe quedarse solo con Dios**. Debe tener la convicción de que es él el que decide, que la vocación la debe únicamente a Dios y a su voluntad. Así será *su* vocación no la vocación del Padre tal o del Hermano cual.

Sucedíome una vez con un joven que vino a hacer los Ejercicios Espirituales para la elección de estado y solía venir a verme para aconsejarse. Un día me lo vi entrar completamente abatido.

—Padre, no sé qué decir: estaría contento si Dios me llamase a la vida religiosa pero también estaría contento si me quisiera dejar en el mundo. No tengo inclinación ni a una parte ni a otra. Dígame usted lo que debo hacer y haré lo que me diga como si me lo dijese Dios mismo.

Le miré fijamente. Era sincero. Pero pensé en el futuro. Mañana le vendrá cualquier tentación y él se dirá a sí mismo: “No escogí yo. Fui un estúpido sin voluntad que me dejé enredar”.

—No —respondí—, no se puede hacer así. Has de ser tú el que escojas. Haz más oración. Piénsalo mejor todavía. Yo ya sé lo que Dios quiere de ti pero no te lo diré nunca; has de ser tú el que lo descubras, tú eres el que has de escoger.

Hablamos todavía durante una hora pero la luz no vino: quedose en su estado de vacilación. Antes de volver a su casa vino de nuevo.

—En resumen, no he cambiado nada: ¿cómo me las arreglo? Y el caso es que no quiero estar así, quiero tomar una decisión.

Le calmé y hablamos largo rato. Finalmente tomó esta decisión: volvería a casa con la idea de que se tenía que hacer religioso. Así debía estar durante un mes, rogando y obrando como si tuviese vocación. En este tiempo Dios tenía que manifestarse o dándole algún deseo o de algún otro modo. No obstante, no vendría a verme en este período sino que me escribiría a los quince días para decirme si había encontrado algo nuevo.

A los quince días me escribió. Lo mismo que al principio, no se había movido ni una hoja; calma, equilibrio perfecto entre las dos partes.

Le respondía que tuviese paciencia, que rogase todavía más. Pero a la semana le escribí nuevamente diciéndole que creía que él no era de los llamados; le exhortaba a deponer todo pensamiento de vocación y que empezase a ver otro ideal menos sublime.

Me escribió en seguida. Se maravillaba de mis palabras... mi carta fue una espina; así pues, ¿Dios no lo quería? ¿Y por qué? Terminaba diciendo que se resignaba... pero de mala gana. Dios con esto se hizo oír.

Le escribí con urgencia diciéndole que mi carta era un truco para sondear el terreno y que por su respuesta comprendía que Dios le daba a entender ciertamente que le llamaba.

Y así se decidió. ¡El sólo!

Y ahora veamos unos párrafos de una carta mandada en el período de su formación religiosa. Se trata de una de esas crisis por que atraviesan casi todos los religiosos. Él permaneció firme en

su vocación, pero ¿hubiera tenido esa firmeza si en vez de escoger él mismo hubiera decidido yo su vocación?

“Busco hacer de la santidad mi ambición, espero ser un santo de cuerpo entero, un santo moderno. Aunque todavía no he abandonado la lucha, con todo dudo si creo en mi ideal. Siento el peso del deber, la responsabilidad de mi trabajo y la necesidad de desarrollar mis cualidades; además soy enemigo de la mediocridad.

“Pero esa lucha por vivir según este ideal me agota y me deja cansado, deshecho y lleno de ansia. Eso me hace amar un poco mi vida aquí (alude a la casa en la que se encontraba), siento que me encuentro fuera de sitio pero me agarro a mi vocación hasta la muerte porque estoy convencido de que Dios (lo subraya tres veces) me quiere aquí. Por favor, no vaya usted a creer que esté incierto o indeciso acerca de mi vocación. Nunca he dudado ni un solo instante de la certeza de mi elección, pero desde la muerte de mi padre no he estado nunca contento, excepto algún que otro momento luminoso”.

Por fortuna, la crisis (como toda crisis) pasó y fue felizmente superada. Tres meses después me escribía: “Gracias por sus largas cartas, algunas veces las leo como lectura espiritual y como meditación. Estoy muy contento y he encontrado el camino de la confianza y del abandono en Dios”.

TERCERA PARTE: PROBANDO UNA VOCACIÓN

ES NECESARIO PROBAR LAS VOCACIONES

El joven que bajo nuestra dirección y con nuestra ayuda llegue a decidirse o por la religión o por el sacerdocio, no ha de ser abandonado a sí mismo, ni se crea que un ulterior trabajo por nuestra parte en su alma ha de ser inútil. Es necesario que la vocación se asegure, eche raíces profundas de convicción, se alimente con la oración, la conversación y el apostolado, y finalmente sea probada.

Decimos que debe probarse *finalmente*, es decir, al fin, *cuando ya la vocación no es una tierna plantita sino que va convirtiéndose en árbol*, o sea, cuando el joven se ha dado cuenta de lo que hace y el tiempo le ha dado la posibilidad de asimilar en su corazón todo el complejo de obligaciones, gozos espirituales y sacrificios que tendrá que experimentar en el nuevo género de vida que libremente ha elegido.

Así pues, se equivocan enteramente los que acogen los primeros ímpetus del joven que siente vocación con un jarro de agua fría, como suele decirse. Estos tales se preocupan demasiado en hacer ver el lado difícil y lleno de sacrificios que tiene la vocación y con un celo digno de mejor causa procuran alejarle de su propósito.

Algunos sacerdotes obran así para que se vea que son ajenos a todo espíritu de proselitismo y que no quieren de ninguna manera influir en la decisión del joven; quieren hacer ver que en tal asunto ellos no están interesados. Sin embargo, no caen en la cuenta de que su modo de proceder puede ser contraproducente en el joven, el cual ve en el sacerdote su amigo y su ideal y obedece con docilidad a todo lo que le manda. El muchacho ciertamente habrá alcanzado una victoria sobre sí mismo para revelar su secreto guardado con celo y espera de nuestra parte una comprensión completa; más aún, se figura que nos da una alegría manifestándonos su vocación.

Pensad qué desilusión ha de ser para él oír que le dice: “¿Tú, religioso? ¡No me hagas reír! ¿Te parece quizá que es cosa fácil llegar a ser sacerdote? ¡Deja esas tonterías que te vienen a la cabeza! Eres joven y apuesto, ¿quieres encerrarte en un convento? ¿O enmohecerte en las sacristías...? ¡Dios

llama a jóvenes santos no a los que son como tú...! Si quieres un consejo piensa en estudiar y en ser un buen cristiano en el mundo”.

¡Y éstas son frases auténticas!

No es ésa la manera de probar las vocaciones. Es inútil decir después que si el joven resiste a vuestra frialdad inicial cambiaréis de manera de obrar y lo tomaréis en serio. El joven si es inteligente no volverá más y hará muy bien, y si llegáis a acercároslo de nuevo y hablarle animándole, no os creará; porque ha visto que no fuiste sincero con él.

Y con todo eso quedará perplejo, disgustado y quizá desorientado antes de tiempo.

Conviene, en cambio, *tomar la cosa seriamente y con gravedad desde el principio*, y eso puede hacerse muy bien sin dar la sensación de que le queréis influenciar.

“¿De veras? ¿Tienes vocación? Seria una grandísima gracia de Dios. Te deseo eso, que puedas llegar, porque, en verdad, serías un joven feliz. Pero, cuéntame, un poco, ¿cómo te ha venido ese pensamiento?” Y así, con calma, sale todo fuera con sinceridad y con un cierto sentido de amistad y confianza y a la vez puede examinarse el caso con tranquilidad. El joven será vuestro amigo y viendo vuestra sinceridad se abrirá con vosotros convencido de que poniéndose en vuestras manos estará bien guiado.

Antes de seguir adelante es necesario que tengamos ideas claras sobre este particular. Podrá parecer inútil porque el que tiene verdadera vocación piensa seguirla no porque se le obliga, sino porque él mismo desea alcanzar lo antes posible su ideal. Pero el demonio puede asaltarle con fuertes tentaciones, haciéndole aparecer bellísimas las diversiones del mundo y terriblemente insoportables los sacrificios de la vida religiosa, tanto que muchas veces después de poco tiempo estos jóvenes sienten la necesidad de preguntar:

“Padre, ¿es pecado no seguir la vocación?”.

Si él, andando el tiempo, se va convenciendo de que su decisión fue tomada en un momento de entusiasmo y que realmente la vida religiosa no es para él por razones que su Padre espiritual aprueba, está claro que no peca si se retira de su decisión. En este caso su decisión puesta a prueba aparece como no bien hecha o equivocada.

Lo peor es cuando el joven, convencido de tener verdadera vocación, no la quiere seguir por razones humanas y fútiles o por capricho: “¡Me gusta el mundo! Me fastidia ser religioso. Me parece que haré el ridículo con el hábito. No quiero porque no quiero”.

Y son hechos reales que suceden.

Conocí a un joven bueno, muy inclinado a la piedad, amigo sincero de la gracia de Dios. Hablé con él de vocación y le encontré ya casi decidido. A los pocos días estaba convencido de que Dios le llamaba y radiante de alegría hablaba a cada momento de su vocación. Pasaron dos meses; había hasta intentado atraer a otros hacia el ideal de la vida religiosa; meses de apostolado y de fervor.

Un día vino a mi aposento todo desencajado. Se sienta y me dice exabrupto:

— ¡Ya no quiero ser religioso!

Creí que bromeaba y me reí.

—No; lo digo en serio.

—Pero ¿por qué?—pregunté poniéndome serio yo también.

—Porque no quiero.

—Pero, ¿es que tienes alguna dificultad en la vocación? ¿Es que te has dado cuenta ahora de que Dios no te llama?

—No, estoy convencido y segurísimo de que tengo vocación, pero no la quiero seguir. No diré que sí al Señor.

¡Quedé espantado! Procuré hacerle ver que se trataba de una tentación del demonio, el cual ciertamente preveía el gran bien que haría una vez fuese sacerdote.

Todo fue inútil. Se cerró en un mutismo hermético, ni siquiera me miró una sola vez a la cara. Cuando le despedí tuvo aún la preocupación de decirme:

—No me considere más entre los que quieren hacerse religiosos.

Después, poco a poco, empezó a dejar la comunión, la oración, hablaba contra los que se querían hacer religiosos (probablemente para acallar su conciencia), después dejó el colegio y ya no se le vio casi nunca.

¡Misterios del corazón y de la libertad humana!

Recuerdo otro caso que me sucedió hace ya quince años. Un muchacho fuertemente volitivo; tenía trece años y no siempre fue bueno; conoció el mal y aún fue corruptor, pero después se arrepintió y era sinceramente bueno. Entró en la Cruzada Eucarística y se convirtió en un verdadero militante del Corazón de Jesús. Impedía las malas conversaciones, luchaba contra la prensa indecente buscándola y destruyéndola, hacía buenos a sus compañeros. Era un ejemplo para todos; en la capilla serio y recogido, animoso en todo tiempo y por añadidura era deportista; lo sabía hacer todo y todo lo hacía bien.

Todavía recuerdo nuestras conversaciones. Me daba juicios de todo y de todos, me decía sus impresiones, en fin, hablábamos como dos buenos amigos, como si fuésemos de la misma edad y condición; ni yo tenía dificultad alguna en charlar con él como si no se tratase de uno menos maduro que yo. Y no obstante era su Prefecto y Profesor.

Quería ser jesuita y también misionero. Nunca dudamos de su vocación ni él ni yo. Así perseveró durante un año. Vinieron las vacaciones y él seguía fiel y firme. Volvió al colegio. Siempre el mismo.

Pero la noche de Navidad sucedió algo que me puso en guardia. Estábamos delante del Belén. Cantos, premios, alegría sana. Veo a mi pequeño amigo sentado cerca de otros dos que a juicio de todos eran poco edificantes y menos devotos. “Quizá quiere impedirles que tengan malas conversaciones”, pensé. Pero su modo de reír y de bromear no me dejaba tranquilo. Me acerqué y oí que canturreaban entre ellos una tonada poco edificante. Se apercibieron de mi presencia, se dieron con el codo y continuaron más fuerte para que yo lo oyera mejor.

¡Y, sin embargo, no podía ser! ¡No podía pensarlo! Será una broma que me quiere hacer. Pero cuanto más le miraba más me daba cuenta de que realmente pasaba algo por el alma de mi amigo.

A las 23,30 fueron al dormitorio para cambiarse el traje y prepararse para la Misa del Gallo Me acerqué a él:

—Pero, oye, ¿qué te pasa?

— ¡Nada!—y sonreía de una manera burlona. —Es el diablo que te tienta.

Se encogió de hombros. Entonces lo entendí todo. Me limité a decirle:

— ¿Tienes aún vocación?

—He cambiado de idea. No la quiero más.

—Pero ¿dudas que el Señor te llama?

— ¡No! Pero no importa; no quiero. Me quiero divertir.

¡Qué noche de Navidad pasé! Todo lo ofrecí al Corazón de Jesús; pero no podía resignarme y después de las tres Misas cuando no podía conciliar el sueño en la cama y veía que Jesús quería que me sometiese a aquella pérdida: “Bien, Señor—le dije—, te lo sacrifico, pero en vez de él quiero otras cuatro vocaciones porque él bien las vale”.

Y durante las cortas vacaciones de Navidad conocí a cuatro jóvenes que bajo mi dirección y después de algunas conversaciones decidieron hacerse religiosos... y misioneros.

En cambio aquél volvió a su vida primitiva, hizo todo lo posible por no volver al colegio y lo consiguió. Después supe que su pobre madre estaba desesperada por causa suya y que él... se divertía, pero lejísimos de Dios.

¿Y qué se puede pensar de estos sujetos? ¿Es posible que no hagan mal y no cometan pecado desechando de esa manera la gracia de la vocación?

Es verdad que *en teoría* y según los principios racionales se llega a que *de suyo* no hay obligación, bajo pena de pecado mortal, de seguir la vocación porque no es un mandamiento ni un precepto sino sólo una *invitación* para seguir a Jesús más de cerca viviendo los consejos evangélicos; pero en los casos particulares, *en la práctica*, puede haber circunstancias tales que puedan convertir la repulsa en gravemente pecaminosa y causa de la ruina completa y aún quizá eterna del joven.

* Tenía, pues, razón el P. Iorio en su *Compendium Theologiae Moralis* ¹⁷de expresarse sobre este particular de una forma bastante seria:

“Se pregunta si peca y cómo peca el que se siente llamado a la vida religiosa y no sigue la vocación divina.

“Respondo: 1) *Por sí y rigurosamente hablando* no peca en ninguna forma porque los consejos divinos *de suyo* no imponen ninguna obligación dado que precisamente en esto se diferencian de los preceptos.

“Respondo: 2) Sin embargo, a duras penas se puede excusar de algún pecado por el peligro en que se pone de perderse eternamente. Más aún, cometería pecado mortal si estuviese persuadido de que el único medio que le queda para conseguir la vida eterna fuese el de huir de los peligros del mundo haciéndose religioso.

“¿Están, tal vez, también en una mala posición los que, ciertos de la vocación divina a la vida religiosa, tratan de persuadirse de que pueden salvarse igualmente permaneciendo en el siglo o volviendo a él (si, por ejemplo, están ya en el Noviciado)? No parece que se pueda dudar de que éstos se exponen a un grave peligro de perderse porque permaneciendo en el siglo contra la vocación divina se privan de las ayudas especiales que la providencia de Dios les tiene preparadas en la religión y por eso difícilmente resistirán a las tentaciones del mundo.

“San Alfonso María de Liguorio, con todo, no osa emitir un juicio cierto sobre este punto”.

* El P. Ferreres, sin embargo, se expresa con mas energía [2]

“¿La vocación al sacerdocio obliga al individuo a seguirla bajo pena de pecado mortal?

“A algunos les parece que tienen que responder *afirmativamente* cuando existen señales ciertas de vocación y esto por gravísimos peligros de perderse en los que se encontrará el que, despreciada la vocación divina, por propia iniciativa abraza cualquier otro estado en el mundo.

“Por eso San Alfonso María de Liguorio dice que esta vocación es de tanta importancia que de ella depende la salvación del llamado y también la de muchos fieles”.

Y luego, con letra más pequeña, después de haber emitido esta sentencia que es como suya, el P. Ferreres continúa:

“Con todo, otros distinguen entre vocación *imperativa*, con la que Dios impone una obligación de obedecer, y vocación *invitativa*, por medio de la cual Dios invita al estado clerical, pero no impone una estrecha obligación. Estos dicen que la primera especie de vocación obliga *sub gravi*, mientras la segunda no...

Y esta manera de hablar de los teólogos no nos maravillará si consideramos cómo en la práctica Dios, muchas veces, hace pagar terriblemente este *no*, dicho en el tono y forma del pequeño rebelde que tira y desprecia una gracia de predilección que se le ofrece como una señal de inmenso amor por parte de su Redentor, y todo esto... por capricho... o por el secreto deseo de gozar de la vida, o porque no se quiere lo que parece es un sacrificio.

Si Dios castiga, quiere decir que aquel *no*, no le es una cosa indiferente.

LAS CONSECUENCIAS DE LA NEGATIVA

Pensemos un poco y veamos cuáles puedan ser las consecuencias de este *no*; en qué posición sitúan al joven y dónde van a desembocar, por lo común, estas “vocaciones dejadas por capricho”.

1) Consecuencias para el individuo

Dios me había preparado la vida religiosa y sembró en mi camino una serie de gracias, de mociones, de ayudas que me acompañarían paso a paso, me ayudarían y finalmente conducirían a la salvación y quién sabe si a la santidad.

Yo, por mi culpa, por mi propia voluntad rehúso aquel camino y me pongo en otro. ¿Cómo me encontraré? Ciertamente, tendré aquellas gracias suficientes que Dios no niega a nadie, ni me será

absolutamente imposible el salvarme, pero ¿tendré aquellas gracias eficaces, sobreabundantes, continuas que Dios me había preparado en la otra vida y sin las cuales mi pobre naturaleza, ya tan débil, probablemente no llegará a salvarse sino con mucha dificultad y con mucho esfuerzo?

¡No lo sé! Ciertamente la misericordia del Corazón de Jesús es muy grande y puede llegar aún a ese punto. Pero no lo podemos exigir como lo podríamos pretender si siguiéramos el camino que Él mismo nos ha ofrecido y preparado...

¿Sería quizá exagerado decir que un joven que tiene vocación, pero que no la quiere seguir, es como un pez fuera del agua, el cual se agitará por poco tiempo, pero acabará por morir o por vivir una vida que no es vida?

Puede darse que Dios haya previsto que tú, en el mundo, te condenarás con toda seguridad, y entonces, para salvarte, te da la vocación y te aleja del mundo. En tal caso, si tú no sigues la vocación de Dios, ¿no irías derecho, por tu culpa, a una ruina segura?

El hecho es que generalmente estos jóvenes terminan en el pecado y se realiza la confirmación más exacta y palpable del conocido proverbio: “Corruptio optimi, pessima”. Encontrándose sumergidos en un estado de continuo remordimiento, buscan ahogarlo dándose, más exageradamente que los otros, a las diversiones y “distracciones”. Con frecuencia toman la postura de los indiferentes en materia de religión. Empiezan abandonando la oración, después la Asociación y después... todo lo demás.

Y no sólo eso, sino que además serán los eternos descentrados. No sabrán ser buenos padres ni buenos maridos ni buenos cabezas de familia, porque no son hechos para aquello; su camino era otro. Más aún, muchas veces el cielo los castiga precisamente en aquello por lo cual han dejado la vocación que, casi siempre, es algún amor o el deseo del matrimonio. Se encontrarán “desafortunados” precisamente en eso: mujer displicente, enferma, con frecuencia sorprendida por una muerte prematura, hijos enfermos o demasiado díscolos, desobedientes, irrespetuosos y muchas veces impuros.

Cuántas veces se me ha ocurrido preguntar después de haber escuchado la narración de una larga serie de semejantes dolores:

— ¿Y usted, cuando era joven, tuvo vocación?

Y muchas veces me han respondido:

—Sí, Padre, ¿cómo lo ha adivinado? Más aún, ya estaba en el monasterio y después allí... Yo hice ya los votos y después me volví a casa.

Dios es bueno y liberal, pero ¡ay del que desprecia sus dones!

Un día se me presenta un joven que tendría unos veintiocho años; alto, apuesto, pero con los ojos inquietos.

Le invito a sentarse.

—Padre, ¿si uno se dispara un tiro en la espalda, tendrá tiempo de confesarse?
—Depende—respondí—, sería cuestión de ver si Dios le da la gracia de confesarse a uno que intenta suicidarse sabiendo que hace mal.

Pareció contrariado. No me dijo nada. Y después de un buen rato:

—Pero y si uno se confiesa antes de dispararse, ¿no basta?
—No, hombre; uno confiesa los pecados hechos, no los que piensa hacer; más aún, ha de tener el propósito de no hacer pecados. Pero, vamos a ver, ¿qué le pasa a usted?
—Pues... pensaba suicidarme.

Estuve con él unas dos horas. Le animé, le hice ver que no todo era negro en su vida. Le dije que confiase en Dios.

Había sufrido dos fuertes desilusiones amorosas. La primera muchacha murió de una manera trágica, dejándole en el corazón un fortísimo remordimiento; la segunda le dejó una semana antes del matrimonio, cuando ya estaba comprado el ajuar, la casa alquilada y se preparaban los últimos documentos y la fiesta.

Después de aquel coloquio largo y penoso se sintió reanimado. Le acompañé hasta la puerta, y cuando ya estaba en el umbral, se volvió para decirme:

—Padre, fuera de esta puerta todos están locos. ¡Felices ustedes que ven las cosas en su verdadera luz! Fuera es un manicomio. ¡Y pensar que cuando yo era joven fui seminarista y salí del seminario estúpidamente!

Hizo un gesto de disgusto y se fue.

Cuántas veces he tenido que oír: “Padre, tengo verdaderos deseos de ser perfecta, pero no puedo; en casa me lo estorban, en la oficina me tratan mal y yo no sé resistir al respeto humano; además, interiormente me parece que Dios está lejos de mí; yo estoy convencida de que siempre tendré este deseo, el cual creo que no lo llegaré a satisfacer”. “Sí—suelo responder—, no sé qué decirle. Usted no está donde debiera estar porque Dios la llama a otro sitio; también creo yo que usted no podrá nunca estar tranquila y a su gusto”.

En muchas de esas familias desechas por la traición de uno de los cónyuges, fácilmente encontraréis la defección de uno de ellos a la vocación divina.

2) Consecuencias para Jesús

Realmente no debe de ser muy agradable ofrecer un don de predilección, una amistad más íntima y confidente y ver que se la desdeñan... porque se la considera como una nadería y un peso enojoso y a ella se prefiere la amistad y el amor de los hombres. Debe haber sido una gran desilusión para el Corazón de Jesús que miró al joven del Evangelio con efusión y amor verle partir... triste; oír que le dice que *no* cara a cara.

No digo que el Señor se haya desanimado, porque Él no tiene ninguna necesidad de nosotros; pero eso no obsta para que quede ofendido y aún dolorido por su amor desechado y despreciado.

He aquí lo que a propósito de esto me escribe un joven de catorce años:

“Creo, Padre, que no podemos imaginarnos cuánto le disgusta al Corazón de Jesús cuando llama a un joven y éste rehúsa seguirle y no responde a su llamada.

“¡Cuántos son los llamados! ¡Pero qué pocos los que siguen la voz de Dios! En cambio, ¡qué contento se ha de poner cuando encuentra un alma generosa que quiere seguir sus huellas y le dice: Sí, te seguiré para amarte siempre, ya que Tú me has amado tanto! ¡Gracias, Jesús!

“Sí, Padre, yo quiero sufrir por el Sagrado Corazón. ¿Y quién no querrá sacrificarse cuando piensa un poco en el amor que Jesús nos tiene y todo lo que ha hecho y hace por amor de sus criaturas? Pues, ¿qué importa que yo sufra un poco por ese Corazón que nos ama tanto?”.

3) Consecuencias para la Iglesia y para el mundo

Decía un libro: Si San Patricio no hubiera dicho sí a los catorce años, cuando sintió el llamamiento de Dios, ¿sería hoy católica Irlanda?. Si San Francisco Javier, que bautizó centenares de miles de paganos, no hubiese respondido a su vocación, ¿dónde hubieran ido a parar todas aquellas almas?.

Y si Don Bosco, Dom Orión, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Asís y tantos otros Santos hubiesen dicho *no* a Jesús, ¿dónde estaría hoy todo el bien que han hecho sus instituciones y su santidad?

¡Es que yo no soy San Francisco! Gracias por la noticia. Ciertamente San Francisco fue el que fue y no está reencarnado en ti; ¿pero crees quizá que el Santo era ya Santo cuando aceptó su vocación o que él sabía entonces lo que Dios quería hacer de él?

San Juan Bosco solía decir que alrededor de cada sacerdote gravita un cierto número de almas confiadas a él desde toda la eternidad y que él tiene que salvarlas. Si él no corresponde, esas almas se quedarán sin pastor. Serán llamados otros jóvenes, es verdad, pero éstos tendrán que salvar “sus” almas.

Hagamos ver al joven cuánto bien dependerá de su SI *generoso* y leal, y al contrario, cuánta destrucción irreparable puede provenir de un NO egoísta.

[1] Vol. II, n.154.

[2] Cf. *Comp. Theol. Mor.*, vol. II, n.921.

ero la vocación ha de ser probada.

¿Y quién la ha de probar? ¿El director espiritual? No siempre. Ya están las pruebas ordinarias que con gusto llamo “naturales”; si éstas faltan, ha de suplirlas el Padre espiritual.

1) El tiempo

El tiempo no sólo es un gran rastrillo que iguala a todos, sino que además es una de las mejores cribas de las cosas humanas. Pasados los primeros fervores de entusiasmo, pasado el tiempo de la

elección y de los frecuentes coloquios, el joven vuelve a su vida ordinaria y poco a poco empieza a ver las cosas según todos los puntos de vista.

Es necesario dar al joven un año desde la elección hasta su entrada en el Noviciado. En este año sucederán muchas cosas: estudios, exámenes, vacaciones, amistades nuevas, tentaciones, sucesos, lecturas; cosas todas que darán un nuevo sentido a su vocación, quizá la harán más sólida, le obligarán a examinarla desde otros puntos de vista, le confirmarán más resueltamente en su propósito; puede ocurrir lo contrario, a saber: que de todo el conjunto el joven empiece a preocuparse, tener miedo, temer que el paso dado en su decisión esté equivocado, y entonces multiplicará de nuevo los coloquios con el Padre espiritual y examinará nuevamente su decisión. Todo este complejo de acontecimientos y experiencias internas conseguirán que el joven se dé perfecta cuenta y con calma de lo que hace y de lo que libremente ha escogido.

Inútil es decir que en todo este tiempo hemos de asistir continuamente al joven.

La conclusión será que, si la vocación es verdadera, quedará mejor fundada, más amada, más comprendida y más fuerte, y con tal seguridad que el joven no volverá ya atrás ni ahora ni nunca. Si, por el contrario, todo fue un momento de fervor y no era verdadera vocación, el joven lo verá así y con toda paz se quedará en su casa.

Generalmente es suficiente un año. Con todo, para las vocaciones tardías, o sea, para aquellos que son ya algo mayores y por ende más maduros y serios, podrán bastar unos seis meses.

Lo que es preciso evitar a toda costa son las prisas. No se mande a nadie al Noviciado apenas haya tomado su decisión, sino háganse las cosas con calma. El joven generalmente tiene como una manía de marcharse lo más pronto posible, y eso es una señal de vocación verdadera, y por su parte él *debe* pensar y quererlo así, pero *nosotros* hemos de retenerle.

Pero, *ne quid nimis!* No vayamos a caer en el otro extremo y hacerle esperar inútilmente, obligando a todos indistintamente a sacar el Bachillerato o a doctorarse antes de entrar en el Noviciado. Un poco de tiempo hace bien, pero demasiado perjudica. Cuando nos parezca que ya ha pasado el tiempo suficiente para ver que el joven tiene verdadera vocación y está firme en su decisión, pues... ¡basta! Sería un delito hacerle esperar todavía inútilmente, privarle de tantos y tantos méritos y de su ideal; dejarle todavía un año a merced de tentaciones y dificultades que, si son frecuentes, pueden enervarle y arrastrarle *fácilmente* a la catástrofe.

Quizá no está fuera de sitio parangonar la vocación a un fruto. Cuando el fruto está ya maduro se corta y arranca del árbol, porque, si no, se pudre y se pierde. ¡Cuántas vocaciones ya maduras se marchitan y pierden porque no se las recoge a tiempo!.

Y después, al final, se dice: “No tenía vocación”. Y sin embargo, tenía vocación, pero se perdió por culpa nuestra. Muchísimo peor todavía si hacemos esperar al joven por razones puramente *humanas*.

Convenzámonos de que es muy difícil mantener una vocación en el mundo. El joven que desde un cierto tiempo tiene vocación se convierte casi en un alma religiosa: delicado, tendiendo a la perfección y a la santidad. Las tentaciones hacen más presa en él porque se hace más delicado y sensible, y ya es medio religioso. Obligad a un religioso a vivir fuera del convento. Ya hemos visto lo que han tenido que soportar nuestros queridos capellanes militares y cómo han tenido que luchar para mantenerse fieles a su estado, y se trataba de religiosos ya formados. Aquí, en cambio, tenemos

a un joven poco formado, muchas veces simpático y apuesto porque es puro y está en gracia de Dios, en su casa tiene demasiada libertad, quizá tiene hermanas y ha de tratar continuamente con sus amigas que vienen a hablar o a jugar con ellas; en el gran mundo está circundado por jóvenes poco delicados con él, poco limpios, en el hervor del desarrollo y un conjunto de circunstancias que le hacen casi imposible una vida pura e íntegra.

Es una verdadera agonía. Si no tuviese vocación, pasaría por encima de muchas cosas. pero con ese ideal ha de renunciar a muchas cosas que se le ponen al alcance de la mano, no ha de traicionarse, no puede bromear con la naturaleza, no encuentra a otros de su mismo ideal... Se necesita haber pasado por ello. El que esto escribe estuvo en esta agonía durante cinco años antes de alcanzar el puerto de la religión.

Y aquellos que de nosotros juegan con las vocaciones y hacen esperar el tan suspirado día de la admisión, son quizá los que no han sufrido, los que, apenas estuvieron prontos y decididos en seguida entraron en la casa religiosa.

¿Os imagináis a un novicio obligado a vivir en el mundo?.

2) *El demonio*

¡Figuraos si estará sin hacer nada para impedir una vocación! Empezarán las tentaciones contra la vocación, se verá todo negro, insoportable, vendrán los temores de si se ha elegido bien o no, y al mismo tiempo sin encontrar razones serias para decir que la elección no estuvo bien hecha, se empezará a sentir un verdadero pánico del paso que se va a dar, arrepentimiento de haber sido demasiado bueno, el mundo aparecerá mucho más encantador que antes y ejercerá una fascinación completamente nueva, nacerá cualquier simpatía impertinente y otras mil tentaciones.

A un joven le asaltaron tales tentaciones que una semana antes de empezar el Noviciado estaba aún lleno de temor. Lloraba y se entristecía.

—Pero, ¿estás seguro de que Dios no te quiere?

—No.

— ¿Quieres volverte atrás?

— ¡De ninguna manera! Me haré religioso, cueste lo que cueste. Pero tengo miedo... ¿y si no tengo vocación?

—Está tranquilo. Esas mismas tentaciones son prueba de que tienes verdadera vocación.

La verdad es que, si el diablo viese que uno se hace religioso sin tener verdadera vocación, sería feliz y más bien le animaría a ello. Si tienta y obstaculiza, quiere decir que sabe y ve que se trata de una vocación verdadera.

Todavía otro testimonio. Se trata de un joven zarandeado por el demonio. Veamos lo que escribe:

“Hace dos días una negra nube de tristeza invadió mi corazón. Pero esta vez, gracias al Sagrado Corazón, estaba preparado para el ataque. Me fortifiqué bien por medio de la oración y vencí. El Corazón de Jesús estaba conmigo y ahora estoy contentísimo por haber logrado esta gran victoria sobre el feo diablo y de haberle mandado de un puntapié a las llamas eternas del infierno.

“Ahora soy feliz y desde nuestra última entrevista después de aquel día que pasé con ustedes en la casa de vacaciones, he empezado a preparar el ajuar, el cual ya lo tengo casi todo. El venturoso día de la partida se acerca. La felicidad me espera...”

Diré todavía más. Estas tentaciones demuestran que tú no serás un religioso cualquiera que harás poco o nada por la gloria de Dios, porque de lo contrario el diablo te dejaría en paz. Si él se afana por tentarte, quiere decir que prevé que tú, una vez seas religioso, le darás mucho que hacer, le quitarás muchas almas y le aplastarás su nefanda cabeza.

Estas tentaciones, pues, te deben alegrar.

Pero, ¡atención! El diablo es más ladino de lo que creemos. Se dará cuenta de que probablemente no podrá vencerte por ahora, porque todavía estás demasiado entusiasmado con tu vocación, y entonces, en vez de tentarte directamente contra la vocación, se contentará con sugerirte “espera aún otro año; así estarás más maduro, conocerás mejor el mundo...”

¡Atención! Nunca has de ser tú el que tomes tal decisión. Si te lo dice el Padre espiritual, entonces obedece, y el Señor te ayudará a perseverar. Decirlo tú significaría que no estás decidido, que ya empiezas a pensar en la posibilidad de volverte atrás, de casi arrepentirte de tu decisión.

No aflojar. El único fin del demonio y sus satélites es el de hacerte estar otro año en el mundo a merced de tentaciones y seducciones. En un año podrán sucederle muchas cosas favorables y además podrá tenerte bajo su control con toda atención y cuidado.

Si Dios llama no se le ha de hacer esperar. Acuérdate: lo que no te ha sucedido en dieciséis años te puede suceder en dos minutos. ¡Cuántos han perdido su vocación porque quisieron ser “prudentes”!. El diablo los debilitó poco a poco y finalmente les dio el golpe de gracia... ¡Y la vocación se esfumó para siempre!

3) *La familia*

He aquí otra terrible fuente de pruebas para el joven que tiene vocación.

Éste no debe decir en seguida a su familia que tiene vocación, sino solamente unos tres meses antes de su entrada en el Noviciado, y esto por varias razones:

1º) Sus familiares no son los más a propósito para ayudarlo, porque no saben qué cosa es la vocación y el afecto no les permite considerar el lado espiritual y, por lo tanto, su verdadero significado. Por eso, en general, se puede decir que tenderán a separarle acremente de sus ideas, le harán la vida imposible con continuas lamentaciones, riñas, lloros, escenas y vejaciones. Si habla demasiado pronto, pueden llegar las cosas a tal punto que ya no podrá más y le faltará la calma y la libertad necesaria tanto para los exámenes como para examinar de nuevo su decisión.

2º) Para los padres será un dolor. ¿Por qué abrirles la herida antes de tiempo?

3º) La vocación debe fundarse y reforzarse bien antes de que sea capaz de sostener los choques de una lucha con las personas más queridas de este mundo. Por eso se requiere tiempo.

Pero es necesario también decirlo con un poco de tiempo: no mucho antes de la partida, pero tampoco en el último momento, de tal forma que los padres tengan tiempo de calmarse, de entrar en

este nuevo orden de ideas y de cicatrizar la terrible llaga abierta en su corazón. No puede pretenderse que digan en seguida que sí.

Más aún, es casi mejor que al principio los padres digan que no. Así el joven tendrá que luchar, discutir con ellos, rogar, llorar si es necesario, insistir y convencer. El joven no ha de ser nunca violento ni ir con amenazas, sino que ha de procurar cogerlos uno a uno con calma y razonar con ellos, trayendo sobre todo argumentos sobrenaturales acerca de la voluntad de Dios, la salvación de las almas, etc. En fin, hable con sinceridad de los *verdaderos* motivos que le inducen a hacerse religioso.

Se dirá que ellos no comprenderán su lenguaje porque será demasiado espiritual, mientras resulta quizá que son poco religiosos y practicantes; pero es eso precisamente lo que se desea. Han de ver que el hijo tiene otra manera de razonar más sublime, más santa que la de ellos, que no la comprenden, pero ven al hijo convencidísimo de lo que dice.

El joven poco a poco ha de atraer a los padres a su mismo plano de razonamiento. Únicamente así llegará a convencerlos y sólo así comprenderán que se trata de una verdadera vocación.

Todo esto no es fácil en la práctica. Algunos chicos tienen un verdadero terror a su padre, el cual alguna vez es violento y poco cristiano, o, como sucede con frecuencia, inspira una gran reverencia.

Un joven tuvo que escribir una carta a su padre para descubrirle su propósito. Le puso el sobre en la almohada. El padre la leyó, pensó mucho, discutió un poco y todo se arregló.

Otras veces ocurre que los padres no dejan hablar, y lo hacen a propósito para no decidir nada. Entonces no es tan fácil. Sé de uno que para hacerse oír tuvo que recurrir a una represalia.

—Vosotros no me tomáis en serio, pues yo tampoco a vosotros —y empezó sistemática y abiertamente a no obedecer en nada.

—Ve por el pan—y se quedaba quieto en su sitio. Salía sin decir a dónde iba; no respondía, o si lo hacía salía con un seco: ¡No quiero!

Tal situación no podía seguir así. Y el padre a los dos días perdió los estribos, le dio una buena paliza, le despachó de casa y armó mucho ruido.

Al día siguiente fue a hablar con los Padres. Vio que la cosa era bastante seria y que él hizo mal en no pensar.

Otro empezó diciéndolo a su hermana, rogándole que hablase en secreto a su madre.

Es preciso ver caso por caso qué método sea el mejor, pero lo que no parece que sea un buen método es el de hablar nosotros los sacerdotes a los padres para decirles la vocación de sus hijos. Les parecerá que somos parte interesada, sin decir que muchas veces se ofenden porque creen que su hijo no les tiene bastante confianza. Sin contar que para el joven no es nada formativo el que hablemos nosotros por él. La vocación es asunto suyo y él ha de ser el que ha de combatir por ella. Es preciso que trabaje él, de lo contrario tiene el peligro de que sea influenciado por nosotros y no se dé cuenta de su vocación. Todo eso supone un conjunto de preparación, valor, discusiones y emociones que son una gran prueba para la vocación.

Un joven después de asistir a las lágrimas, desmayos y consternación de su madre, vino a verme para que le diese alguna inyección de ánimo.

—No puedo más—me dijo—. No puedo ver a mi madre llorar de tal forma por mi culpa. Tendré que partir lo más pronto posible porque, si no, no sé si tendré fuerza para hacerlo.

—Ya verás cómo se le pasa—le dije animándole—. Tú ahora deja que pase una semana sin hablar del asunto; luego vuelve a la carga y ya verás cómo después del primer golpe tu madre está más razonable.

Otro me decía: —Cada vez que veo a mi madre se me encoge el corazón; ella lo sabe y no me dice nada, pero cuando pienso en cuánto debe estar sufriendo, padezco. Algunas veces me entran ganas de decirle: “Mamá, esté tranquila, ¡nunca la abandonaré!”. Pero no lo puedo decir. ¡Jesús me llama!

Si las señoras mamás supiesen qué agonías tienen que sufrir sus hijos que se ven precisados a dejarlas por seguir a Jesús, juzgarían muy diversamente a estos buenísimos muchachos y se guardarían muy bien de llamarles crueles, egoístas y asesinos.

He hecho una buena experiencia. He visto cómo las madres delicadas, aquellas que aman profundamente a sus hijos, no llegan nunca a esos excesos, y a pesar de sufrir cruelmente no dudan ni un instante del amor de su hijo y se guardan muy bien de dirigirles frases punzantes y ofensivas. Y al contrario, las que buscan no el bien del hijo, sino la necesidad de su afecto o el interés de su futura vejez, le vejan y aún llegan a pegarle, a no quererle ver más y a gritarle de una manera como furiosa. Y a eso le llaman amor.

Esto es doblemente doloroso para el joven que empieza a entender, precisamente en aquel momento, que el amor de su madre hacia él no es sincero ni desinteresado.

Una madre que tenía una joya de hijo no quería decir el sí a su vocación y, a pesar de todo, tampoco le decía que no.

—¿Por qué he de hacerle infeliz—me decía— negándole mi consentimiento? El no vivirá nunca en el mundo; es demasiado bueno este chico.

Ella veía (y lo decía) que retardarle al hijo la entrada en el Noviciado significaba hacerle sufrir mucho. Sabía también que su hijo se moría de deseos de partir, pero era tan delicado que no osaba decirle ni una palabra poco conveniente para que le dejase marchar. Y yo, recibiendo las lágrimas de uno y otra, estaba encantado de aquella escena tan delicada y única, y por añadidura tenía que hacer de “cruel” con los dos. Cuando el muchacho entró en el Noviciado, tanto él como su madre se sentían felicísimos.

En cambio, otro muchacho lloraba por el dolor de tener que dejar a su madre, y era tal que le tuve que decir que, si no se encontraba con ánimos, que lo dejase estar... Por el momento dudó un poco, pero después sufrió tales angustias y luchas contra su vocación de parte de su familia que al año de batallar se convenció de que su madre no le amaba de verdad y también él sintió enfriarse su gran amor hacia ella.

Prepáremos al joven a estas pruebas. Que sepa cómo ha de obrar, que conozca sus derechos, hasta dónde llega su obligación de obedecer a sus padres, cuál es el verdadero amor y la manera como han obrado los Santos en semejantes ocasiones.

4) DIOS

Muchas veces es Dios mismo el que prueba al joven en su vocación. Mientras en los primeros días de su decisión se había hecho sentir con sus consolaciones espirituales inflamando el corazón y haciéndole gustar algo del Paraíso; se había hecho sentir junto al alma y le había hecho experimentar qué dulce es amarle y servirle, he aquí que ahora todo se presenta negro para el alma: reza el joven y no parece sino que el cielo es de plomo; quisiera arder de amor y en cambio todo es frío, la oración un fastidio, los Sacramentos cosas mecánicas, el apostolado un peso insoportable y aburrido. El Padre espiritual aparece como un intruso que no inspira confianza; sus palabras, que al principio convencían y entusiasmaban, ahora son incoloras y... no dicen nada.

Parece como que Dios le haya abandonado, que camine por un bosque oscuro sin guía ni sendero. Es un estado de ánimo muy doloroso, pero utilísimo para conseguir que el joven obre *por convicción y por razón* y no únicamente por sentimiento o entusiasmo.

5) NOSOTROS

Como se ve, es rarísimo el caso en el cual el sacerdote mismo haya de ser el que deba probar la vocación del joven con métodos extraordinarios, porque es difícil que no sea probado por algún motivo de los que hemos ya indicado.

Hablo de pruebas extraordinarias, porque alguna que otra repulsa o leccioncita un poco fuerte, eso siempre va bien; y más aún, a estos jóvenes es necesario que se les dé una formación varonil y fuerte, no delicada y afeminada.

Alguna vez sucede que el joven llega a las puertas del Noviciado tan tranquilo, sin ninguna lucha, porque todo le ha salido a pedir de boca. Los padres tan contentos, los Superiores también; él convencidísimo, sin tentaciones, dudas ni dificultades. En ese caso es preciso darle una buena sacudida para impedir que llegue al Noviciado casi sin darse cuenta.

Solamente me sucedió con uno.

Cuando su madre supo su vocación vino a pedirme consejo.

— ¡Padre, qué dolor! ¿Qué he de hacer?

—Usted, señora, al principio dígame que no se lo permite; veamos cómo reacciona. Yo quiero que luche.

Pero la tal señora era demasiado buena y no supo hacer comedia. ¡Era tan devota y ejemplar...! Bastaba una sola frase del hijo y en seguida capitulaba. Más aún, le ayudó a conquistar al papá... el cual, a decir verdad, no puso ningún obstáculo.

Sus hermanos no supieron nada, sus compañeros tampoco; y él, fresco como una rosa. El caso me preocupaba y le llamé.

—Oye, ¿tú estás convencido de que realmente tienes vocación? Yo empiezo a dudar, ¿sabes?

—Pero, ¿por qué, Padre?

—No sé, temo que tú no eres sincero. Tú no me dices la verdad, no entiendes lo que haces. Eres demasiado chiquillo. Creo que es mejor que esperes todavía otro año.

Y sin más, le despedí. Estaba todo rojo, pero no me dijo nada. Únicamente se detuvo en el umbral y dijo:

— ¡Pero, Padre. . .!

— ¡Nada, hijo! No estoy convencido. ¡No vamos bien!

Salió. ¡Pobre hijo! Yo sufría pensando en lo que estaría pasando. Al día siguiente quise endulzarle la píldora. Después de la Comunión vino la sacristía.

— ¿Has dormido bien? —le pregunté sonriendo.

—Realmente, no he podido dormir.

— ¿Por qué? ¿Por lo que te dije ayer? Piensa un poco.

— ¡Pero, Padre! ¿Por qué cree que no he sido sincero?

—No, ya verás; no quería decir precisamente eso; quizá me equivoqué de frase (la realidad es que lo hice a propósito). Quería decirte que aún me pareces un chiquillo; no te das plena cuenta de lo que haces. Dentro de una semana volveremos a hablar, pero quiero que pienses en serio.

Se tranquilizó un poco. Pero resistió. Si me hubiese dicho: Sí, es mejor esperar, no le hubiese dejado marchar aquel año. En cambio, vino a verme de nuevo para convencerme de que yo estaba en un error, y cuando al final me puse a reír y le dije que todo había sido una pura comedia para probarle, rompió a llorar, un poco por la alegría y otro poco por todos los íntimos malos ratos que había pasado.

Recuerdo que también yo lloré... pero de gozo, viendo una vocación tan prometedora para la gloria de Dios.

Es preciso probarlos. “¿Te sientes con ánimos para vivir siempre así, durante toda tu vida? Mira lo que le ha sucedido a aquel Padre; después de trabajar tanto en aquella parroquia, los Superiores le han destinado a otro sitio donde no conoce a nadie. Así harán contigo. ¿Te sientes con fuerzas? ¡Fíjate qué odiados y escarnecidos son los sacerdotes! Quizás sufran cualquier persecución”.

También va bien, a veces, reñirles en público y fuerte, por un motivo más bien pequeño. Y después llamarlos al aposento: “Mira cómo te tratarán en la religión, ¿estás dispuesto a eso?”.

Hay que decirles siempre que todo eso se les hace para probarlos.

OTRAS NORMAS PRÁCTICAS

1) Mientras tanto, *estudiamos bien al joven*. Veamos cómo se vence, cómo se porta en casa, en el colegio, con sus compañeros, en la Asociación. Veamos si tiene aptitudes necesarias, celo, si es sincero, si sabe vencerse, si es mortificado.

2) *Hagámosle trabajar*, especialmente *en el campo de las vocaciones*. Va bien, si es posible, confiarle algún muchacho más pequeño que él y que también tenga la intención de hacerse sacerdote; digámosle que le forme él mismo. Podemos servirnos de él para buscar otras vocaciones, para hacer nacer este deseo en los otros. Es increíble en esta materia cuánto mejor que nosotros lo hacen los jóvenes. Saben hablarles al corazón, saben “tocarlos” y todo eso es un servicio magnífico para él mismo, para afianzarle más y más en su vocación y para que se dé perfecta cuenta de lo que va a hacer.

Cuántas veces me ha pasado decirle a uno de éstos

— ¿No te parece que aquél también debe de tener vocación?—y responderme:

—¡Precisamente pensaba decírselo, Padre!. No puede figurarse cómo he rogado por él. Le hablaré. A mí me parece imposible que Dios no le llame.

Y le habla, le pregunta le anima... y florece otra magnífica vocación.

3) Puede suceder que en todo este trabajo hayamos ejercido alguna influencia sobre el muchacho aún sin pretenderlo. Por eso sería de desear *dejarle solo por una temporada* (bastarían unos tres meses). Que vaya a ver a otros Padres espirituales y que obre un poco por su cuenta. Lejos de nosotros, estará libre de toda influencia, y si sigue en su vocación quiere decir que es toda suya y no podrá pensar el día de mañana que nosotros hemos sido la causa de su elección.

También será bueno *hacerle examinar por otros Padres* aunque no sean religiosos, o también por religiosos de diversa Orden de la que quiere abrazar.

Y esto no sólo para asegurarnos nosotros si fuese necesario, sino para asegurar y afianzar al joven mismo, el cual oyendo decir a otros que tiene verdadera vocación, quedará más tranquilo y convencido.

Recuerdo un caso un poco humorístico que le sucedió a un joven.

Era tímido en demasía, y cuando por primera vez habló a su madre de la vocación lo hizo durante media hora seguida, cosa que maravilló a todos los que le conocían. Con todo, su madre quiso que el muchacho fuese examinado por sacerdotes conocidos suyos y en lo que no había ningún peligro de interés ni proselitismo.

Así, pues, le examinó un franciscano, el cual vio en el joven una verdadera vocación, después un salesiano, el cual le aconsejó que no retrasase inútilmente el ingreso de su hijo; luego quiso ver el parecer de dos Padres Jesuitas que conocía y de toda su confianza, y los dos le aseguraron que su hijo era serio y reposado y que su vocación no era fruto de un entusiasmo momentáneo, sino que era un verdadero llamamiento de Dios.

Pero la buena señora no se paró allí, sino que puso a su hijo bajo el régimen y dirección de su confesor, el cual le dio libros para leer y le exigió que en días alternos tuviese con él largos coloquios. Y eso durante quince días. El sacerdote al final, le aconsejó que esperase (tenía terminado el Bachiller), pero el joven se opuso. Entonces le condujeron a otro Monseñor y éste de nuevo, vuelta con los exámenes, preguntas, interrogatorios... ¡El pobre muchacho ya no podía más!.

Además quería hacerse jesuita y nosotros a nuestros candidatos los solemos hacer examinar por cuatro Padres experimentados. Y, claro está, cuatro nuevos examinadores. ¡Imaginémonos como estaría al final!.

Le dije riendo:

-- Nadie debe estar tan seguro de tu vocación como lo estás después de tantos exámenes.

Aquella madre cumplió con su deber pero no era necesario tanto, con la mitad bastaba y sobraba.

4) Y si el joven se retira y después de alguna tentación o sugestión o miedo u otras causas, decide no continuar su vocación, ¿qué hemos de hacer?

¡Entendámonos! Si solamente se trata de una tentación más fuerte de lo ordinario y el joven viene en busca de luz y ayuda porque de ninguna manera quiere desistir de su propósito de hacerse religioso, entonces es preciso ayudarle seriamente y descubrirle los engaños del demonio y darle a entender que lo que le pasa no es otra cosa que una simple tentación y no una señal de falta de vocación.

Si, por el contrario, el muchacho da a entender que cree de veras que el Padre espiritual le ha querido atraer por fuerza, se aleja de él, empieza a buscar las diversiones del mundo, a rehuir los coloquios sobre la vocación..., quiere decir que, o no tenía vocación, o que la ha perdido.

Con estos sujetos es inútil insistir. Dios no quiere gente a la fuerza. Dejémoslos en paz y no perdamos el tiempo en querer atraerlos de nuevo hacia el camino de la vocación.

“Pero es que es un joven de grandes dotes; hasta hace poco tenía mucho entusiasmo; conseguiré convencerle de nuevo”.

¡Déjalo estar! Si llegas a convencerle, después saldrá del Noviciado. No es cuestión de ofrecer a Dios corazones envejecidos que ya tienen la idea y el propósito de traicionar la vocación. Perderás el tiempo inútilmente. Busca otros corazones más generosos y voluntades más serias.

Un joven al cabo de seis meses de vocación me decía:

—He cambiado de parecer.

— ¿Por qué?

—Porque también puedo ser bueno en el mundo.

¡Jamás! No podía ser esa la verdadera razón de aquel cambio. Indagué y di con la causa. Había nacido una simpatía con una muchacha. Cosa natural; tentación contra la vocación. Le dije que estaba contento de que hubiese probado tal cosa, así comprendería mejor lo que dejaba.

Al día siguiente me dijo que volvía al primer propósito, o sea, el de continuar con la vocación y considerar el incidente como una simple tentación del demonio.

“Demasiado aprisa cambias de idea”, me dije para mis adentros. Y la cosa no duró. No se sentía con ánimos. ¡Basta!. Siguió perteneciendo a mi Asociación; amigo como al principio, pero jamás ni una palabra de vocación.

Otro volvió de vacaciones. Comulgaba menos; poca oración; descuidado.

— ¿Y la vocación?—le pregunté.

No respondió, sino que arqueó las cejas como diciéndome:—”Cosa de otros tiempos”.

— ¡Ya! y sin que me lo pidiese, ya no le hablé más de vocación ni le consideré como un futuro religioso.

Si en cambio se trata de alguna tentación, no ha de apagarse aquella vela indecisa, sino que hemos de sostenerla aunque todo parezca perdido.

— ¿No sabe, Padre? Me han dicho que N... ya no tiene vocación.

— ¿Cómo?—pregunté sorprendido.

—Sí: ha dicho en su casa que esperará todavía un año más. No quiere hablar con los que tenemos vocación; tiene miedo de sí mismo.

— ¡Imposible! ¡Eso es alguna tentación! Me lo has de traer aquí, sea como sea.

—Probaré.

A los pocos días vino. Parecía que le habían dado una paliza. Le di la mano.

—Levanta esos ojos. Los quiero ver.

Y cuando me miró, una sonrisa cordial disipó todas las nubes.

—Ya entiendo—empecé—, ha sido una tentación. Por una parte quizá has hecho bien.

Me miró sorprendido.

— ¡Claro! Tú ahora necesitas calma, para hacer bien los exámenes ya que con aquellas luchas diarias no podías seguir adelante.

—Precisamente fue por eso. Ya no podía más; no podía estudiar y estoy en peligro de que me suspendan. No me gustaría después de tanto estudiar.

Comenzaba a soltársele la lengua.

—Pero ¿por qué no venías a verme ni querías hablar con tus compañeros?

—Porque me daba vergüenza.

—Ahora dinos con toda sinceridad; no me ofenderé si me dices la verdad. ¿Has cambiado de idea? ¿Ya no quieres hacerte religioso? Porque si es así ya no insistiré más sobre ese punto y no vayas a creer que por eso ya no seremos amigos.

Se puso a llorar. Esperé; después insistí.

—No—me dijo entre lágrimas—, no he perdido la vocación; si supiese qué remordimientos sentía por haberle prometido a papá esperar un año más... ¡Pero yo quiero todavía ser religioso!

—Ciertamente que has hecho un... pastel. Pero todo se puede remediar.

— ¿Cómo?

—Tú dirás a papá que le prometiste aquello porque querías que te dejasen en paz y así poder dar los exámenes. Pero ahora que los has terminado, insiste de nuevo para marcharte este mismo año.

Respiró. Después sonrió. Le volvió todo el entusiasmo de antes. Más aún, apenas llegó a casa sintió la necesidad de escribirme una carta rebotante de alegría y gratitud.

Por si acaso (cosa que rarísima vez sucederá) uno de estos jóvenes ha perdido la vocación y al poco tiempo vuelve espontáneamente sobre sus pasos e insiste de nuevo en que quiere hacerse religioso, será prudente hacerle hacer de nuevo la elección como si no la hubiese hecho nunca y tratarle como cuando se habla a uno que tiene la vocación por primera vez. Estaría también bien tratarle como si no hubiese existido nunca la idea de vocación; no se trata de reparar sino de reconstruir, de empezar de nuevo.

5) La otra norma práctica que quisiera dar es de gran importancia.

Pocas semanas antes de que el joven entre en el Seminario o vaya al Noviciado es muy bueno ***darle una idea realista del ambiente en que se va a encontrar.***

“Mira, tú crees que el Noviciado es un paraíso terrenal. Lo es, pero los novicios no todos son ángeles. No has de creer que todos los que están allí tienen la formación que tú tienes. Algunos no saben ni siquiera si tienen vocación y van allí solamente para “probar”. Por eso no te vas a maravillar si ves a alguno que hace el tonto o que al poco tiempo vuelve a su casa. Más aún, si tienes un poco de “ojo clínico” en seguida te darás cuenta de quiénes son los que no tienen vocación.

“Además has de pensar que todos los jóvenes que hay allí se encuentran poco más o menos en las mismas condiciones que tú. No son aún verdaderos religiosos sino jóvenes que acaban de llegar del mundo y que quizá aún llevan alguna que otra herida espiritual. Son jóvenes que buscan su formación; por eso, aunque siempre pienses que todos son mejores que tú, con todo no te has de fiar del primero que te encuentres y no has de creer que todas sus maneras de obrar son cosas que se han de imitar, sino busca el formarte tú personalmente ayudado del Padre maestro.

“Piensa también que has de ayudar al Padre maestro en la educación de los otros novicios y tiende a ser un espejo con tu ejemplo: uno de los mejores y si te es posible el primero de todos.

“Por lo tanto, no te maravilles de cualquier defecto que veas; no tomes todo lo que veas como oro espiritual; procura dar buen ejemplo e influenciar tu ambiente con tu fervor.

“Pero también después del Noviciado, aunque te encuentres en un ambiente más escogido y formado, encontrarás alguno que será infiel al Señor y que poco a poco perderá su vocación. Dios soporta a estos tales para prueba y santificación de los buenos. Porque si todos fuesen santos, ¿quién nos haría sufrir? ¿Quién se opondría a nuestro apostolado? Es preciso que existan estos sufrimientos si queremos que nuestro trabajo sea fecundo. Y entonces verás cómo éstos se te opondrán por envidia de tu buen ejemplo, por incompreensión, por antipatía. Todo es posible. Sin embargo, estos sujetos acabarán por marcharse definitivamente de la Orden.

“Tal vez el Señor permitirá que el mismo Superior no te comprenda o te tenga entre cejas. Tú lo has de sufrir todo con paciencia.

“Sé siempre sincero; no sigas el ejemplo de los que no te parece que son buenos religiosos, especialmente de los que te hablan mal de los demás”.

Y se puede seguir así.

Siempre les he hecho este coloquio a mis jóvenes, y una vez que han entrado en el Noviciado me recomendaban de modo especial: “Padre, no se olvide darles a los que quieran venir aquí el último coloquio, que es el más importante. A nosotros no nos extraña nada y nos sentimos preparados para todo”. Ven salir algunos novicios, ven hacer algunas tonterías y siempre siguen firmes y tranquilos.

Sin embargo, todo esto hay que hacerlo al final, cuando ya el joven tiene conciencia cierta de su vocación. Si se dice al principio de la vocación, puede estorbar el fervor y desilusionar un poco el ideal que habían concebido con los colores más paradisíacos. En cambio, hacia el fin, después de las pruebas y cuando la poesía ya se ha mezclado con tanta prosa y razonamientos, estas revelaciones se comprenden con toda su exactitud y le dan la importancia que tiene. De hecho ninguno de mis jóvenes se ha desanimado por esto, sino que después del primer momento de sorpresa han comprendido que todo era natural y que tenía que ser así.

De esta forma no se dejarán arrastrar en el Noviciado del primero que ven, sino que seguirán solamente al Padre maestro y sus enseñanzas y se esforzarán por superar a los otros convirtiéndose en ayudas magníficas de los superiores para la buena marcha de todo el ambiente.

6) Y cuando finalmente el joven entra en el Noviciado es de todo punto necesario que nosotros *no nos entrometamos en su formación o en el juicio acerca de su vocación*. Podemos escribirle de vez en cuando, pero sin pretender que sus superiores tengan ni sombra de sumisión a nuestro juicio o que se les concedan privilegios o una cuasi-paternidad espiritual sobre nuestro candidato. Mucho menos hemos de pretender que se nos concedan ciertos proteccionismos que perjudicarían a la formación integral del joven y pondrían de mal temple a sus compañeros, además de que con frecuencia acaban haciendo perder la vocación.

Nuestro trabajo llega hasta el umbral del Noviciado; pasado éste, hay otros superiores que han recibido de Dios la gracia de estado para formar religiosamente al candidato.

Y dejémoslos a ellos en completa libertad para juzgar sobre la genuinidad y veracidad de la vocación del joven. Ni nos desanimemos por nuestro trabajo si acaso algún joven de aquellos a quienes hemos ayudado acaba yéndose a su casa. Puede ocurrir que no haya tenido vocación y puede darse también que teniéndola no haya correspondido y por su culpa merezca ser descartado por el Señor. *Muchos son los llamados pero pocos los escogidos.*

Después de todo lo que hemos dicho y narrado, alguno podrá pensar que le van a pasar los mismos hechos y ejemplos.

Que se desengañe pronto. Cada alma es un mundo. Cada alma se encontrará en tales y tan diversas circunstancias que formará un nuevo problema y requerirá un trato del todo especial.

También es erróneo el pensar que se haya descrito aquí un cierto método o haya trazado las líneas de un código de normas seguras que hayan de seguirse so pena de fracaso en el trabajo de las vocaciones.

Aquí estamos ante el mundo de la gracia y del libre albedrío. El Espíritu Santo tiene mil maneras de obrar con sus almas y no podemos pretender que se restrinja a nuestros pobres métodos. La libertad humana es un misterio que confunde y muchas veces reacciona de las maneras más dispares e inesperadas.

Así pues, nada de métodos precisos.

Nuestro intento era el de hacer simples consideraciones, aptas para introducirnos en el clima de las vocaciones y llenarnos de respeto por la acción de la gracia a la que nunca nos atreveremos a sustituirla con nuestras pequeñas miras.

Hemos puesto delante del lector, con sencillez y claridad, ideas, cosas y juicios sin pretensión alguna de hacer un texto, sino con el sincero deseo de que estos apuntes puedan ayudar al incremento de las vocaciones y hacer felices a tantos buenos jóvenes que son llamados por Dios a cosas más grandes y sublimes.

APENDICE I: LOS PADRES

Ya he hablado, cuando se ha presentado la ocasión, cómo hay que portarse con los padres respecto de la vocación. Aquí quisiera recoger todo lo que no he podido decir antes y dar a los padres mismos una idea exacta de la manera cómo deben comportarse si acaso alguno de sus hijos es llamado por Dios para su servicio.

Para mayor claridad me dirigiré directamente a ellos.

LO QUE PODEIS Y DEBEIS HACER

Habéis de daros cuenta y examinar el caso para ver si es el hijo el que libre y conscientemente escoge el estado religioso y no más bien que sufra la influencia de algún Padre, de sus amigos o del ambiente.

Cuando un hijo os dice que tiene el propósito de casarse con una muchacha soléis examinar el caso, pedís informaciones para ver si se trata de un verdadero amor o no más bien de intereses, si la muchacha está sana o no, si su familia está inmune de enfermedades o deshonor. Pues lo mismo aquí. Conocéis a vuestro hijo y pronto os daréis cuenta si es sincero o no.

Habladle con calma; sobre todo dejadle hablar y después ponedle vuestras dificultades, presentadle vuestros temores. Además, examinadle en su modo de obrar. Si veis que desde hace tiempo se ha hecho realmente más serio, más devoto, más asiduo a la iglesia, a los sacramentos, más obediente, delicado en el hablar, recatado en el guardarse, podéis ya empezar a sospechar que es algo real su vocación.

Una madre que no permitió a su hijo hacerse religioso, después que él se marchó sin su permiso me decía resignada: “Realmente se veía que este chico era de los llamados. De un año a esta parte era más obediente y sacrificado, siempre estaba en la Iglesia o con los Padres. En cambio antes nunca obedecía. ¡Qué distinto era!”.

Pero si por el contrario os dais cuenta de que vuestro hijo os dice con la boca que quiere hacerse religioso y luego no comulga, no renuncia al cine, a ciertas amistades equívocas, contesta, está

disipado todo el día... tenéis todo el derecho para pensar que no tiene vocación o que no entiende qué cosa sea el hacerse religioso.

Un papá me decía de su hijo: “¡Pero si ni siquiera quiere levantarse por la mañana para recibir la comunión! He de ser yo el que le he de incitar recordándole el aniversario de la muerte de la abuelita, el Primer Viernes o cosas semejantes”.

Por supuesto que aquel jovencito no ha entrado en religión; su postura era más bien un capricho que una verdadera vocación.

Después de escucharle, examinarle y vigilarle, decidle también vuestro parecer, las dificultades que os parece tiene la vida religiosa, la belleza de la vida de familia a la cual quiere renunciar, vuestra antipatía (si existe) por la Orden que quiere abrazar, cuál os gustaría más y por qué, etc. Podéis prestar una gran ayuda al Padre espiritual para que vuestro hijo se dé cuenta exacta de lo que deja y de lo que abraza.

También podéis obligarle a no hacer una vida demasiado retirada y ponerle en una posición apta para conocer mejor el mundo. Con todo, hay que estar atentos para no ponerle en ocasión de pecado como lo sería el hacerle asistir a espectáculos de variedades, cines desaconsejables, obligarle a frecuentar bailes y sitios inconvenientes, etc.

Pero para dar un juicio exacto sobre una vocación se requiere un sacerdote o un religioso, y por eso, después de haberle probado vosotros, es muy bueno que le examine un sacerdote de virtud sólida, santo y desinteresado, en el cual tengáis plena confianza, y que a ser posible sea amigo de la familia.

Id a hablar con sus profesores y con su Padre espiritual; puede darse que le reveléis alguna angulosidad o debilidad de carácter de vuestro hijo que él no conozca y que quizá pesará en el juicio que ha de dar acerca de su vocación.

Finalmente no paséis por alto la cosa más importante: que es la de pedir luz a Dios para ver bien su divina Voluntad y fuerza para seguirla. Nadie niega que es muy duro para los padres tener que separarse del hijo y consagrarle a Dios en la vida religiosa. Si consideramos la cosa a la luz de la fe, es un honor para una madre tener entre sus hijos a un escogido, uno que ha atraído sobre sí las miradas del Omnipotente. Pero ciertamente, cuesta al corazón. Y cuesta no porque el hijo deja a la familia, ya que todos tendrán que abandonarla para formarse un porvenir, sino porque la deja antes de tiempo, o sea, a una edad aún juvenil.

De hecho el esfuerzo de muchas madres no es el de impedir *absolutamente* la vocación del hijo sino el de *retrasar cuanto pueden la fecha de la partida*. Y precisamente el sacrificio consiste en eso, en que Dios impone la separación... antes del tiempo ordinario a todos los demás. Los padres no han gozado bastante de su hijo, más aún, se les va precisamente en la edad en que les parece más atractivo y amable porque está en pleno desarrollo y en la edad más lozana.

Pero es un sacrificio necesario, porque Dios llama cuando quiere, Dios quiere el corazón fresco y sano, y no podemos pretender que los jóvenes empiecen el Noviciado a los veintiséis años y lleguen al sacerdocio a los cuarenta.

LO QUE NO PODEIS NI DEBEIS HACER

1) Así como no podéis forzar al hijo o a la hija a hacerse religiosos si ellos no tienen vocación, de la misma manera *no podéis impedirles que sigan la voz de Dios si veis que tienen verdadera vocación.*

Para el joven no es seguro que cometa pecado mortal si, aún sabiendo que tiene vocación, se niega a seguirla. Pero si él tiene vocación y quiere seguirla, quienquiera se lo impida, ciertamente, comete pecado mortal.

Dios ha creado al hombre libre y quiere que él ejercite su libertad en todo, pero especialmente en la elección de su estado y más cuando se trata de la vocación divina, porque en tal caso no sólo está en juego la libertad del joven sino la voluntad misma de Dios.

Jesús dio a entender claramente que respecto a su vocación el joven no está obligado a obedecer a nadie y que ha de gozar de la máxima libertad. Cuando Él tenía doce años fue al templo con sus padres, pero después se quedó sin pedir permiso.

La Virgen y San José a mitad de camino se dan cuenta de que Él no está. Le buscan afanosamente por tres días y tres noches y finalmente con el corazón partido de dolor le encuentran en el templo. A la pregunta y casi dulce reproche de su Madre: “Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros?” Jesús respondió con un seco: “¿Pues por qué me buscabais? ¿No sabíais que había yo de estar en casa de mi Padre?”.

¿Por qué obró Jesús de esta forma sino para decirnos que cuando se trata de la Voluntad de Dios el hijo, aunque tenga doce años, no está obligado a avisar ni a pedir permiso a sus padres? ¿Qué le hubiese costado a Él avisarles que se quedaría en el templo? Ciertamente ni María ni José se habrían opuesto a su plan. Pero Jesús veía a través de los siglos que muchos padres obstaculizarían a sus hijos el seguir el llamamiento de Dios, y quiso decir a todos esos hijos que de ninguna manera están obligados a obedecer o depender de sus padres cuando se trata de la voluntad de Dios.

He aquí por qué tantos Santos se han hecho religiosos yéndose a escondidas de su casa y sin pedir permiso a nadie. ¡Y estaban en su pleno derecho! Y la Iglesia ha aprobado plenamente su modo de obrar sublimándolos al honor de los altares y poniéndolos de ejemplo a todo el mundo como modelos de perfección y perfectos ejecutores de la voluntad de Dios.

Vuestro hijo, pues, es enteramente libre y no depende de vosotros respecto de su vocación. Rigurosamente hablando, él podría hacer todos sus planes, examinar su vocación y partir sin decirnos nada. El hecho de que los Padres espirituales y los superiores religiosos aconsejen al joven y con frecuencia requieran también que informe a los padres y que obtenga su beneplácito, no significa que quieran amortiguar o cambiar la doctrina del Evangelio y disminuir la libertad del muchacho, sino que lo hacen por deferencia y respeto hacia los padres para evitar disgustos y para someter al joven a esa prueba.

Y tampoco se puede objetar que el joven es completamente libre únicamente cuando es mayor de edad. Estas son leyes puramente civiles y hechas para regular las cosas civiles, no las cosas del alma y mucho menos la voluntad de Dios. Jesús era todavía menor de edad cuando se quedó en el templo sin el permiso de los suyos. Y lo hizo a propósito para decirnos con todo eso que la edad no tiene nada que ver.

Por eso el Padre Ballerini, teólogo eximio, no duda en afirmar: “El muchacho es libre. Con todo, está bien que pida el permiso a sus padres. Si ellos se niegan a dárselo, él podría esperar un poco

pero si hay peligro de que los padres sigan duros, el hijo puede y debe seguir la vocación sin su permiso”.

Además está la doctrina de la Iglesia, corroborada con el ejemplo de los Santos. Más aún, el Concilio de Trento lanza la excomunión contra todos los que sin alguna razón impiden con la violencia o engendrando un gran temor, el ingreso en la religión de quien tenga vocación.

Vosotros no tenéis ninguna autoridad ni de parte de Dios, ni de parte de la naturaleza para decir que no cuando Dios dice que sí; ni de obstaculizar ni frustrar los designios de Dios; ni de oponeros a la felicidad y a los ideales santos de vuestros hijos; que no son vuestros sino de Dios y solamente os han sido prestados para que los eduquéis y preparéis a la misión que ellos han de cumplir según la voluntad de Dios.

2) Otra cosa que de ninguna manera podéis hacer es la siguiente: *exponer a vuestro hijo a la tentación y al peligro de pecar para destruir en su corazón toda idea de vocación.*

Así hicieron los hermanos de Santo Tomás de Aquino, al cual le encerraron en una celda de su castillo y después introdujeron una mala mujer para que le tentase y arrastrase al pecado impuro. Por gracia de Dios resistió y alejó de sí aquella fiera impúdica con un tizón ardiendo.

Eso sería un verdadero delito y demostraría en los padres un ánimo bestial de un egoísmo repugnante y de una bajeza sin límites.

Me acuerdo de lo ocurrido a un amigo mío. Quería hacerse jesuita, y apenas habló a su tutor éste pensó que le quitaría en seguida toda “locura” de vocación. Le haría viajar, le llevaría a los espectáculos más inmorales, le pondría en ocasiones equívocas y ya veríamos si continuaba queriendo hacerse jesuita.

Dicho y hecho. Como meta del viaje escogió una ciudad fecunda en espectáculos obscenos y degradantes. Y todo eso... porque amaba al muchacho y quería quitarle aquella “chifladura”. La madre, una santa mujer, no sabía nada. Creía que se trataba de un simple viaje de recreo.

Imaginad la lucha de aquel buen muchacho, hecho, como todos, de carne. Durante ciertos espectáculos apretaba el rosario, cerraba los ojos, buscaba cómo defenderse. Y venció heroicamente. A la vuelta de su viaje me dijo: “¡Si supiera qué cosas tan feas y sucias me quería hacer ver! ¡Cuánto he tenido que rezar!”.

Después, viendo que todavía persistía en su idea de hacerse religioso, le echó de casa y por añadidura le desheredó, y así aquel joven pudo seguir el llamamiento de Dios.

¡Son verdaderas barbaridades!

Y de éstos ¡cuántos asesinos de inocencias! Se busca a un perdido cualquiera que quiera “enseñar al joven” y menos mal si no se busca a una bruja; espectáculos lujuriosos, conversaciones de carretero, exhibiciones dadas en casa diciendo que son por casualidad o para distracción. Y luego pretenden que el joven obedezca y que no se subleve con todas sus fuerzas y que no se defienda aún con la misma fuerza.

“Si realmente tiene vocación no la perderá”. Ésta es la frase que se repite para justificar cualquier modo de proceder como si la vocación fuese un alma que desaparece con la muerte o una durísima

montaña que no se puede partir ni siquiera con la dinamita. *La vocación es una gracia como todas las otras, que se puede perder como todas las demás* ; una gracia a la que se ha de corresponder, alimentar, guardar y defender, porque de lo contrario se pierde como se puede perder la caridad, la fe o la perseverancia en el bien.

No podéis pretender que vuestro hijo, joven, demuestre tener una madurez y fortaleza moral que no la tienen ni siquiera hombres consumados en la virtud.

3) Si veis que vuestro hijo tiene verdadera vocación, *no podéis ni debéis retrasar inútilmente su entrada en el Noviciado.*

“No te digo que no; solamente quiero que esperes aún otro año”. Esto equivale a decirle que no. Y lo demuestro con una parábola.

Un mendigo estaba a la puerta de la ciudad pidiendo limosna. Un día pasó por allí el príncipe heredero, el cual viendo a aquel pobre lleno de harapos, con paternal solicitud bajó del coche y le dio una bolsa llena de monedas de oro. El mendigo, en vez de alargar la mano y tomar con gratitud la fuerte limosna, permaneció inmóvil e impasible; después volvió la cabeza diciendo que no.

—Lo siento—dijo—pero no quiero aceptar la limosna si no es la semana que viene. Por lo tanto si quiere de verdad darme la limosna tiene que volver de nuevo aquí la semana que viene, bajar del coche y ofrecerme la bolsa, la cual yo aceptaré.

¿Qué os parece le respondería el príncipe a aquel mendigo? Que si no era un loco de remate era un orgulloso que, en vez de pedir humildemente limosna, quería mandar e imponer su voluntad. No respondió nada pero tampoco fue tan tonto como para incomodarse por dar gusto al mendigo.

La aplicación es clara. Vosotros pretendéis que vuestro hijo diga así al Señor que le ofrece su vocación: “Señor, ten paciencia, a mi mamá no le parece bien. Vuelve el año que viene y, si a ella le parece bien, yo te seguiré y haré tu voluntad”. ¡Y de este modo pretendemos que Dios se someta a nuestra cómoda voluntad!

Por lo tanto, obligar al hijo a retrasar el día, quiere decir negarle el permiso y no querer que se haga religioso.

Los ejemplos de jóvenes que de esta manera pierden la vocación no se cuentan, y sin embargo, están a la orden del día. Pero... decid la verdad: ¿Por qué queréis que espere vuestro hijo? ¿No es porque esperáis que en este espacio de tiempo él cambie de idea, y por consiguiente lo que en realidad pretendéis es un verdadero atentado para hacerle perder la vocación?

OS ECHÁIS TIERRA A LOS OJOS

Y al final cuando ya os habéis salido con la vuestra destruyendo la vocación de vuestro hijo, ¿qué habéis conseguido? Yo os lo diré:

- 1) Habéis hecho de vuestro hijo un infeliz, un “despistado” y aún quizá un condenado.
- 2) Dios puede cogeros a vuestro hijo de una manera más trágica.

Una señora se opuso enérgicamente a la vocación de su hijo. Consecuencias: el muchacho tuvo que quedarse en casa con mucho dolor por parte de él pero con gran alegría por parte de su madre. Pero aquella alegría no duró mucho. El hijo cayó enfermo y la declaración de los médicos fue terrible: tisis. A los pocos meses el joven estaba moribundo. Su madre, sola en el aposento del enfermo, desolada tuvo que oír:

“Mamá, tú no has querido dejarme ir a la casa de Jesús pero Él me lleva lo mismo”.

Estas fueron sus últimas palabras.

¡Qué remordimiento para aquella madre que había buscado su egoísmo mucho más que la verdadera felicidad de su hijo!

El padre de un compañero mío, que al principio se opuso a la vocación de su hijo, una noche, pensando en el hecho que he narrado arriba y que sucedió unos años antes en su misma ciudad, pensó: “¿Y Dios no podría mandar a mi hijo una pulmonía y llevárselo lo mismo? ¡Qué remordimiento tendría entonces!”.

Se levantó de la cama, despertó a su hijo que estaba durmiendo tranquilamente y entre lágrimas le dijo: “Ve, hijo mío. No puedo decirte que no. Dios es el Gran Dueño”. El Padre Grech Cumbo, S. J. misionero en Santal Parganas (India) cuenta el caso de un joven de su Misión de nombre Sebastián. Apenas se había examinado para ingresar en la universidad confió al misionero su vocación al sacerdocio.

Imaginad la alegría del Padre, ¡Sería el primer sacerdote indígena de aquella Misión!

Pero había una gran dificultad: su padre.

A pesar de todos los esfuerzos del joven y del misionero, el padre no quiso aflojar y no quiso dar su permiso, y aducía como justificación de su modo de obrar la posibilidad de que los futuros hijos de Sebastián hubiesen podido hacerse todos curas o monjas, lo cual sería una gran ganancia para la Iglesia y a él le tendrían que dar las gracias por haber impedido que su hijo se hiciese sacerdote.

Viendo que discutir era perder el tiempo, el misionero terminó la discusión diciendo: “¡Mira, si tú niegas tu hijo a Dios, El lo cogerá lo mismo!”.

El joven fue obligado a tomar esposa, pero el mismo día de su boda se sintió mal, se le administraron los últimos sacramentos... y voló al cielo.

El padre abrió los ojos pero era ya demasiado tarde. Humillado y dolorido fue al misionero y echándose rostro por tierra le pidió perdón por su testarudez[1] .

La Superiora del Hospital donde curaban a Jacinta, la pequeña vidente de Fátima, preguntó un día a la madre de la enfermita: “¿Y si el Señor llamase a la vida religiosa a las otras dos hermanas de la pequeña Jacinta, usted estaría contenta?”.

La madre no se esperaba aquella pregunta, pero la respuesta no se hizo esperar:— “¡No lo permita Dios!”.

Jacinta no sabía nada de este diálogo tenido entre la Superiora y su madre, pero, después de una visión de la Madre del cielo, la cual solía visitarla en aquel sitio de dolor, dijo a la Superiora:

“La Virgen quiere que mis dos hermanas se hagan religiosas pero como mi madre no quiere, por eso la Virgen vendrá dentro de poco y se las llevará al cielo”.

Y de hecho sus dos hermanitas murieron poco después de ella [2].

3) Hacéis infeliz a vuestro hijo

¡Cuántas veces se repite esta tragedia de amor! Dios prepara un alma para la vida religiosa, pero, conociendo a los padres, prevé con seguridad que impedirán a esa alma que siga su camino y entonces Él la lleva consigo para impedir que viva una vida infeliz acá abajo y ponga en peligro su salvación eterna.

Conocí a una señora buenísima. Cuando fue joven quiso hacerse religiosa pero su madre se opuso tenazmente. La muchacha se escapó dos veces de su casa y se refugió en un convento, pero su madre fue a recogerla violentamente con la fuerza pública haciéndola aparecer ante los tribunales como una loca. Naturalmente obligaron a las religiosas a mandarla a su casa.

La hija tuvo que casarse, y el esposo se le murió a los pocos años. No puede gozar del matrimonio quien no es llamado a él.

Tuvo un hijo el cual fue el martirio de toda su vida y el tormento de su corazón. Díscolo, desobediente, pronto a responder ineducadamente, mal estudiante, frío en materia de religión.

A todo eso añádase un síncope al corazón que la dejó medio paralizada, imposibilitada para andar, y si lo hacía, era con grandísima fatiga; dificultad en el habla: una ruina de mujer. Su madre vivía aún y un día su hija, llena de dolor, le dijo: “¿Ves a lo que estoy reducida? Si me hubiese hecho religiosa quizá no me hubiesen pasado todas estas cosas”.

Y la respuesta no se hizo esperar: “¡Mejor es verte así que religiosa!”.

¡Qué amor de madre! Y sin embargo, ¿cuántas, también hoy, dicen lo mismo? “Mejor muerto que cura”.

Muchos conocerán el libro titulado: *Una vocación traicionada*. Es una documentación que, a través de cartas y hechos, sigue a un joven, el cual obstaculizado por su madre para hacerse religioso acaba por hacerse pésimo y es encerrado en una cárcel por asesino. Su madre quiso verle por última vez antes de ser ajusticiado, pero él la despachó diciéndole: “¡Vete! ¡Todo es por culpa tuya!”.

En Francia una joven celadora del Apostolado de la Oración sintió que Jesús le llamaba para ser su esposa, pero sus padres no quieren; más aún, se toman la molestia de buscarle otro esposo a su gusto. Se fijó la fecha del matrimonio. Ella rogaba al Sagrado Corazón morir antes que manchar, o peor, destruir el lirio de su virginidad. Quería ser la esposa de Jesús y de nadie más.

Mientras la estaban preparando para la boda se desmayó. El médico declaró el caso como desesperado y el sacerdote que tenía que bendecir el matrimonio fue llamado para que le diese los últimos sacramentos. A las cuatro de la tarde de aquel mismo día entregó su alma a Dios. Sus padres quedaron anonadados bajo el peso de tan merecido castigo.

Dios es celoso de su amor y ¡ay de aquel que se entromete entre Él y las almas escogidas por su Corazón!

4) Atraeréis sobre vuestra familia los castigos de Dios

No sólo no podréis gozar del hijo que habéis quitado a Dios sino que toda vuestra familia tendrá que sufrir.

Un religioso me contó la tragedia de una familia conocida suya.

Los padres se oponían a la vocación del hijo, pero no llegaron a gozar mucho de su presencia, porque apenas transcurrido un año una mala enfermedad se lo llevó a la tumba. Todavía estaba reciente el dolor de aquellos dos padres cuando he aquí que el segundo hijo es presa de otra terrible enfermedad y muere. El tercer hijo volvía a su casa con permiso; todos se sentían felices y se preparaban para hacerle una gran fiesta, pero durante el viaje el avión en que venía cayó y murió destrozado. A tan terrible noticia el padre no resistió más y murió repentinamente. La madre que tuvo que asistir a tragedia tan tremenda y cruel perdió el uso de la razón y tuvo que ser recluida en un manicomio. En pocos años toda la familia deshecha.

Una religiosa Esclava del Sagrado Corazón, me contó lo que le sucedió a la familia de una hermana de su Padre espiritual. Uno de sus sobrinos entró en la Consolata para ser misionero. Su madre estaba inconsolable y casi cada día iba a verle para que volviese atrás. Tanto le dijo e hizo, que el joven no pudo resistir más y volvió a su casa. Siguió sus estudios en la Universidad y se licenció en Ingeniería. El mismo día de su Licenciatura tuvo un choque con la bicicleta y murió.

Imagínese el dolor de aquella madre. Pero he aquí que a los dos meses se le muere el segundo hijo. Esta vez la pobre mujer enloqueció y fue acogida en una casa de salud, al año se repuso de nuevo y pudo volver a su casa.

Viendo que Dios la castigaba en sus hijos, suplicó al último que le quedaba que se retirase de su carrera de aviador y pasase la vida tranquilamente en casa, lejos de todo peligro. Así pensaba quitar a Dios la posibilidad de castigarla quitándole su último hijo.

El joven obedeció pero rogó a su madre que por lo menos le permitiese volar por última vez antes de dejar definitivamente su avión. Consintió.

Y precisamente en su último vuelo el aparato tuvo una avería, no funcionó bien, el motor se paró y el avión se precipitó, convirtiendo al piloto en un amasijo de carne.

La Hermana que me contó este hecho tenía también alguna dificultad por parte de sus padres, pero su director espiritual, que era el tío de estos tres jóvenes, le dijo que se escapase de su casa sin el permiso de sus padres si no quería que Dios también castigase tan terriblemente a su familia.

Podría multiplicar los ejemplos, pero mi intención no es la de escribir un libro de narraciones y ejemplos. Bastan éstos para confirmar elocuentemente mis afirmaciones.

Dios está en su pleno derecho para obrar así porque Él es el verdadero Dueño de todos y ha de hacer sentir de alguna manera este su supremo Dominio y dar a entender que nunca violaremos impunemente su divina Voluntad.

LA REALIDAD

En vez de mirar solamente el lado doloroso de la vocación miremos también los otros, para tener una idea real y exacta de lo que quiere decir tener un hijo religioso.

Es un honor para vuestra familia el que Dios se haya parado precisamente delante de vuestra casa para escoger, del fruto de vuestro amor, a uno de sus ministros, un amigo de su Corazón, un continuador de su obra redentora, un colaborador suyo en la salvación de las almas.

Dios de esa manera *alaba la educación cristiana* que habéis dado a vuestros hijos y os pone como ejemplo a todo el pueblo como familia ejemplar y profundamente cristiana. De hecho, salvo raras excepciones, Dios escoge a muchachos buenos y moralmente sanos y puros, jóvenes que han sido bien guardados y santamente guiados.

La vocación de vuestro hijo significa *la bendición de Dios sobre toda vuestra familia*. Si el castigo suele recaer sobre toda la familia, también la bendición ha de tocar a toda ella. Y en la práctica vemos que es así. Preguntad a cualquier madre de sacerdote o religioso y os dirá que su familia está llena de la benevolencia de Dios, llena de gracias y alegría.

Os aseguran *el ciento por uno en esta vida y además la vida eterna*. No es únicamente vuestro hijo el que usufructuará esa promesa divina que se encuentra en el Santo Evangelio. Jesús de hecho dijo: “El que dejare padre, madre (y esto va para el hijo que deja el padre y la madre), hijo, hija (y esto va para vosotros), haberes, etc., tendrá el ciento por uno en esta tierra y después la vida eterna”. Así pues, vuestro hijo, con su fidelidad a su vocación, os procura la seguridad de que salvéis vuestra alma y de que Dios os bendiga en esta vida. Quiere decir, hacer feliz a vuestro hijo, ponerle en sitio seguro, donde su alma esté muy lejos de las tentaciones del mundo. Significa que siempre tendréis su gratitud, sus oraciones y su afecto, porque os considerará como los mejores artífices, después de Dios, de su felicidad.

[1] Lil Hbiebna. Octubre 1947, p.158.

[2] DA FONSECA, *Las Maravillas de Fátima*, S.A.S. p.125.

APENDICE II: UNA LLAMADA A LOS SACERDOTES Y A LOS SUPERIORES RELIGIOSOS

Está introducida entre nosotros la costumbre y aún quizá la regla de no aceptar en la religión a los que las leyes civiles consideran como menores si no tienen el permiso de sus padres o del que hace sus veces.

Y con esto, sucede bastante frecuentemente que jóvenes provistos de verdadera vocación, pronto, por su parte, a cualquier sacrificio, aún el de abandonarlo todo de una manera enérgica, son frenados por nosotros por causa de ese obstáculo insuperable: el permiso de los padres. El joven batalla, lucha, a veces se supera a sí mismo, pero todo es inútil: el papá no cede, la mamá es insensible.

¿Y entonces qué? Pues... ¡ha de esperar! ¿Y luego, después de un año?, ¡esperar!, ¿y más tarde? ¡Esperar todavía! La mayoría de las veces la voluntad del joven, antes tan fuerte y llena de

entusiasmo, empieza a debilitarse frente a la desilusión del fracaso y ante la seguridad de que sus padres no cederán nunca. De parte de los superiores no recibe ningún aliento; ve cómo entran sus compañeros; mientras para él falta todavía algo que “es necesario”.

Los pocos que resisten llegan al Noviciado disgustados, cansados de aquella lucha enervante, sin entusiasmo y muchas veces son propensos a enfermedades nerviosas causadas por la tensión que han tenido que sostener durante meses o años de su juventud.

La mayoría después de algún año de lucha, se consideran como engañados por los superiores que no buscan realmente su bien sino que quieren antes que nada ahorrarse fastidios y ponerse a seguro de la oposición de los padres.

Y sin embargo, se trata de vocaciones verdaderas y con mucha frecuencia magníficas. Se trata de jóvenes volitivos, capaces de defender el propio ideal aún en una lucha ruda y dolorosísima en su corazón de hijos.

Y ¿os parece justo todo esto?

¿Os parece justo que, en definitiva, el joven haya de depender del permiso de sus padres para poder realizar su vocación?.

En el Evangelio aparece claro que este permiso no se exige por parte de Dios.

- 1) Al joven, Jesús le dice sin más: “Si quieres”. Y no añade: “y te lo permiten tus padres”.
- 2) Él mismo, menor de edad, se quedó en el templo, sin pedir el permiso de los suyos.
- 3) Uno quería ir a enterrar a su padre, lo cual quizás significa que quería quedarse en su casa con su padre hasta que éste muriese, pero Jesús no se lo permitió.
- 4) Otro quería ir a saludar a los suyos y avisarles que iba a irse con Jesús, y el Maestro le responde: “Ninguno que vuelve la cabeza atrás después de haber puesto la mano en el arado es apto para el reino de los cielos”.
- 5) En todos los llamamientos de los Apóstoles y de los discípulos no encontramos ni siquiera una indicación a sus padres. Para ninguno de ellos el permiso de los padres se consideró como un requisito, ni la falta de éste un obstáculo a su llamamiento.

Además vemos cómo muchos Santos han obrado puramente y según el espíritu del Evangelio. **Santa Rosalía** se escapó de su casa y fue a vivir en una gruta sobre el monte Pellegrino (Palermo); **San Estanislao de Kostka** ni siquiera pidió permiso... porque sabía que hubiera sido inútil discutir con los suyos; **San Luis Gonzaga** probó una vez a quedarse en el colegio de los Padres jesuitas sin el permiso de su progenitor, pero el Padre Rector, temiendo que el Señor Marqués se vengase contra la Orden, le mandó atrás y le obligó a emprender una lucha dolorosísima. Y a los tres años obtuvo finalmente el tan suspirado permiso. (Pero no podemos pretender que todos sean como San Luis).

¿Y cuántas vírgenes no tuvieron que luchar y sufrir el martirio porque no quisieron aceptar el matrimonio que sus padres les imponían? Bástenos nombrar a **Santa Inés** y **Santa Anastasia**.

Séanos lícito preguntar ¿el método actual nuestro de exigir por fuerza el permiso de los padres es propiamente según el espíritu del Evangelio y según la libertad que Dios quiere dar a los jóvenes respecto de su vocación?. No quiero decir que todos hayan de irse sin el permiso de sus padres, pero quizá sea necesario ser menos rígidos en la posición tomada y dar a algunos la posibilidad de renovar los heroísmos de los Santos que honraron la Iglesia con los ejemplos de su fortaleza.

Ya sé que está de por medio la ley civil, pero con un poco de buena voluntad y de “mano izquierda”, como se suele decir, aun ésta se podría superar.

He propuesto el problema. No es mi intención dar una solución; dejo ésta a alguien más prudente que yo y más versado en cuestiones de derecho y de ética. Solamente he querido hacer oír un grito de angustia en nombre de miles de jóvenes que han perdido la vocación o que prevén que la perderán por causa de nuestro proceder.

Si no por otra cosa, tratemos de ayudar al joven más eficazmente que con decirle simplemente: “¡Has de rogar y esperar!”. Casi nunca hacemos nada, no porque no nos parezca Voluntad de Dios el insistir, sino porque no tenemos valor para atraernos una odiosidad o sufrir la humillación de una derrota.

Alguno dirá: “¡Los jóvenes que entran en la religión sin el permiso de sus padres no perseveran!”.

¡Falso! Muchos perseveran y llegan a ser sacerdotes valerosos que hacen observar las leyes emanadas por los Obispos y saben hablar claro cuando explican el Evangelio. Pero ¿cuántos de los que entran en religión con todos los permisos y consentimientos no perseveran?; y hecha la proporción, ¿en qué categoría se lamenta mayor el número de defecciones?

Termino dando un consejo... inocuo. Nosotros muchas veces hablamos de vocación a los jóvenes (¿cuando hablamos!) ¿Por qué no hablamos también al pueblo, a los padres? Si hablásemos más, poco a poco iría desapareciendo ese terror que tienen muchos padres de ver a sus hijos religiosos. Nosotros solemos preparar a los jóvenes para que escuchen atentamente la voz de Dios, pero ¿hemos pensado que los padres también tienen necesidad de ser preparados?

Si hablásemos con más frecuencia, muchas dificultades e incomprendiones desaparecerían y los jóvenes serían más ayudados para hacerse religiosos, sin necesidad de ser odiados, desheredados o echados de casa como si fuesen traidores sin corazón.

¡Por lo menos deberíamos hacer esto! Pero podemos hacer muchísimo más.

ALGUNOS LIBROS SOBRE VOCACIONES

- * SU SANTIDAD PIO XII, Encíclica *Sacra Virginitas* .
- * SANTO TOMAS DE AQUINO, *El ingreso en la vida religiosa*.
- * SAN JUAN CRISOSTOMO, *Los seis libros sobre el sacerdocio*.
- * SAN FRANCISCO DE SALES, *Directorio de religiosas*.
- * SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, *Avisos sobre la vocación religiosa*.

- * SAN ANTONIO MARIA CLARET, *La vocación de los niños*. Cómo se ha de educar e instruir.
- * LUIS DE LA PUENTE, *Tratado de la perfección en todos los estados*. Estado religioso y estado eclesiástico.
- * MARTIN LARRAYOZ, *La vocación al sacerdocio según la doctrina del Beato Juan de Avila*.
- * ANGEL AYALA, S.I.,

Diferencia entre el estado seglar y el religioso.

La elección de estado en los colegios de religiosos.

- * JACQUES LECLERCQ (Pbro.), *La vocación religiosa*. Examen amplio y moderno.
- * ENRIQUE BARAGLI, S.I., *¡Bifurcación! Reglas para la elección de estado y exposición del ideal religioso*.
- * GUILLERMO DOYLE, S.I. ,

Ven sígueme. Visión certera del llamamiento divino.

¿Seré yo sacerdote? Orientaciones para quien fluctue en tema de tanta trascendencia.

- * LUIS MAIOCCO, S.I. , *Defendamos las vocaciones* . Refutación de las principales objeciones que suelen oponerse a las vocaciones sacerdotales y religiosas.
- * REMIGIO VILARIÑO, S.I., *Y ¿sacerdote no?*
- * JUAN CARRASCAL, S. I., *Orientación vocacional*. Da idea de los diversos Institutos para poder escoger el que más cuadre.
- * JESUS MARIA GRANERO, S.I., *¡Sígueme! (Buscando la margarita preciosa)*.
- * GONZALO ARISVAR MOROS, *Hacia un ideal*. Profundo, variado y ameno.
- * LUIS PAROLA, S.I., *La mayor gloria de la familia*.
- * J. DELBREL, S.I., *La vocación de los jóvenes al estado sacerdotal y religioso*.
- * THILS LALOUP, *Los jóvenes ante el sacerdocio*. Tiene varios libros sobre el tema sacerdotal.
- * CARLOS GRIMAUD, Abate; *Futuros sacerdotes*.
- * A. BALANGER, S.I., *Los desconocidos*. ¿Qué son los religiosos? ¿Qué hacen? ¿Para qué sirven?
- * G. M. PARNISETTI, S.I.,

¿También yo puedo llegar a la perfección?

Si vis perfectus esse...

* NATALE, S.I., *El paraíso en la tierra*, abierto a quien esté libre y quiere elegir el estado más seguro en la vida.

* F. G. QUEVEDO, S.I.,

¡Dios te quería sacerdote! ¡Misionero! ¿Quién puede ser monja?

Y yo ¿por qué no? Religioso, pero no sacerdote.

* RAMON GABIRA, S.I., *Jóvenes, id, encended el mundo*. Lecturas misionales muy acertadas.

* MANUEL TRULLAS, S.I., *¿Qué quieres ser?*

* BERNARDO CUEVA, S.M., *El Maestro te llama o el problema de la vocación*.

* PABLO MANNA, M.A., *Los obreros son pocos*.

* JOSE JULIO MARTINEZ, S.I., *¡Voluntarios!* Lecturas misionales para jóvenes.

* C. SANCHEZ, *Joven... Cristo te llama*.

* G. ROLDAN, *Quiero ser sacerdote... quiero ser apóstol*.

* PLATTI, *El bien del estado religioso*.

* A. PEINADOR, C.M.F., *Santidad sacerdotal y perfección religiosa*.

* R. GRAF, *Vidas para Dios*. Exposición de los consejos evangélicos y de los votos.

También se pueden utilizar con mucho éxito para fomentar y formar vocaciones:

- Las *Vidas* de santos, beatos y varones ilustres.

- Las *Historias* de la Iglesia, Órdenes e Institutos religiosos,

- Los *Folletos* que cada Congregación publica para fomentar sus propias vocaciones.

- Los *Tratados de Teología* que tratan de este tema, incluidos los de Ascética y Mística.